



IRENE Y EL SR. NARANJA

J. M. MARTINEZ PEDROS

Irene y el Sr. Naranja

Una locura de amor

J. M. Martínez Pedrós

SINOPSIS

Esta es la historia tragicómica de Irene y el Sr. Naranja. Ella una viuda sin problemas económicos, aburrida de su rutina, puritana, gruñona y solitaria. El, harto de ser guapo y mear colonia, intentando escapar de su propia vida y creyendo que encontraría la solución, se convirtió voluntariamente en esclavo. A partir de entonces. Ambos pasarán por una serie de aventuras y desventuras; el realismo mágico se funde con escenas tragicómicas, tan teatrales como surrealistas; el dolor de unos hace reír a otros y nada ocurre como uno se espera.

Irene y el amor

Autor: J. M. Martínez Pedrós. ©2019

Corrección: Lucía Herguedas Verdía

lucia_heve@msn.com

Edición y maquetación propia

Dedicado a mis hijas: Beatriz y Ana María que son lo que más quiero en este mundo.

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.



ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

CAPÍTULO 1

Irene se cepilló su espesa cabellera. Cuando se sintió satisfecha, la enrolló, formando su habitual y austero moño, sujetándolo con una peineta de plástico. Estaba esta decorada con unas bonitas piedras falsas imitando a una rosa, una de las pocas posesiones heredadas de su difunta madre. Su imagen se veía reflejada en el espejo. La verdad, su interés por ella misma distaba mucho de cualquier mujer joven que se estuviera acicalando.

«¡Maldita sea!», pensó. Debería haber comprado un espejo tan barato que mereciera mentirle, pero no. Este en particular, por insistencia de su madre, que siempre le repetía que lo económico a la larga sale caro, era de tan buena calidad que no permitía equivocación alguna. Se trataba de Irene y nadie más se reflejaba en él. El traidor y desagradecido cristal mostraba a una persona bajita, robusta, de una edad en la que las mujeres mienten y quieren que los demás también les mintamos. La melena, antaño castaña rojiza, ahora poseía síntomas de una peligrosa tendencia a perder su color natural, toda ella bien estirada y sujetada por un moño, dándole una severo y austero aire marcial.

Se pintaba... en absoluto, ¿para qué? Para ella, resultaba un gasto innecesario y, además, ¿para quién arreglarse? Si era viuda y vivía más sola que la una. Sus ojos grandes y negros como dos aceitunas le otorgaban una expresión de mujer sensata y combinaban con su duro rostro.

Vestía una camisa negra de un riguroso, austero y eterno luto, abotonada hasta el cuello, no dejando ningún resquicio a cualquier mirada indiscreta. La caída de las enaguas llegaba muy por debajo de la rodilla, tanto que solo se le veía parte de las decentes y gruesas medias de algodón. Al final de tan pulcras piernas, calzaba unos zapatos con tacón de cuatro centímetros, tan sólidos que no admitían un tropiezo y accidentalmente mostrar lo que a nadie le importaba. No presentaba ni una mancha ni una arruga fuera de las

imprescindibles al sentarse, a las cuales maldecía. Se alisaba la falda cada vez que se levantaba de una silla, en la que hacía verdaderos malabarismos, para que la tapara decentemente de las endemoniadas miradas, aunque estuviera sola. Todo su conjunto era lo más parecido a un hábito de monja.

Al fin dio por buena su apariencia. Irene se puso su trasnochado sombrero, por supuesto, de color negro; se colocó sus guantes y tomó su gran bolso de mano, que asustaría a cualquier señorita. Lo revisó, trámite obligatorio antes de salir de casa. Ni el más avezado excursionista disponía de toda la parafernalia de la bolsa, no faltaba de nada: bolígrafos de varios colores, papel, tarjeta de identificación, de crédito, botones, hilo y aguja, cortadora de uñas y un sinfín de objetos de primera necesidad llamados «por si acaso», que comprendían los diversos variopintos artículos que en un momento dado pudieran salvarla de una supuesta emergencia.

Para Irene, la vida no resultaba más que una carrera de obstáculos. Criada en una familia numerosa, era la única hembra entre cinco hermanos varones y la pequeña. Gracias a que sus padres buscaron desesperadamente a una niña, nació ella, pero claro, aterrizando en una estirpe encajada en una sociedad patriarcal. A los pocos años, al alcanzar una altura idónea, tuvo que ayudar a su madre en los quehaceres de la casa, mientras su padre y familiares traían el sustento.

A los dieciséis, conoció a un joven apuesto que le prometió la luna, y como ella estaba muy enojada con su familia, no opuso resistencia a las embestidas del imberbe. Este pronto logró separarle las patas, lo suficiente para dejarla en estado de buena esperanza. Se casaron; bueno, la verdad, al pobre muchacho no le quedó más remedio. Siguió un período de relativa felicidad; su marido consiguió un empleo en la fábrica donde trabajaba su padre y nuestra heroína se dedicó a la noble tarea de ocuparse de su casa, de su hijo y de abrirse de piernas de vez en cuando.

Los años no perdonan bajo ningún concepto y lo corroen todo como el más potente de los óxidos. Su retoño acabó los estudios y accedió a la universidad. Pronto se le aparecieron los infiernos cuando su hijo conoció a una fémica que le robó el corazón y, de paso, también a Irene su querido y amado niño.

Se quedó sola, por supuesto, su hijo la llenaba por completo. El paso del tiempo y la lejanía de su vástago obligaron a este a olvidarse de su madre. Le pasó factura de tal manera que Irene necesitó durante un período ayuda psicológica. Su marido, ajeno a las desgracias de esta, se dedicaba a su mal pagado trabajo, a rondarla mendigando sexo, que cada vez era menos frecuente, a sus partidas de cartas, a fumar, beber y a engordar, luciendo la mal llamada barriga de la felicidad. Siempre se dice que Dios aprieta, pero no ahoga. La frase bien pudiéramos aplicarla en esta historia.

Un buen día, y digo bueno porque fue el momento en el que el marido asumió la decencia de abandonar este mundo, dejó a nuestra protagonista viuda y heredera de un seguro de vida. Ella había tenido a bien convencer a su esposo años atrás para que se suscribiera, a cambio de una noche de falsa pasión.

He aquí que Irene disponía de una buena cantidad de dinero en un tranquilo suburbio de una ciudad-dormitorio, unas cuantas hectáreas de terreno y algunas acciones. Es decir, era... la típica viuda alegre, pero sin alegría.

Se consideraba independiente económicamente y conservaba todavía una relativa buena salud, acorde con su edad madura. Irene poseía un utilitario, que usaba en contadas ocasiones. Repudiaba los automóviles, eran instrumentos malolientes, caros y tan inútiles como ir tirando dinero sin ton ni son. Por supuesto, utilizaba y apoyaba el transporte público, que le deparaba un viaje seguro y eficaz al centro de la ciudad. El inconveniente:

venía acompañado de apretones, prisas y malos olores de los que, en lugar de ducharse, preferían bañarse en colonia barata. Aun así, lo anteponía al auto privado. No es que fuera de izquierdas, comunista o algo que, con solo oírlo, le producía escalofríos: anarquista, pero sí se consideraba una mujer práctica, que prefería la eficacia a la independencia que pudiera darle un vehículo de uso particular.

Irene se encaminó a la parada del Bus, visualizó a todos los posibles sobones y se sentó al lado de una señora, estableciendo un vínculo mudo entre las dos.

El viaje fue vulgar y monótono, sucediéndose sin altibajos que reseñar. Una joven se desmayó debido al calor reinante o esa fue su excusa, ya que Irene no notó en absoluto bochorno alguno. No era curiosa, pero observó muy de cerca a la desmayada y advirtió, a la vez que esta fingía el desfallecimiento, que un señor se acercaba en su ayuda y, con el pretexto de socorrerla, la sobó más allá de lo estrictamente necesario. La chica, con una inusual maestría, le metió la mano en el bolsillo y le quitó la cartera. Irene no dijo «esta boca es mía»; para ella, que cada uno se ocupara de sus asuntos. Mientras no le robaran, nada le importaban los demás.

Después de unas cuantas paradas, soportando las insulsas conversaciones de algunos que parecía que estuvieran en medio del campo y los continuos frenazos del conductor, que aparentaba prisa por terminar su turno, por fin llegó a su destino.

El cartel publicitario, grande y luminoso, anunciaba sus productos al frente de una gran fachada, toda acristalada, que dejaba bien a la vista los artículos dispuestos para su venta. Irene, pensativa, se plantó delante del mismo. Un mar de dudas la bloqueó: ¿le resultaba necesario? ¿Sería peligroso?

Aguijoneada por los consejos y experiencias de sus amistades, decidió no desaprovecharlo. Se armó de valor y se adentró en el inmenso

establecimiento. Un dependiente con ojo avizor enseguida detectó a una futura compradora, que engordaría su comisión. Una gran experiencia lo acompañaba, haciéndole advertir la clase de ciudadana que tenía delante: dudosa y miedosa, pero seguro que muy solvente.

—Muy buenas, señora, ¿en qué puedo servirle? —preguntó como quien sabe de sobra lo que no quería.

—No sé... —contestó, indecisa.

—No se apure. Con cualquier duda, pregunte —añadió él, silbando como una serpiente.

—Mis amistades me lo recomiendan, pero yo...

—No diga más, señora, y acompáñeme —interrumpió el vendedor, ofreciéndole el brazo galantemente.

El comercio era muy grande, con innumerables departamentos llenos de artículos de todas clases y para todos los gustos. «Era verdad lo que comentaron mis amistades», pensó. «Aquí hay de todo lo que una pueda necesitar». Como si el vendedor supiera lo que Irene deseaba, la introdujo en la sección de Acompañantes.

—Aquí tiene, señora —le mostró el dependiente, moviendo el brazo de un lado para otro, abarcando toda la extensión.

Irene se paseó, como si fuera un general pasando revista a sus tropas, por la hilera de acompañantes, que estaban todos quietos y bien formados. Conforme fue mirando a cada uno de ellos, el vendedor se frotaba las manos, nervioso ante la futura y succulenta venta, viendo la cara de esta señora. A manera de una premonición, nuestra protagonista se paró en seco y, atónita, lo contempló. «¿Cómo es posible que este Apolo se halle en estas circunstancias para ser vendido, a modo de un mero esclavo de compañía?», se cuestionó. El comerciante se dio cuenta de la turbación de la mujer y preguntó:

—Es guapo, ¿verdad?

Irene se azoró tanto que sus pensamientos derivaron en sus bajas pasiones, que procuró guardarse de exteriorizar: «¿Guapo, pero qué dice este hombre? Ese calificativo se queda corto. En verdad el Adonis tiene un cuerpo esbelto, lleno de gracia; las líneas del torso se estilizan desde sus anchos hombros hasta las caderas estrechas. Asimismo, la cara... ¡Oh, el rostro! Perfecto. La nariz es breve y recta; los pómulos, altos y pronunciados; la boca, dócilmente curvada, donde la mejilla se desvanece sobre la comisura de los labios. Todo su conjunto le imprime un toque de tristeza, dándole un aire de indiferencia propia de su clase». Terminó pensando que el vendedor no sabía apreciar su mercancía.

—Eso a mí me tiene sin cuidado —respondió, mintiéndole descaradamente.

—Por supuesto, señora —replicó, temeroso de enfadar a una clienta.

—¿Es peligroso? —interrogó, inquisidora.

—¡Desde luego que no, señora! —contestó, escandalizado—. Nuestra mercancía tiene todos los certificados médicos y es de máxima calidad —remató con falsa ofensa.

«Este Apolo está en medio de sus compañeros, que no le llegan ni a la suela de su zapato, cuando debería hallarse en un museo y adorado por todo amante de la belleza. Pero no, aparece destinado con sus semejantes a tareas degradantes. ¿Qué destino cruel lo ha llevado a tan bajo estatus social?». Al final, Irene no pudo callarse sus pensamientos y preguntó:

—¿Cómo es posible que semejante criatura esté a la venta, no se tratará de un error?

—¡Desde luego que no, señora! Somos muy serios —respondió, altanero.

—¿Entonces? —inquirió Irene.

—En realidad, sí ha sido un error —se sinceró el vendedor.

—¿Cómo que un error? —repitió, escandalizada.

—Verá usted; todos estos aquí presentes saldan sus deudas y la de sus familiares, pero este en particular se presentó voluntario.

—¡Imposible, me está usted engañando! —contestó Irene, enfadada; para ella y todos los de su clase social, la palabra «voluntario» no estaba en su vocabulario.

—En absoluto, señora, nada más lejos de mis intenciones. Nunca echaría piedras sobre mi negocio, como usted comprenderá —respondió, agobiado y viendo que cometía un fallo de principiante al dar demasiadas explicaciones. Pero claro, el asunto bien valía la pena y pensaba pedir mucho por este espécimen.

Irene estaba casi convencida. Pero se hallaba equivocada, la actitud del dependiente le indicó que tantas razones se debían a que apreciaba mucho su mercancía. «Todo eso no puede ser malo», se dijo, pero todavía no se quedó satisfecha.

—Bien, ¿pero este será fuerte, dócil y servicial?

—No lo dude, señora. Que no la engañe su aspecto de Adonis, mire qué músculos, dispuestos para cualquier trabajo. Toque usted y lo comprobará.

Irene, temerosa, se acercó. Le palpó el antebrazo; más bien, se deleitó recorriendo la totalidad de la extremidad hasta alcanzar sus manos y terminar en sus grandes dedos. ¡Qué divinamente olía, qué grande, qué fortaleza! El acompañante, ajeno a todo, se mantenía impasible, como todos los de su clase.

Irene no se podía creer la ganga que se le presentaba; no le importaría en absoluto el precio, pagaría lo que le pidieran. El único defecto era el más común en todos: a la altura de la sien, una visible cicatriz de unos pocos centímetros advertía su intervención quirúrgica.

Luego de abonar una suculenta suma, del consabido papeleo y posteriores

consejos dados por un más que satisfecho dependiente, Irene tomó del brazo a su acompañante y, orgullosa de su nueva adquisición, enfiló directa hacia el transporte público. Todos y todas se paraban, mirando a tan peculiar dúo; no resultaba poco corriente contemplar a una señora de mediana edad con su pareja, pero sí parecía chocante que fuera tan apuesto, y no mencionemos su musculatura tan varonil.

CAPÍTULO 2

Irene poseía un hermoso patio con un amplio y cuidado jardín; era caro de mantener, pero ahora disponía de su fiel acompañante. Allí estaba el mancebo, inclinado y absorto en esa sencilla tarea, atrapando toda su atención, bajo la luz de un amarillo profundo, ligeramente bronceado, cuidando sus rosas y su tapizado césped. Su dueña lo vistió con un mono de trabajo, pero decidió, para envidia de sus vecinas, que solo le llegaría hasta la cintura. De esa manera, dejaba su escultural torso desnudo.

A Irene le gustaba caminar sigilosamente, de ese modo se acercaba a los demás antes de que se dieran cuenta. Era muy recomendable pillar a la gente desprevenida, aquello siempre le otorgaba una relativa ventaja. Silenciosa, lo mismo que una gata, se dedicó a examinar a su acompañante a hurtadillas, como una colegiala. No necesitaba tener cuidado ni ofrecerle explicaciones, pero algo en él la turbó de tal manera que despertó su corazón, dormido por años de aburrido matrimonio.

Mientras su Adonis se hallaba atareado bajo el impecable sol de mediodía, ella, con un refresco en la mano y resguardada debajo de su porche, concluyó que lo observaría mucho mejor y más cómodamente sentada en su balancín preferido. Conforme se mecía, se perdió en su ensimismamiento, sin siquiera percatarse de que estaba poseída por una emoción ajena a todo su ser. No se sentía culpable ni confusa. La señora solo lo miraba.

«¿Qué hay de malo en ello?», se preguntó.

En un momento dado, el Adonis alzó la cabeza, oteándola con esa expresión de indiferencia propia de los de su clase. Irene se estremeció. «¿Cómo resulta posible? ¿Estos seres ni piensan ni sienten? ¿Se habrá molestado? ¿O son imaginaciones mías?». Todas esas preguntas se

agolparon, produciéndole un pequeño malestar; pronto, ayudada por su autodisciplina, consiguió erradicarlo de sus pensamientos.

Dentro de ese cascarón, había un hombre atrapado... Sus recuerdos y anhelos seguían vivos. Gritaba, se debatía y con desesperación quería romper sus propias cadenas, que él mismo se había impuesto. Pero no, su cuerpo no le respondía; nadie lo escuchaba, ni siquiera sabían que adentro existía una persona.

Mientras Irene lo observaba, en un acto que ni él mismo comprendió, siguió tan mansamente con su tarea. Podía haber aplastado a esa mujer, que lo examinaba con cierta lujuria. De un par de zancadas, se plantaría delante y de un golpe acabaría con ella.

¡Cuánto odiaba a todo el mundo!

Se trataba de un diálogo de sordos; solo él se escuchaba, mientras su cuerpo, como si no le perteneciera, realizaba otra cosa. No era capaz de articular palabra alguna; todo lo más, un gruñido, lo mismo que una bestia. Si tenía hambre, dependía de su dueña o dueño de turno para que le diera de comer, y si no lo alimentaba, se podía morir sin una expresión de disgusto que demostrara que estaba sufriendo. Sus dueños debían ocuparse de su higiene personal y de cambiarle los pañales, ya que ni siquiera notaba cuando su vejiga o intestinos estaban llenos. Igual que si fuera un autómatas, acataba y ejecutaba todas las órdenes, le gustaran o no, aunque sintiera mucho odio cada vez que intentaba oponerse interiormente a los deseos y caprichos de sus respectivos amos.

Sus pensamientos se fueron lejos, muy lejanos en el tiempo; parecía una eternidad desde aquel fatídico día que decidió dejar esta existencia. Un hombre nace, crece, se reproduce y muere... He aquí en pocas palabras una vida humana normal, pero con qué bagaje venimos a este mundo. No constituye una pregunta; para nuestro protagonista, se trata de una desgracia.

Lo llamaremos Sr. Naranja a partir de ahora, ya que resultaría inútil referirse a él por su nombre. Sería una tontería cogerle cariño o empatía, sobre todo, porque acabará convirtiéndose en un esclavo. Bueno, aclarado el punto, les diré que al nacer con todas las cualidades de un perfecto ser estructurado, a imagen y semejanza de un bebé de esos que salen en las portadas de revistas anunciando pañales y biberones, a ustedes les puede parecer que les ha tocado el gordo de la lotería, pero nada más lejos de la realidad. El susodicho señor nació siendo la atracción principal del hospital, atrajo tanto la atención que médicos y enfermeras se quedaron prendadas de su aspecto angelical.

A partir de aquí, empezaron los problemas. Su padre se celó y su madre no tenía ojos nada más que para él. Cuando se divorciaron, ella discutió con toda su familia, porque veía en todos unos perfectos usurpadores del cariño que reclamaba como suyo. Sus hermanos no entendieron los complejos del Sr. Naranja, ya que todas las atenciones de la madre estaban dirigidas a él. Tuvieron la desgracia (según de la manera en que se mire) de ser menos guapos que él, acabando en las consultas de psicólogos y matasanos.

A la temprana edad de cinco años, el precoz Sr. Naranja ya sabía perfectamente varios idiomas con solo escucharlos y, por si fuera poco, tocaba el piano y el violín; lo curioso de todo esto es que nunca estudió música. Encima de lo antes apuntado y no contento al demostrar su talento, dominaba la astrofísica y tuvo la desfachatez de discutir con sus profesores sobre la teoría de la relatividad, emulando al Sr. Einstein.

Los celos de los profesionales de la enseñanza, junto con su protectora madre, impidieron que el chiquillo se desarrollase en una escuela para superdotados, acabando diluido en la educación pública.

En la educación primaria y hasta los doce años, el Sr. Naranja tuvo que cambiar varias veces de escuela debido a sus amoríos con sus compañeras. Su

mamá se agobió por las protestas de las familias de las chicas, ya que por culpa de su hijo ellas se dedicaban a llorar por los rincones, descuidando sus estudios. Se pasaban en su cuarto las horas muertas, desahogando sus penas, sin parar de hablar por teléfono entre ellas; de esa manera, sus sentimientos parecían menos penosos. Todo ello la obligó a rescatar a su amado retoño de sus garras, ya que, en su opinión, las únicas culpables eran las niñas educadas de forma liberal. El asunto llegó a tal extremo que la dirección le recomendó que el niño recibiera educación personalizada en la seguridad de su casa. El día en que se presentó su nuevo profesor, la madre por fin respiró. Su aspecto no podía resultar más de su agrado: calvo, con gafas, de estatura baja y con vestimentas de color negro y muy simple. En su rostro, la nariz sobresalía lo justo y sus orejas sujetaban unos enormes anteojos de concha. Por lo demás, tenía aire de despistado, lo apropiado para parecer un científico pasado de rosca.

Luego de las consabidas presentaciones y dejando de lado a la mujer, empezó a hablar al crío de toda clase de temas científicos. El pedagogo, a cada contestación del niño, asentía satisfecho y dirigía una mirada a su mamá, en busca de aceptación. La señora, turbada por dicha conversación, no lograba ni siquiera seguirles el paso, pero intentó disimular, asintiendo. Al advertir el entusiasmo del chiquillo, el ama, satisfecha, le dejó hacer. No exigió carta de credenciales ni nada por el estilo, al instante lo contrató.

Los días se sucedieron en completa normalidad; el niño estaba muy a gusto, debatiendo con una inteligencia lo más parecida a la suya. La madre, henchida de orgullo y muy tranquila por fin, después de tantos quebraderos de cabeza, se dedicó a otro asunto que no fuera estar encima de su cachorro.

Un día, la madre acudió a la habitación del niño para llevar la habitual merienda y el corazón le dio un vuelco. Donde se suponía que deberían hallarse su hijo y el profesor no había nadie. En un primer momento, supuso

que estarían en otro sitio, pero no. Recorrió frenética todos los habitáculos de la casa, incluyendo el jardín. La mamá, histérica, salió corriendo a la calle, aullando como si fuera un coche de bomberos con la sirena destellando miles de luces de colores.

Al poco tiempo, aparecieron la Policía, los medios de comunicación y los vecinos que, aburridos y ávidos de carnaza, disimularon con pena fingida. La envidia es muy mala y los muchos murmullos entre ellos confirmaron la poca simpatía que procesaban al pequeño Sr. Naranja. Aquella parafernalia pronto se convirtió en todo un espectáculo. El noticiero de máxima audiencia aterrizó con toda su artillería de famosos presentadores, que rápidamente tornaron la desgracia de la madre en un *reality show* digno de cualquier revista de papel *cuché*.

Acto seguido de las consabidas instrucciones del director de informativos, una madre llorosa se lamentó delante de la cámara, rogando al supuesto secuestrador que dejara al niño con vida.

Pasó el tiempo y el chico no apareció. La opinión pública se enfrió y el secuestro se traspasó a un segundo plano. Conforme fueron sucediendo novedades en la vida, cayó en el *ranking* del noticiero, tanto que pronto el pequeño sufrió el más desolado de los olvidos.

Después de un par de años desaparecido, alguien llamó a su casa. La madre, que había perdido toda esperanza de recuperarlo, abrió la puerta. Ante ella se presentó un niño descalzo, muy mal vestido y con una melena que le tapaba la mayor parte de su cara.

Si todos ustedes piensan que nacer guapo y mear colonia es una suerte, pregúntenle a esta madre, a la que, después de estos avatares, devolvieron a su hijo. Él mismo le contó los mil horrores que vivió secuestrado por el loco profesor.

Este lo vendió a un grupo de ricos que, aburridos de los placeres de la vida

habidos y por haber, hicieron con él toda clase de aberraciones. Una vez lo aborrecieron, lo soltaron a un par de kilómetros de su casa. Su mamá no dijo nada a nadie y, temerosa de que se lo volvieran a robar, decidió encerrarlo en su hogar, a buen recaudo de cualquier mirada indiscreta.

A los catorce años, ella pensó que se habían olvidado de su niño. Viendo que el pequeño, aunque sufría algunos traumas, evolucionaba favorablemente, salió corriendo en busca del consabido consuelo de un internado privado y religioso. Allí le aseguraron una estricta educación hasta el período universitario.

No aguantó mucho en esta institución el Sr. Naranja debido a un particular y significativo problema. Dicha fundación educativa acabó quemada por la celosa de su mamá al advertir que su hijo no mejoraba; al contrario, desde su ingreso, varias chicas de familias pudorosas terminaron o bien rendidas a los encantos del muchacho o con una sobredosis de barbitúricos, anhelando los amores del chiquillo. No digamos de las religiosas, muchas acabaron colgando los hábitos, y otras, colgadas del cabo de una cuerda. La señora, ante el Maligno, repitió compulsivamente que el lugar estaba endemoniado. No se le ocurrió mejor idea que poner en práctica el remedio que siglos atrás disponía la Inquisición para purificar las almas.

El niño se fue haciendo hombre a golpe de dejar a su paso un reguero de enamorados cadáveres. Su madre aterrizó en una residencia para personas trastornadas, en la que juraba y perjuraba que provocaría un incendio a menos que todas sus internas perdieran la vista. Cuando su hijo la visitaba (con poca frecuencia), se dedicaba a tapar los ojos a toda fémina de buen ver, que se permitían engatusar con la excusa de un divertido entretenimiento.

Al final y debido a su edad, el Sr. Naranja ingresó en la universidad. Su periplo por la misma no fue mucho mejor que en el instituto. En este caso, su integridad física corrió peligro por culpa de los novios celosos, que veían en

él a un serio y desleal competidor. No podía hablar con ninguna muchacha, ni siquiera mirarlas; siempre estaba rodeado de enamorados mosqueados, que lo tenían apartado y fuera de la vista de las chicas. Incluso necesitó protección de la seguridad del centro docente. Todo llegó a tal extremo que la dirección ordenó que solamente le dieran clase las profesoras y los profesores de edades y mentes maduras.

Al acabar su accidentada carrera de Derecho, encontró empleo como pasante en una notaría. En ese tiempo, hubo cuatro divorcios y un par de suicidios. El notario, aunque este mozalbete no cobrara sueldo, ya que trabajaba de becario, vio peligrar la salud de sus otros empleados y también comprobó en sus propias carnes los efectos de su atractivo. Sus queridas hijas, a las que tenía preparado un futuro mejor que juntarse con un pelagatos, por muy guapo que fuera, cayeron atrapadas por su embrujo. Concluyendo: el muchacho, a la temprana edad de veintitantos años, acabó sin empleo ni beneficio, vendiendo su cuerpo a cualquiera que pudiese pagar su precio.

La habitación de este hostel de mala muerte distaba mucho de su querido cuarto, donde su madre se ocupaba de cualquiera de sus caprichos: un camastro, una mesita pasada de moda, con una lámpara de esas que están fijadas a la pared, una triste silla y un armario empotrado con dos puertas corredizas chapadas, imitando el color de la madera; adjunto, había un retrete que solo tenía el nombre. Completaban dicho excusado cuatro tabiques de un tono blanco apagado. Entre las humedades y restos orgánicos que decoraban el muro, poseía un par de cuadros pintados al óleo de escenas paradisíacas, firmados de seguro por uno de esos pintores callejeros que venden sus obras con la esperanza de verlas algún día expuestas en alguna renombrada sala de arte.

La estancia era fría y desangelada, sin ninguna personalidad; se trataba de lo mejor que podía ofrecer a la peculiaridad de sus variopintos clientes, entre

mujeres maduras y hombres ávidos de experiencias ocultas. Resultaba tal la decadencia en la que naufragaba que una depresión de caballo se apoderó de tan guapo galán, hasta tal punto que el suicidio se tornó su único pensamiento.

Un día, un hijo de perra mal encarado le propinó una paliza por no ejecutar lo que le pedía su cuerpo (cosa rara en él, pero en esa época no estaba por la labor). Cuando se hallaba lamiéndose sus heridas tanto físicas como las de su amor propio, decidió que se apearía de este mundo, usando el salvoconducto que le proporcionaban dos tubos llenos de las tan socorridas pastillas para dormir.

Después de una aparente muerte, se preguntarán ustedes si vio la típica luz al final del túnel. ¿Vino algún familiar a buscarlo o, por el contrario, su ángel guardián le dijo que todavía no había llegado su hora? Pues miren, señoras y señores, nada de lo anteriormente dicho. El asunto fue mucho más simple:

Al Sr. Naranja, al contemplar la guadaña de la muerte, le entraron las ganas de vivir. No obstante tenía una vida de mierda, resultaba la única y no era plan de verse con la Parca. Así que, sacando fuerzas de flaqueza, se levantó de su camastro, al que le pareció penoso que lo abandonase su dueño, pero su afán de sobrevivir pudo más, aunque se unieran la cama y todas las pastillas del mundo. Acto seguido, logró abrir la puerta y, con unos anhelos impropios de un moribundo, a grito pelado pidió socorro.

¿Lo siguiente? Puro trámite para suicidas, en el que no faltaron la consabida limpieza de estómago, la regañina por parte del personal médico y, por supuesto, la ayuda psicológica.

En estas cuitas se encontraba nuestro protagonista, dentro del gabinete del Dr. Típico Galeno, que tenía un aire tan poco tranquilizador como si fuera un médico aconsejando al paciente que dejara de fumar con un cigarrillo en la boca.

—*Hum...* —dijo el doctor, mientras se rascaba su frondosa barba—. Sr. Naranja, ¿verdad? —Siguió, a la vez que manoseaba lo que parecía el historial del paciente—. ¿Intento de suicidio?

—Al final me arrepentí —asintió el Sr. Naranja.

—¿Y cómo fue eso? —preguntó en tono inquisitivo.

El Adonis le relató con todo detalle su vida y miserias. El médico no es que fuera gay ni nada por el estilo, pero estaba embelesado por la belleza de su paciente. Conforme el mancebo le contaba su existencia, por una vez en su carrera profesional, se distrajo admirando el perfecto perfil que lucía su interlocutor. Total, que cuando terminó su relato, el Sr. Naranja tuvo que despertarlo de su ensueño.

—Usted perdone, Sr. Naranja. Lo creo a pies juntillas, he comprobado en mis propias carnes el efecto de su historia. Ahora, todo tiene solución. ¿Alberga usted todavía deseos de suicidarse? —preguntó, dubitativo.

—La verdad es que sí, pero... —contestó, poco convencido.

—Por favor, sincérese, Sr. Naranja, como si fuera su confesor.

—Tengo miedo... —respondió, lastimero.

—Eso es muy natural, señor mío... —concedió, conciliador, el doctor.

—¿Soy un cobarde? —cuestionó con inocencia.

—¡Nada, por favor!, es usted solo un humano; el instinto de supervivencia lo supera, nada más —replicó con energía el médico.

—Entonces, dígame usted cuál es la solución para morir y no tener miedo —pidió alterado el mancebo.

—Hay dos: la primera, que contrate a un sicario para su misma muerte; la segunda, que se convierta en un esclavo.

El doctor hizo una pausa, mirándolo a la cara y esperando el efecto deseado. Al quedar satisfecho, siguió hablando:

—En la primera opción, veo una tremenda dificultad; está penado con la

cadena perpetua. Pero claro, me puede preguntar: ¿quién va a condenar a un muerto? —sin dejar meter baza al Sr. Naranja—. A usted no, desde luego, porque estaría fallecido; ahora sí, a su mujer, hijos, padres, y si no los tuviera, a sus tíos, tías, primos y primas, incluso a sus abuelos maternos y paternos. Al fin se alcanza a comprobar que dicha ley parece hecha con muy mala leche o pensando en que nadie se escape antes de tiempo, según la manera en que se vea... —terminó, tapándose la boca para disimular sus ahogadas risitas.

—¿Y la segunda opción? —preguntó, esperanzado.

—Bueno... Hay una pega. Verá usted, esta la escogen en su mayoría las personas que guardan cierta deuda con la sociedad o bien con alguien o alguna entidad comercial a la que no pueden devolver el préstamo; de esa manera pagan su compromiso. En su caso, sería una forma de suicidio sin dolor —tuvo la pillería de recalcar la última palabra para que a su interlocutor le quedara muy claro.

—¿Entonces, yo no puedo? No debo nada a nadie... —dudó, desilusionado.

—Hay excepciones, Sr. Naranja...

—Dígame cuáles, por favor —en tono suplicante.

—Depende mucho de mi informe —respondió con aplomo.

—¿Qué informe, señor doctor?

—Naturalmente, el que le puedo hacer, alegando que usted sí o sí se va a suicidar y, por consiguiente, sería una lástima que se perdiera la posibilidad de que se convirtiera en un esclavo más al servicio de la sociedad.

—¡Estoy decidido, doctor! —se impacientó.

—Un momento, Sr. Naranja, hay algunos contras que usted debe saber —advirtió con solemnidad.

—A mí eso me da igual, si yo lo que quiero es suicidarme —afirmó,

decidido.

Irene se pasó todo el día observando a su particular Adonis y, cuando llegó la tarde-noche, preparó la cena para los dos. Tenía que darle de comer, ya que por sí mismo era incapaz de llevarse la comida a la boca. Al terminar de alimentarlo, lo condujo a una especie de casita de invitados que poseía en el jardín. Lo desvistió, procurando no mirar directamente su entrepierna, lo metió en la bañera y, como si fuera un niño pequeño, lo aseó; le cambió los pañales y le puso los consabidos polvos de tacto. Una vez terminado el cuidado del Sr. Naranja, lo acompañó de la mano hasta la cama, aunque sabía perfectamente que estos esclavos no dormían, pero a ella le pareció lo más correcto y así lo dispuso.

—¡Descansa, que mañana te espera un día muy duro! —le gritó, esperando que fuera entendida.

El esclavo le dedicó una mirada con un atisbo de inteligencia, comunicando que algo comprendía. Ella lo arropó, le brindó una sonrisa y, acto seguido, salió de la cabaña, más que satisfecha con su nueva adquisición.

A la mañana siguiente, seguía inmóvil entre las mantas donde su dueña, en un exceso de celo, lo había amortajado. Había pasado toda la noche enterándose de todas las horas, minutos, segundos y de los innumerables ruidos del entorno. Algo que ni siquiera logró explicarse le hizo levantarse de la cama y se dirigió a la casa de su ama.

Irene estaba profundamente dormida. Su antiguo reloj, de esos a los que hay que dar cuerda todas las noches y al instante que llega la hora de despertarte no hacen distinción entre tú y tus vecinos, marcaba las cinco de la mañana.

Cuando ni siquiera las calles estaban puestas, sonó el timbre. Al oír el

molesto sonido, pensó ella que estaba soñando la resonancia. Ante la insistencia de la llamada, se dio cuenta de que provenía de la vida real y no de sus fantasías. A regañadientes, se incorporó, y lo mismo que si fuera una torpe anciana, se dirigió hacia la entrada.

Al abrirse la puerta ante el Sr. Naranja, se presentó en toda su crudeza una mujer de mediana edad, descalza, con un desagradable pijama cubierto por una bata gris y con una redecilla sujetándole el peinado. Si no fuera su cautivo, asustaría al más pintado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, iracunda, sabiendo que no obtendría contestación. Por toda respuesta, el Sr. Naranja puso cara de perro apaleado—. ¡Está bien! —dijo Irene, recordando que ella le había dado las órdenes—. ¡Joder con el guapo, sí que madruga! Vale, ya que has venido, te enseñaré lo que tienes que hacer.

Lo llevó hasta el cobertizo donde estaban las herramientas. Un tufo a excrementos y orina la puso de mal humor, ya no se había acordado de que debía asear a su esclavo. Disgustada, le olisqueó el trasero y comprobó que necesitaba un cambio de pañal. Lo tomó del brazo, lo condujo hacia la casa y le indicó mediante señas que se tumbara en el suelo. Acto seguido, con una maestría insólita y en un abrir y cerrar de ojos, lo limpió. Una vez terminó, le ordenó que se levantara y la siguiera de nuevo a la cabaña.

La mujer le mostró la pared, donde colgaban de unos ganchos unas tijeras de podar y un rastrillo; además, le tendió varias bolsas de plástico para que metiera toda la basura. Asimismo, le enseñó una carretilla y le urdió a comprender que le ayudaría a transportar las herramientas.

El Sr. Naranja de alguna manera captó lo que quería Irene, lo cargó todo y fue hacia el jardín. La dama, con gestos, como si fuera un retrasado mental, le explicó en qué consistía el trabajo. El esclavo, movido por un resorte, entendió y, acto seguido, se puso a ello; a continuación, introdujo la poda en

los sacos.

Antes de irse, Irene le hizo razonar que debía acarrear la porquería hasta el punto de recogida, junto a los contenedores de inmundicias. La señora quedó muy satisfecha de su obediente adquisición, que no parecía tan tonto como ella había pensado; eran tantos los chismes que circulaban que no las tenía todas consigo, pero este en particular rompía las estadísticas y, encima, era muy guapo. «¿Qué más voy a desear?», se preguntó.

Le pareció todavía temprano y aún podía dormir un par de horas más. Pero los años no perdonan y, cuando a un individuo de cierta edad por alguna razón se le corta el sueño, difícilmente consigue de nuevo subirse en la parada en la que se apeó. La señora ya estaba desvelada, ¿era una tontería volver a acostarse!

Hizo de tripas corazón, se aseó y se vistió como siempre: para estar a gusto, de forma sencilla, muy pulcra y, por supuesto, con la ropa planchada. Se miró al espejo y, satisfecha de sí misma, se preparó el desayuno. Se dispuso a tomárselo en la terraza, en la cual tenía una vista privilegiada del jardín y (¿por qué iba a disimular?) donde también conseguía admirar a su sudoroso Adonis.

Mientras mordisqueaba su tostada y sorbía su café con leche, varias preguntas le turbaron su pequeño momento de felicidad: «¿Es fascinación o más bien atracción animal?», se repetía, obstinada. Sabía que, aunque se hallaba delante de un hombre, no dejaba de tratarse de un esclavo sin sesos. Aun así, esas cuestiones la ruborizaron lo mismo que una adolescente histérica pidiendo un autógrafo a su idolatrada estrella.

—¡Buenos días, Irene! —saludó su vecina.

Puede que a ustedes no les afecte en absoluto un vecino o una vecina tocapelotas. En este caso, a nuestra protagonista le tocó el premio gordo. Angustias, que así se llama esta buena señora, pertenece a la categoría de

mujeres asustadizas, malhumoradas y en continuo plante con el mundo exterior. De rígidas costumbres, pertenece a no sé cuántas asociaciones por salvar a la humanidad de un supuesto Maligno, que solamente está en su cabeza.

Sin esperar invitación alguna, se dejó caer en una de las cuatro sillas que componían el mobiliario de la terraza.

—¿Ha desayunado ya, Angustias? —preguntó, sabiendo que tenía que servir una tostada más, acompañada de otro café.

—Estupendo, querida. Pero no se levante usted, yo misma me lo prepararé —dijo con mucha familiaridad.

A Irene se le encendieron todas las alarmas, por ninguno de los conceptos iba a consentir que esta mujer se paseara hasta la cocina. ¿Quién imaginaría de lo que era capaz? Antes, se situaban el cuarto de baño y su habitación, lugares sagrados para ella.

—Por favor, no se moleste; si de todas maneras me iba a hacer más café.

Mientras preparaba el desayuno para su vecina, unos nubarrones vinieron a ennegrecer sus pensamientos. Sabía perfectamente que el Adonis quedaba a la vista y tendría que darle alguna explicación. Se armó de valor, decidió que a lo hecho pecho y salió, lista para atacar si fuera necesario. A los pocos minutos, regresó con una tostada, acompañada de una humeante taza de café con leche. Observó lo que tanto temía, su comadre se hallaba mirando a su esclavo; más bien diría que esta puritana se lo estaba comiendo con los ojos.

—Vaya, querida, alabo tu buen gusto. Es la mejor decisión de tu vida y no entiendo cómo no la tomaste antes —dijo, sin darle más importancia.

—¿Por qué lo comentas? —preguntó, haciéndose la inocente.

—¡Vamos, querida, se aprecia muy a las claras! ¿No habrá aparecido así por las buenas el pedazo de mozo que está trabajando en tu jardín? —contestó irónica, sabiendo que ponía en un aprieto a su vecina.

—Bueno..., sí, verás... —respondió, dubitativa.

—¡Vamos, Irene! No tienes nada de qué avergonzarse. Yo también tengo uno, ahora, no tan guapo... —recalcó con mucha idea la última palabra.

—En absoluto, Angustias, solo es una ayuda —replicó, en un intento por sobreponerse al color rojo que la delataba.

—Por supuesto, querida, solo es una ayuda... —repitió con malicia.

—¿Y qué insinúa? ¿No tengo yo derecho, después de tantos años viuda, de contar con una ayuda en casa? —preguntó, alterada.

—Por supuesto, querida, estás en su derecho. Pero, Irene, no tan guapo, que nos tienes a todas muertas de envidia. —Parecía una niña mal criada y caprichosa pidiendo una nueva muñeca a su mamá. Acabó su tostada, apuró su café y, acto seguido, se fue, dejando a su vecina con la palabra en la boca.

Irene se percató de que había sufrido un ataque en toda su línea de flotación y de que sentía unas terribles ganas de llorar. La visita de su vecina la sumió en una especie de anticlímax irónico al descubrirla en bragas. Su esclavo no era mejor que un perro, un animal ciego y amorosamente leal, pero incapaz de pensar; nunca podría contestar de forma inteligente ni imaginar o despertar una respuesta. Todo lo que hacía consistía en permanecer al lado de una, brindando compañía.

El Sr. Naranja, aparte de estar allí, ayudar en los trabajos manuales y portarse tan fiel como una mascota, era lo más parecido a un varón, eso sí, sin capacidad de réplica, pero un hombre con todos sus atributos. Eso ella no lo podía remediar.

Sin cariño, viuda, olvidada por su hijo y familiares, vivía encerrada en su casa, apartada de la vida social. Hacía tiempo que para ella el amor solo existía en las novelas y en las películas. Por eso, no sabía cómo encajar esa devoción por el Sr. Naranja, que se asemejaba a un retrasado mental. Quizá la atracción se debiera a no recibir reciprocidad.

Tanto era así que hacía verdaderas filigranas por no arrebatarse y echarse entre sus brazos; de seguro resultarían tan fríos e inertes como sus sueños húmedos de alcobas desangeladas por años de soledad. No obstante, ella se sentía orgullosa delante de sus amistades de esa independencia, que provocaría saltar de alegría a cualquier mujer. Sin embargo, bien sacrificaría su libertad por algo de amor, aunque fuera el de su esclavo.

Irene apartó esos pensamientos que la torturaban y la siguió con la mirada. Si hubiera tenido algún poder de fulminarla con los ojos, no duden ustedes de que la habría convertido en polvo; no estaba dispuesta a que la vecina le amargara la existencia. Con la vista clavada en su esclavo, dio un repaso a su aburrida y monótona vida, no encontrando ningún instante de felicidad que se pareciera a esos momentos.

El Sr. Naranja no comprendía lo que le pasaba; se quedaba sin fuerzas, lo más semejante a una máquina a la que se le acababa poco a poco la batería. No tenía hambre, no sentía la necesidad de alimentarse. Siguió trabajando, ahora muy despacio, pero sin pausa. Hasta que no recibiera una orden en contra, continuaría atareado, incluso aunque reventara, como un animal de carga. «¿Qué hora es?», se preguntó. Echó un vistazo a lo alto; el Astro Rey pegaba de lo lindo y su ama permanecía a la sombra, deleitándose con su desgracia.

Irene captó cómo gradualmente desfallecía su esclavo. Era ya la una de la tarde y supuso que debía apartarlo de los implacables rayos del sol y alimentarlo.

—¡Oiga, señor! —Gritó a pleno pulmón—. Sí, usted... —cuando acabó de vociferar, se dio cuenta de que lo había llamado como a un semejante.

Se asustó; se trataba de un esclavo, el susodicho no comprendía, a menos que fuera a manera de señales, e incluso algunos necesitaban que los llevaran de la mano del mismo modo que si estuvieran ciegos. Se percató de que el

siervo no se había dado por aludido y decidió ir a por él antes de que reventara.

Se acercó lo suficiente para hacerse entender; por fin el mancebo reaccionó y se quedó quieto, a la espera de una nueva orden. Irene le indicó que se aproximara, lo tomó de la mano y le obligó a sentarse al lado de la mesa.

La mujer se retiró a la cocina y preparó algo. «¿Qué comen los esclavos?», se preguntó. «Me imagino que lo mismo que nosotros».

A los pocos minutos, salió con una gran bandeja de chuletas con verduras y patatas asadas. Puso la fuente delante del mozo, pero tenía que alimentarlo. Con paciencia y dulzura, características en ella desconocidas, le trinchó la carne y le metió los trozos en la boca. Mientras el esclavo masticaba, Irene le acarició la cabeza y le palpó la cara, como si fuera una invidente tratando de conocer a su semejante. De repente y sin saber el porqué, empezó a dialogar con él.

—David... —dijo, y al instante se tapó los labios, en un acto reflejo de autocensurarse.

«¿Por qué lo he llamado así?», se recriminó. Desde luego que Irene lo sabía. David fue su primer novio, ese que, aunque una quiera, nunca se olvida.

—¡Malnacido, cobarde, me dejaste sola, con solo una llamada de teléfono! —Estaba desbocada, de repente todo un aluvión de recuerdos la arrasó a modo de una avalancha—. ¡Por tu culpa me eché en los brazos del que sería mi futuro y aburrido marido, una relación sin amor, con la esperanza de olvidarte! Pero resultó peor, me acordé más aún si cabe de ti —respiraba agitada y, cuando por fin parecía que había terminado su batería de reproches, siguió exponiendo—: ¿No disponías de otro momento para romper conmigo? ¡No te importó en absoluto que estuviera de exámenes de fin de carrera, ni

siquiera te afectó que hacía poco hubiera fallecido mi madre! Te comportaste como un cerdo. ¿Y lo de decir que sigamos siendo amigos a qué venía?, ¡qué bonita frase y qué vacía de contenido! —Parecía que se había desahogado, pero no; tomó con ambas manos la cara del Sr. Naranja y continuó —: ¡Hijo de perra, todavía te quiero!, no ha pasado el día en que no me acuerde de ti. Deseé quedarme viuda para ir a buscarte, pero cuando ocurrió, ya era demasiado vieja y te perdí la pista; igual ya estabas muerto. —Lo soltó y, exhausta, se dejó caer en la silla, sollozando.

El Sr. Naranja estaba algo aturdido por tantos reproches; ella solo debía alimentarlo, nada más. «¿Qué quiere esta mujer, está loca?», se preguntó, mientras la observaba.

Oía perfectamente, pero no podía hablar. La única manera que tenía para expresarse eran sus ojos; en este caso, no mostraban el espejo del alma, más bien el espejo de la cárcel en la que permanecía el Sr. Naranja.

Llegó a la conclusión de que ahora entendía a todas las mujeres y hombres que se habían enamorado de él. Se preguntó para sus adentros: «¿Puede ser? ¡Es increíble! ¿Cómo resulta posible que odie tanto a esta mujer, que ningún daño me ha hecho?». La totalidad de esos interrogantes sin respuesta circuló como una poderosa droga, inundando todas sus venas.

De repente, pasó algo inexplicable para la mujer. Una gota nació de los ojos del Sr. Naranja; resbaló por su mejilla, sinuosa, dibujando su bello rostro. Acabó su camino en el borde de su mentón, dudando de si caer o quedarse. Al final, la gravedad pudo con ella e inició una huida hacia lo desconocido. Irene, interpretando una emoción compartida, advirtió con deleite el viaje de la lágrima. La recogió con su dedo y se la llevó a la boca.

El Sr. Naranja se sintió aturdido, sin saber qué hacer, aunque más bien no podía imaginar nada. Su ama mandaba, y si pensaba que esa lágrima se debía a una hipotética reciprocidad de sentimientos y no a la pura rabia de verse

atrapado, no le quedaba otro remedio que sufrir ese extra en su encarcelamiento.

CAPÍTULO 3

Irene estaba fregando los platos cuando sonó el timbre del teléfono. Se secó las manos y, fastidiada, acudió a atender el receptor. Se preparó para despachar una supuesta y habitual llamada de alguna empresa de telefonía, que de seguro le prometería el oro y el moro.

—¿Diga? —preguntó, tajante.

—¿Doña Irene, por favor? —requirió una voz penetrante.

—Sí, la misma. ¿Qué se le ofrece? —respondió, desafiante.

—Muy buenos días, me llamo Ramírez, director de Relaciones Públicas, y le telefono desde el comercio de esclavos.

—¡Ah, sí, dígame! —contestó aliviada, suavizando su tono.

—Pues usted verá, mi llamada es referente al artículo que compró la semana pasada. —Dejó un par de segundos para que la interlocutora digiriera bien sus palabras—. Hay un problema con su esclavo, señora.

—¿Cómo que un problema? —preguntó escandalizada.

—Bueno..., sí, verá usted.

Al Sr. Ramírez este inconveniente en particular le molestaba. Acostumbrado a delegar en sus subordinados, él solo figuraba para casos de cierta categoría que, por suerte, nunca se le presentaron, ya que quien decidía su importancia era él mismo. El día en que casi le obligaron a tomar dicho asunto, pasó la noche anterior dando vueltas en la cama y, por supuesto, recibiendo algún que otro codazo de su santa esposa, harta del torbellino en que se había convertido su marido.

—Señora, ha adquirido un artículo defectuoso —lo dijo tan bajito que de verdad deseó que la mujer no lo hubiera oído.

—¿Defectuoso?, imposible, va perfecto —sentenció la mujer, sin dejar el mínimo resquicio en el que pudiera meter baza el Sr. Ramírez.

—Es que... ¿No ha visto usted el noticiero? —se repuso enseguida, esperanzado de que la señora afirmara.

—Pues no... —contestó con una negativa; sabía que no era normal.

—¿Y la radio? —preguntó muy extrañado.

Irene odiaba la televisión. Tampoco tenía radio y, desde luego, renegaba de los periódicos; siempre echaba pestes sobre los medios de comunicación que, según ella, nos intoxicaban con noticias alarmistas. «¿Para cuándo un periodismo de noticias buenas?», repetía hasta el agotamiento a todo aquel que quisiera escucharla.

—No, señor. Le pido que sea breve, tengo mucho que hacer —dijo, amenazante.

—Disculpe, señora, iré al grano. Hace un par de días, ha sido arrestado un eminente médico, acusado de dirigir una trama corrupta.

—¿Y a mí eso en qué me incumbe? —lo interrumpió de muy malas maneras.

—Por favor, déjeme que me explique, es de vital importancia —suplicó.

Al Sr. Ramírez esta incómoda situación se le agravaba por momentos, había dado en hueso con la mujer. Respiró con ritmo pausado, contó hasta diez e intentó sacar a relucir toda su experiencia como director de Relaciones Públicas, que a todas luces resultaba insuficiente para torear en esta plaza.

—La incumbe y mucho. Ahora, si me permite, continuaré relatando la noticia. Como iba diciendo —Ramírez estaba hablando ya con bastante más aplomo, a la vista constaba que ella no volvería a interrumpir—, el médico en cuestión, mediante engaños, vaciaba las cuentas bancarias de las personas que querían quitarse la vida. A cambio, las convencía de una muerte legal y sin dolor, eligiendo el camino de la esclavitud, que solamente quedaba destinado a los condenados y a los insolventes, que de esa manera satisfacen su deuda con la sociedad. Este es el caso de su esclavo, señora —terminó lo mismo

que un profesional, tanto era así que se felicitó. Decidió que, de hoy en adelante, se lo pensaría dos veces antes de delegar en sus subordinados.

—Si he comprendido bien, ¿me está usted queriendo decir que tengo a un inocente como esclavo? —se enojó.

—Cálmese, en esta vida todo tiene solución —respondió en un intento de tranquilizarla.

—Pero... oiga, ya está pagado y me he acostumbrado a él —replicó, temerosa de que se lo quitaran.

—No se preocupe, señora. La empresa me ha facultado para prometerle el reembolso de su dinero y, además, por las molestias ocasionadas, le traeremos un nuevo esclavo sin gasto alguno.

—Bueno..., me parece bien —Irene contestó sin estar convencida, pero ante las contundentes palabras del director, qué remedio le quedaba.

—Perfecto, señora. Daré las oportunas órdenes para su reembolso y le haremos llegar un nuevo acompañante. En nombre de mi empresa y el mío propio, mis disculpas nuevamente y que pase usted un buen día.

Irene, fastidiada, dejó lo que estaba haciendo y, rauda, fue en busca del Sr. Naranja, que se hallaba trabajando en el cobertizo. Lo contempló con ojos llorosos, como si no lo volviera a presenciar jamás. Él siguió lo mismo que si tal cosa, dedicado a su tarea encomendada. Ella se puso delante para que la viera bien y le ordenó que parara.

—¿Qué te ocurrió para querer quitarte la vida? —más que una pregunta, era un reproche; sabía que no podía contestarle, pero no logró evitarlo—. Tranquilo, amor mío, no padezcas; ahora estás conmigo, tu pasado no importa ya.

El Sr. Naranja estaba asqueado; se revolvía dentro de este cuerpo, aprisionado y a merced de esta loca. «¿Cómo es posible que esta mujer ame a un hombre sin sesos?», se interrogó, enfurecido.

Intentó con todas sus fuerzas mandar alguna orden a sus músculos que no fuera solo mandada por su ama. Pero nada, en absoluto le respondían. Se volvió loco de rabia y rencor hacia todos. «¡Si pudiera, ay, Dios mío, si pudiera...!» se repetía con insistencia.

La mujer lo miró a los ojos y lo que para su esclavo era una mirada intensa de odio para ella semejó la contemplación de un amor correspondido.

—Tranquilo, amor mío, nadie nos separará —sentenció, decidida a no devolver bajo ningún concepto a su adorado Adonis. Al escuchar estas palabras, el Sr. Naranja se quedó ya más que convencido de la locura de esta mujer.

Irene había planeado el viaje a su éxodo particular. Su viejo utilitario estaba lleno de provisiones para aguantar un holocausto nuclear. Tomó a su esclavo de la mano, lo puso en el asiento de atrás con objeto de disimular (no resultaba muy recomendable el de copiloto) y, rauda, abandonó su querida casa en busca de un refugio junto a su Romeo.

—Vivo en la ciudad, pero no quería tener una casa en medio de tanta gente. Por eso decidimos mi marido y yo adquirir una propiedad bien lejos de aquí, una de las pocas cosas buenas que hicimos juntos. Muchos vecinos dan asco, aún recuerdo cuando había cuatro casas —se interrumpió ella misma, sorprendiéndose de mantener una conversación como si formaran una pareja de tortolitos. Miró de soslayo por el retrovisor al Sr. Naranja que, inmóvil lo mismo que una estatua, conservaba la vista fija en idéntica posición en la que lo había dejado su dueña—. Pobre David —sollozó Irene—. ¡Tú no eres culpable, amor mío, sigue admirando el paisaje!

«¿David? ¡Esta mujer está chalada!, me llamo... Sí, tengo otro nombre, lo sé. Dejadme pensar..., pero ahora estoy perdiendo la memoria. Maldita zorra, me hallo vivo, habito aquí dentro. ¿Me oye alguien?».

Después hubo un silencio. Irene dejó el monólogo y se concentró en

conducir. Para ella, el Sr. Naranja (su añorado David) estaba disfrutando del viaje, vuelto de lado, ensimismado, sin perderse un solo detalle del entorno.

—David —llamó al Sr. Naranja, dirigiéndose al retrovisor para no perder la visión de la carretera—, ¿te casaste, tuviste hijos? —Dejó un tiempo para que contestara; obviamente, no lo hizo, pero en la mente de Irene, ya había respondido—. Ya veo, es normal en un hombre, no pueden estar solos... Y claro, ¿solo dos niños? ¿Qué pocos, no? Lo entiendo, es tu mujer, que no quería más. Suele pasar, algunas no tienen la maternidad tan marcada como otras o, simplemente, trabajan.

La señora dejó de hablar, el silencio solo fue interrumpido por el ronroneo del motor, el roce de los neumáticos al comerse los kilómetros y, de cuando en cuando, algún claxon de otros autos, conducidos por auténticos energúmenos a los que les molestaba su velocidad tan prudente, respetando siempre todas las señales de tráfico.

Después de varias horas de viaje y alguna que otra parada para repostar, ir al baño y cambiar los pañales a su esclavo, llegó a su destino. Era un lugar bastante solitario. Los vecinos más cercanos estaban a unos cuantos kilómetros, ya que se trataba de una zona rústica. El camino serpenteaba en la montaña, rodeada de altos pinos. Llovía y el barro, junto con los baches, dificultaba la conducción del pequeño y cargado utilitario; resultaba una ventaja, ya que pocos se atrevían a circular en tan accidentado terreno. Constituía la escapada perfecta, valía la pena pasar por estos inconvenientes.

La propiedad era lo suficientemente grande para tener su preciada intimidad. Había sido una inversión sensacional, de momento se hallaba fuera de las especulaciones inmobiliarias. En un futuro, de seguro que le reportaría suculentos beneficios; por ahora, era el escondite perfecto en el que refugiarse en absoluta soledad.

Irene hizo girar el auto, saliéndose del camino, que iba a parar a una senda

que se internaba en un mar de grandes pinos. Olía a resina debido a la llovizna que mojaba el parabrisas. Al final del sendero, había un gran claro y, en el centro del mismo, la casa de campo; era sencilla, con estructura rectangular, techo de teja roja a dos aguas y un amplio porche, que rodeaba la residencia por completo. Las paredes, por supuesto, pintadas del clásico color blanco, que nunca desentona. Un descuidado jardín completaba el lugar que, a pesar de todo, tenía un cierto encanto difícil de definir.

Irene se había gastado mucho dinero para la instalación de agua y electricidad. Un pozo artesanal junto a la casa proporcionaba el tan preciado líquido elemento. Un generador a una distancia razonable suministraba la energía suficiente que necesitaban, los pocos electrodomésticos de los que disponía la vivienda. Una pila de leña, protegida por un pequeño tejado, hacía suponer que también estaba dotada de un hogar donde quemar la madera. Asimismo, contenía un retrete fuera del domicilio. La morada no incluía un sistema de saneamiento, siendo las aguas fecales distribuidas mediante tuberías a una poza.

Irene no sentía apego alguno por la vida en el campo y menos por una casa con tan primitivas instalaciones, pero todo le servía para que la misma ofreciera tan mal aspecto que espantara a los supuestos curiosos y a posibles ladrones.

El Sr. Naranja estaba absorto, contemplando tan desolador lugar, y la señora tuvo que arrancarlo de su asiento. Lo encauzó hacia la entrada de la vivienda y, una vez dentro, tomándolo de la mano, lo guio hasta su habitación: sencilla, con las paredes pintadas de blanco y lo justo para una cama, un armario y una mesita de noche. Mostraba una austeridad propia de la celda de un convento.

—David, si no te gusta el tono de las paredes y el mobiliario, más tarde, si quieres, podríamos ir a la ciudad y comprar pintura del color que prefieras y,

de paso, miramos algunos muebles.

Indudablemente, el Sr. Naranja no le podía contestar, pero ya Irene se tiró al fango y le dio igual; conversaba sin ningún pudor, convencida de haber recuperado a su antiguo amor.

Luego de acomodar a su esclavo en la única silla de la que disponía el dormitorio y demostrando normalidad, empezó a deshacer las maletas, guardando todas sus pertenencias en los cajones y estantes. Mientras tanto, el cautivo seguía impasible los quehaceres de su dueña.

Una vez hubo guardado todo, lo tomó de la mano y lo condujo al salón. El comedor era una amplia estancia compuesta de un gran aparador de estilo provenzal, que cubría toda una pared; a sus pies, un juego de dos sofás, uno de dos plazas y otro de tres, de color marrón y tapizados en cuero curtido de vaca. La señora, como si fuera el hombre de la casa, lo acomodó en el sitio predilecto de su difunto marido. Irene, aparte de su esposo, nunca había compartido este lugar con nadie.

—¿Qué te parece este, David? —Preguntó con ganas de que se lo celebraran; respondiéndose ella misma, siguió hablando—: Sí, tienes razón; es tan encantador.

El Sr. Naranja se cocía de rabia y odio en su propio jugo. Pensó en la forma de meterle el encanto por donde la espalda pierde su buen nombre.

En un momento de lucidez, la mujer pensó que su esclavo tal vez recuperara algo de humanidad. Algunas preguntas se le agolparon: ¿era capaz David de evaluar la felicidad? ¿Disfrutaba tanto como ella?

Apartó de sus pensamientos los nubarrones negros que la atormentaban, decidiendo que su amor podía con todas las dificultades y jurándose a sí misma que devolvería la cordura robada a su idolatrado David.

Muchas veces la mejor manera de olvidarse de los problemas consiste en entretenerse con algo, así que Irene trasladó todos los víveres que había traído

en el utilitario, limpió la cocina, los ordenó y, cuando estuvo satisfecha, acto seguido, bañó y alimentó a su esclavo. Una vez hubo acabado con sus quehaceres, lo llevó de la mano hasta su asignado dormitorio, lo arropó con la colcha y lo despidió con un casto beso en la frente. «No es plan de forzar los acontecimientos, tiempo habrá de recobrar nuestra pasión perdida», se dijo Irene mientras se dirigía a su dormitorio.

La noche se abatió con toda su negrura y ruidos de infinidad de animales nocturnos inundaron el entorno con una sinfonía que llegaba a su momento más álgido. Irene intentó dormir, pero los acontecimientos del día la superaron y, a la media hora, se levantó y pasó por delante de la puerta de su amado. Una respiración acompasada por leve ronquidos la avisó de que David había conseguido caer en los brazos de Morfeo.

—Descansa, querido, que mañana nos espera un duro día... —le susurró al oído.

A la mañana siguiente y con un tiempo algo intempestivo, decidió que ya era hora de poner su método en marcha. Había pasado la mayor parte de la noche cavilando la mejor forma de recuperar a su David; este parecía una pizca despistado, pero ella continuaba decidida a luchar contra viento y marea y con la pasión por bandera.

Se levantó con energías renovadas y, una vez hubo terminado de desayunar, alimentar y limpiar a su esclavo, siguió con su particular cruzada en su sagrada misión: «Salvemos el amor de David».

—¿Sabes nadar? —El Sr. Naranja, por toda respuesta, le dirigió una mirada de odio, que ella interpretó como un signo de extrañeza—. Desde luego que sí —se contestó a sí misma—. ¿Qué te crees, que ya no me acordaba? Más de una vez nos bañamos tú y yo en esas playas maravillosas del sur, en escondidas calas; desnudos, estábamos fuera de la curiosa vista de

los demás, dando rienda suelta a nuestro ardiente amor.

Irene, sin esperar réplica alguna, le puso un bañador. Luego, desapareció dentro de la casa y, a los pocos minutos, apareció con toda la parafernalia con la que disfrutar de un día de baño: las sillas, la sombrilla, las toallas, algo de picar y bebida. Daba igual que hiciera mal tiempo, que no hubiera playa y que su amado David no dijera ni media palabra; para ella, era amor. No sé si moverá montañas, pero a esta señora nada ni nadie le quitaría de la cabeza su pícnic campestre. Le indicó que cargara con lo más pesado, mientras le decía:

—Aquí no hay playa, pero sí que disponemos de un estupendo lago de aguas frescas y cristalinas. ¡Adelante, amor mío!

Salieron de la propiedad. Anduvieron uno detrás de otro por un sendero, rodeado de altos pinos, que llevaba a un lago. Una vez que llegaron a una especie de playa llena de guijarros, detuvo a su esclavo y le conminó a descargarlo todo. Tuvieron suerte, la llovizna cesó y, entre los nublos, el Astro Rey, con la ayuda de una estupenda brisa, consiguió espantar a las nubes; con la totalidad de su esplendor, sus rayos cálidos cayeron encima de la pareja.

—¿Has advertido, amor mío, que el tiempo está de parte de nuestra pasión? —dijo con un candor de adolescente. Hinchada de satisfacción, se acomodó en su silla playera y se dispuso a tomar el sol, que tan generosamente brillaba—. ¿Qué te pasa, David, no te bañas? —preguntó al Sr. Naranja, que estaba quieto, esperando órdenes. Por toda contestación, el esclavo la miró fijamente y, extrañado, emprendió el descenso hacia el agua; siguió hasta que le llegó a la altura de la barbilla. Se paró y esperó nuevas imposiciones—. ¡Pero vamos, no seas tímido, bracea! —El vasallo empezó a nadar lo mismo que un perro, chapoteando con las manos lo justo para mantenerse a flote.

Así continuó, hasta que sus fuerzas alcanzaron el límite. La señora

continuaba tomando su ración de sol. Su Adonis estaba en las últimas, mientras ella, tan tranquila, no se percataba en absoluto del peligro.

El Sr. Naranja luchó por emitir algún sonido que alertase a su dueña. Su existencia, es decir, lo que parecía una vida, se encontraba a punto de rebasar su fin. Si su ama no le daba una orden contraria, se ahogaría irremediabilmente.

Parece mentira, pero estamos hechos con un cerebro muy primitivo, al que le puede más el instinto de supervivencia que el razonamiento de dejarse morir y librarse de una vida de esclavitud. El Sr. Naranja, ante esta disyuntiva, optó por vivir. Desde el fondo de su ser, emitió un grito tan estridente que asustó a media fauna, que ese día estaba tan tranquila intentando devorarse los unos a los otros.

—¡Dios mío! —chilló asustada, al percibir que su Adonis se estaba ahogando—. ¡Para y regresa aquí! —le ordenó, desesperada.

Cuando él salió del agua, ella fue rauda con una toalla y, desecha en lágrimas, lo secó y acomodó en una silla.

—Lo siento mucho, amor... No volverá a ocurrir, es que me cuesta demasiado adaptarme a ti, como apenas hablas... —se quejó, mientras se lo comía a besos.

—¡Quita tus sucias manos de mí! —gritó el Sr. Naranja.

—¡Madre de Dios, hablas! —exclamó, ilusionada.

El esclavo respiraba deprisa y, entre jadeos, la miró. Hasta que hubo pasado algún tiempo, no se dio cuenta de que hablaba... Se quedó quieto, ni siquiera se lo esperaba.

Era el primer sorprendido, nunca esperó poder comunicarse. La operación se suponía que era irreversible, condenándolo a la pura y mecánica existencia. Aunque había recuperado la gracia del habla, todavía no dominaba sus movimientos, así que, por el momento, sus irrefrenables ganas de

estrangularla deberían esperar.

Irene, viendo que la fiesta estaba más que aguada por los acontecimientos, decidió recoger los trastos y regresar.

—Vayámonos —ordenó, mientras lo cargaba con lo más pesado.

El esclavo dudó durante unos segundos, pero aunque su rabia y su odio le ordenaban una cosa, su cerebro no le pertenecía. Dependía de las leyes inculcadas después de la operación de lobotomía, que sistemáticamente le marcaron mediante interminables sesiones de vídeo; unas pinzas le habían sujetado los párpados junto a la administración de jeringuillas, llenas de un potente fármaco para anular la voluntad del individuo.

Con odio y a regañadientes, el Sr. Naranja obedeció, llevando todos los bártulos de la fracasada excursión campestre. La tarde pronto venció a la radiante mañana y el entorno empezó a teñirse de colores apagados por un sol en retirada.

Después de la cena, se formó una extraña tertulia entre la enamoradiza mujer y el Sr. Naranja, que estaba acomodado en el sofá como si fuera el hombre de la casa. Irene, feliz y sin asomo de picardía, intentó conversar con su amado.

—¿Te gusta la música, David? —preguntó para romper el hielo.

—¡Vete a la mierda, vieja asquerosa! —gruñó el siervo.

—Vaya, vaya, veo que nos ha sentado mal la cena, amor mío —respondió, ajena a los insultos del esclavo.

—¡No me llamo David! —se quejó amargamente.

Irene, ignorando las protestas de su esclavo, se dirigió al aparador, donde un tocadiscos, junto al surtido de vinilos de música clásica, esperaba a que su dueña de vez en cuando lo pusiera en marcha. La señora había leído anteriormente referente al concierto que amansaba a las bestias; pudiera ser que la fiera a calmar la tuviera delante, por consiguiente, no se lo pensó dos

veces y dejó que el sonido de los violines, pianos, trombones, flautas, timbales y los potentes tambores hiciera el trabajo de un inminente siquiatra.

Al sonar las primeras notas, al Sr. Naranja se le empezó a cambiar el semblante, que reflejó a cada salto de ritmo una serenidad propia de un individuo en sus plenas facultades mentales. Irene, embelesada por la evolución de su amado, exclamó:

—¡Qué hermoso eres!

Mientras su corazón penaba por él, el Sr. Naranja se debatía entre estrangular a la vieja o seguir navegando por ese océano de tranquilidad que los sonidos formaban en agradables olas, meciéndolo al ritmo que ni la mejor madre del mundo sería capaz de transmitir.

Era tarde, la señora tomó la mano de un hipnotizado Sr. Naranja y lo condujo hacia su dormitorio. Lo arropó con una manta, como si fuera un niño, y cuando se quedó satisfecha, le dio un beso en la frente. Cansada por la excitación del día, se encaminó al suyo.

Al cabo de un buen rato, empezó a dar vueltas en su cama, intranquila; pensó que, debido a la bajada de las temperaturas, tal vez su amado estuviera pasando frío. Rebuscó en su armario empotrado y sacó un edredón nórdico relleno de plumas de oca, comprado años atrás y que siempre le reportó un calor reconfortante.

Avanzó sigilosamente con la prenda, procurando no producir ruido. Inútil maniobra, su siervo no dormía. Irene se acercó a la cama y advirtió que el Sr. Naranja estaba en posición fetal, encogido por el frío.

—¿Qué te ha pasado, amor, por qué está la manta en el suelo? —preguntó, extrañada.

—No puedo dormir, o mejor dicho, no me permiten dormir —respondió, enojado.

—¿Quién, si aquí no hay nadie más?

—Dentro de mi cabeza, hay alguien que no me deja descansar —dijo, quejumbroso.

—No te preocupes, amor mío. Me acostaré a tu lado y, si tú no puedes dormir, yo tampoco.

Dicho y hecho, se tumbó a su costado.

La noche fue transcurriendo por sus cauces habituales; él no es que estuviera en la gloria, ahora se hallaba fuera de la ignorancia después de haber sufrido el accidente en el lago. En este momento, sabía que podía aspirar a ser un individuo normal y, por consiguiente, se daba cuenta de la cárcel en la que se encontraba prisionero.

Irene perdió la noción del tiempo, contemplándolo en silencio, abstraída por su bello rostro. Tenía los labios entreabiertos, adivinando una buena hilera de blancos e impolutos dientes. Su faz gozaba de una expresión que para ella era de una felicidad cargada de euforia; junto a su respiración acompasada, le daba la razón a tan engañosa percepción.

Antes de caer en un sueño merecido y reparador, Irene se pasó un buen rato reflexionando sobre su existencia. El dolor formó parte primordial de su vida. Admirando a su esclavo, se retrotrajo a su anterior y pasada rutina de sufrimientos. Qué sola se encontró y qué mal lo había pasado, tanto, que muchas veces deseó que le llegara la amistosa ignorancia de la muerte.

La gente decía que la mente de un niño no podía comprender ni desear su fallecimiento, pero Irene sí lo consiguió; para ella, no hubo recuerdos de un hogar, de unos brazos amorosos, de labios que le hubieran dicho cuánto la querían. Su desolación había sido completa, como una pérdida no reconocida, pues no alcanzaba a anhelar algo que nunca conoció. En ocasiones, lograba recapacitar que su infelicidad tenía sus raíces en su falta de atractivo y en el sufrimiento que sentía cuando su idolatrada madre no disponía de tiempo debido a su abundante prole masculina y su solícito marido.

Una serie de preguntas le vinieron a su afligida mente: «¿En qué piensa un esclavo? ¿El amor que albergo por él lo liberará de sus cadenas, hay alguna manera de saberlo?». Irene, dolida al no encontrar respuesta alguna, pero decidida a luchar por su amor, lo arrojó de nuevo, aun sabiendo lo inútil de su gesto. Al salir del cuarto, la congoja terminó por hacerle insufrible su estancia dentro de la casa. Se puso una rebeca encima de los hombros y decidió partir al aire fresco de la noche. Se sentó en una mecedora del porche y estuvo admirando cómo los pinos mecidos por la brisa luchaban con el reflejo de la luna llena.

Unos ojos penetrantes la estaban mirando. En un primer momento, entre la palidez del cielo y la suave sacudida de las ramas, la asustaron de tal modo que pensó en lo peor; luego de apelar a su cerebro racional, advirtió en lo alto de un pino la presencia de una lechuza. El movimiento de trescientos sesenta grados de la cabeza del animal le hizo plantearse varias preguntas: «¿Los animales experimentan algo parecido al amor, es esta una señal de mal agüero?». Algunas dolían más que otras. Llegó a la gran cuestión: «¿Y si fuéramos como los animales? ¡De esta manera todo sería más sencillo!», se respondió, como si hubiera descubierto la cuadratura del círculo.

Todas esas incertidumbres y el dolor punzante le reconcomían el corazón. En un movimiento de puro automatismo, recogió unos pedazos de madera diseminados por el suelo. Los juntó a modo de una pira y les prendió fuego. La improvisada hoguera la hipnotizó, la relajó y, abstraída, se disoció del mundo exterior. Podía haber regresado a la casa, pero el influjo de la fogata, la mirada de la lechuza y la brisa de aire fresco, ahora mitigada por el amable calor de la leña ardiendo, la paralizaron.

Irene requería la pasión de un semejante que la consolara y el hipnótico fuego estaba supliendo la falta de ternura que la había acompañado durante toda su existencia. Ni cuando se casó, su malogrado esposo supo darle lo que

tanto precisaba. Su vivencia anterior fue tan dura que la blindó emocionalmente frente al mundo exterior, se contentó con trabajar duro y amasar dinero, que le produjo un efecto similar al cariño exigido. Todas sus fantasías, anhelos y apetencias de mujer los había suprimido de su mente racional.

Nunca germinó atracción por varón alguno, ni siquiera hacia su marido, que fue usado como un clavo que quita a otro clavo, reemplazando un amor frustrado. En el instante en que miraba a los niños de los demás y empezaban a ganarse un lugar en su corazón, inmediatamente desechaba esa semilla y la arrancaba de raíz, evitando a cualquiera o cualquier circunstancia que pudiera perturbar su agradable vida, impidiendo ocasionarle algún desengaño amoroso.

Jamás apreció las mascotas, tampoco quería encariñarse con plantas. Poseía un amplio rincón de su instinto donde apartaba todos esos sentimientos peligrosos que logran perturbarla. No era lo idóneo, pero sí un sucedáneo, que hasta la fecha la tuvo engatusada, o mejor dicho, autoengañada. Entonces, apareció él.

Irene estaba convencida: su esclavo la necesitaba, como si él viera en la mujer algo que ella misma no captaba. Nunca nadie la prefirió, ni siquiera su marido. «¿Qué hay en mí para que mi esclavo me encuentre tan interesante?».

Al verse valiosa para alguien, resultó muy significativo hacia quién estaba blindando las emociones. El Sr. Naranja era como un autómata, no había una connotación sexual, por lo tanto, ¿qué buscaba en una vieja viuda?

Otra pregunta más que la tenía confundida. Debía de haber muchos individuos en la vida de su esclavo que de seguro habían sido crueles con él y también personas que se mostraron afectuosas. A nadie con el aspecto de su David le faltaría el amor. La confusión resultó tal que se cuestionó: «¿Entonces, por qué está enamorado de mí?».

El amor trastorna y quizás él viera en la fémina algo parecido a una mujer joven y atractiva. Irene estaba convencida de que aquello podría ser posible y, aunque se trataba de un esclavo adquirido mediante una transacción económica, para su ama, eso daba igual. Despertó en la señora esa pasión tan escondida dentro de su alma que ni ella misma sabía que poseía.

A la mañana siguiente y después de un frugal desayuno, subió a su esclavo al utilitario y se pusieron de camino hacia el supermercado más próximo, que distaba a unos prudentes y obligatorios cuarenta kilómetros de la casa. Una vez hubo comprado lo necesario, le ordenó que guardara las vituallas en el maletero del auto. Lo acomodó en la parte trasera del mismo, con la clara indicación de que se quedase quieto y vigilara los bultos; debido a los baches de la carretera, corrían peligro de derramarse por los asientos y, como eran tantos, no cabían en el justo espacio del pequeño automóvil.

Una vez hubieron vuelto a la casa de campo, Irene se dirigió al cuarto de baño y se acicaló, ayudándose con el espejo. Dudó unos instantes antes de darse un buen repaso, que desde luego le hacía mucha falta. Una vez obrado el milagro (a medias), salió y, con mucho tacto, observó a su David que, sudoroso, colocaba todas las vituallas, ordenándolas como se le había mandado. Su ama no pensó en su cerebro manipulado, pues su piel mostraba un tono moreno que sería la envidia de cualquier deportista moldeado al sol.

Junto con las provisiones, había adquirido unos planteles de hortalizas. Le ordenó que la ayudara en el jardín.

—¿David, qué te parece este lugar para las tomateras? —preguntó una vivaz Irene, mientras le señalaba una porción de terreno previamente labrada.

—¡Y a mí qué me cuenta, señora! —le gritó un aborrecido Sr. Naranja que, resignado, la auxiliaba a plantar las semillas de tomates.

—Nada, amor mío, los colocaremos aquí —contestó, segura de que David

le había indicado que ese sería el sitio adecuado.

Ella, en un afán de instruirlo, sacó su libro del buen horticultor, mostrándole las fotografías de los futuros tomates y diversas hortalizas que, con paciencia y el debido cuidado, recogerían pasados unos pocos meses.

Transcurrió el día y, como si fuera una niña, no paró de ir de un sitio a otro; en este momento, plantando semillas, ahora, labrando y, ahora, regando lo sembrado. El Sr. Naranja cumplía con lo que se le ordenaba, pero por dentro rabiaba al observar a la loca de su dueña saltando de aquí para allá lo mismo que una cabra montesa.

Se levantó algo de viento y la señora notó un atisbo de frío.

—Hagamos una fogata para calentarnos y, de paso, cuando se formen brasas, asaremos unas cuantas chuletas de cordero —dijo con mucha alegría—. ¿Qué te parece, David?

—¡Ya era hora, vieja asquerosa! —La miró con odio; siguiendo con sus reproches, añadió—: ¡Que me tienes toda la santa tarde trabajando!

—Qué ímpetu, cariño, ya veo que tienes mucha hambre —respondió, redicha.

En el momento en que el fuego estaba consumiendo los leños, Irene, con una destreza inusitada en una acomodada señora, tomó una rama y removió las ascuas hasta quedarse satisfecha con el color rojizo. Las chuletas chisporrotearon encima de la parrilla de metal, ennegrecida por varios usos, y cuando sintió que ya estaban en su punto, ayudada por un tenedor, sacó las sabrosas costillas. Las troceó previamente y se dispuso a alimentar a su esclavo.

Resultaba una estampa idílica para cualquiera a quien le gustara cenar al aire libre. Irene, en realidad, nunca disfrutó de esta parcela de felicidad. Cuando iba con su marido, se limitaba a pasarse las horas leyendo libros o viendo sus programas favoritos en el televisor, mientras su esposo se

dedicaba a la caza y a la pesca, que tanto le apasionaban. Ahora captaba lo precioso del lugar, el cielo, la tierra, los animales, el sonido de la naturaleza, y lo más significativo, toda la quietud que el conjunto le proporcionaba.

«¿Ha sido David el culpable de esta nueva dicha?». Un rotundo sí estalló en su mente, dándose la razón ella misma. Se sonrió y puso en todos los morros un sonoro beso de agradecimiento a un estupefacto Sr. Naranja que, asqueado, repuso:

—¡Cómo te atreves, vieja inmunda!

—Ay, mi Romeo..., siempre tan arisco, pero ya sabes lo que dicen: todas las rosas tienen espinas —le recalcó, haciéndole un mohín de complicidad.

Después de ese beso robado, Irene se dedicó a contemplar a su Adonis, que le enseñaba su perfil, parcialmente iluminado por el reflejo de la luna que, junto al resplandor de las brasas, avivadas por la suave brisa, le dibujaban el contorno de una bella faz digna de una estatua griega. En cuanto el Sr. Naranja se dio cuenta de la indiscreta mirada de la vieja, un feo rictus se dibujó en su boca; luego se movió con desgana para esconder de alguna manera su cara. De pura rabia, empezó a gimotear y de sus adorables ojos azules unas gotas minúsculas y brillantes empezaron a resbalar hacia bajo por su sonrojada mejilla.

—¡David, por favor, no llores! —le imploró, abrazándolo. Viendo que no reaccionaba, le preguntó—: ¿Qué te pasa, querido?

Sin esperar contestación y algo turbada, pensó en su anterior imprudencia, ya que nunca antes se había sabido que la dueña de un esclavo se enamorara de este. Lo acarició suavemente, tratando de calmarlo lo mejor posible. El Sr. Naranja empezó a sopesar los pros y los contras de esta nueva situación y decidió que bien valía la pena seguir la corriente a la estúpida vieja.

Se volvió y, lleno de una falsa vergüenza, se apretó contra ella. Irene, a su vez, interpretó la acción de su amado igual que un acto de amor. Lo rodeó

con sus brazos, estrechándolo tan fuerte que el esclavo notó sus senos; aunque no eran turgentes, tampoco parecían flácidos, como esperaba. Entonces, la señora buscó la cara de su adorado. Cuando contactaron ambas mejillas, la mujer dio el paso definitivo: mientras intentaba consolarlo con agradables palabras de ánimo, empezó a comérselo a besos. No contenta con este gesto tan efusivo, lo acunó lo mismo que si se tratara de un niño de pecho. Era tan feliz que se sentía culpable por tanta dicha; nunca pensó que, después de tantos años de un matrimonio sin cariño, tuviera el respiro que le devolviera las ganas de vivir.

Pasado un tiempo, en el que al Sr. Naranja le hubieran otorgado un Óscar por su interpretación de adolescente enamorado, dejó de gimotear y se quedó quieto entre los brazos de Irene, que no cabía en sí de gozo. Así estuvieron los dos estáticos, ella, por miedo a que él se arrepintiera y decidiera salir corriendo, y él, dispuesto a seguir con la farsa, a la espera de alguna oportunidad para doblarle el pescuezo.

Vio la señora que el esclavo no escapaba, sino todo lo contrario; se movió para acomodarse mejor en su regazo. Con delicadeza, se separó ligeramente de él. De esa manera, disfrutó de una vista privilegiada de su amado, pudiendo admirarlo con auténtica devoción. No satisfecha y queriendo más, le acarició su espesa cabellera. «Esta belleza es mía», se reafirmó, pensando que quizás estuviera viviendo un sueño.

—Dime, amor mío, ¿qué te preocupa? —le preguntó muy solícita.

—Sabes que no puedo corresponderte, amada mía —replicó el Sr. Naranja, dispuesto a suplir a cualquiera de los mejores galanes de Hollywood.

—No te preocupes, amor mío. Si la fe mueve montañas, ¿qué te piensas que logra la pasión?

«Esta mujer es más tonta de lo que yo imaginaba», se dijo un asqueado Sr.

Naranja.

—Sí, vida mía, no hay nada que se resista al amor... —respondió con voz mofletuda el esclavo.

Irene, radiante de felicidad, encontró las palabras adecuadas para la ocasión... ¿en alguna de sus películas de tonos pasteleros que nunca acababan? ¿O quizá su corazón hambriento de amor hablaba por sí solo?

Le dejo estas preguntas para que usted, estimado lector, decida el grado de lucidez de nuestra heroína. Yo, por mi parte, permitiré hablar a tan enamoradiza protagonista o actriz suplente en el reparto de esta tragicomedia, no lo tengo muy claro, la verdad; ¿es ella o el Sr. Naranja? Bueno, pido perdón por la intromisión en su lectura y cedo el paso a la fémina:

—Hay veces que queremos a las personas que en estos acontecimientos nos encontramos. La mayoría de los lapsos de tiempo, no nos gusta lo que hallamos. Pero dejando lo superficial aparte, lo más trascendental es conocerlas, lo que verdaderamente importa y nos define como seres humanos. —Se calló y miró las agonizantes ascuas, que intentaban tomar algo de oxígeno. Ahora, la brisa ya no llegaba con la misma eficacia de antes. Inspiró y aspiró lentamente, bajando sus pulsaciones y comprobando que el esclavo atendía con esa cara y sus ojos de enamorado. Siguió con su, digamos, confesión—. Durante años, me negué a disfrutar de la vida, encerrándome en la seguridad de mi cascarón. Luego, te conocí a ti y mi existencia cambió completamente, tanto, que en este momento de nuevo me considero un ser humano, con sus virtudes y defectos. Estoy dispuesta a amar y saber ser amada y, si me desengaño de mi amor, también sabré sufrir.

—Los desengaños, las rupturas y, si amamos y no somos correspondidos, resultan lo más amargo —respondió lacónico el Sr. Naranja, que ya estaba metido en su papel hasta las trancas.

—Tienes razón, amor mío. Las despedidas son las más duras, ya nunca

volveremos a ser los mismos de antes. Pero yo te prometo que jamás te abandonaré —dijo de forma tajante Irene.

—No te preocupes, Irene. —«¡La he llamado por su nombre! ¿Me estaré volviendo tan humano e idiota como antes?», se reprochó.

—Gracias, amor, no esperaba menos de ti —replicó, aliviada y agradecida.

Las ascuas llegaron a su fin e Irene sugirió a su esclavo que lo más prudente era echar tierra encima de la agonizante hoguera. Acto seguido, lo tomó de la mano y lo condujo de regreso a la casa.

Mientras el sendero los acercaba al chalé, iban los dos tan acaramelados que el Sr. Naranja hizo verdaderos esfuerzos por no vomitar la cena. Apelando a su resolución y su enfermizo odio, nacido al amparo de los arrumacos de esta enamorada loca, desistió y aprovechó el momento para sacarse una duda, que le rondaba dentro de su maltrecha mente:

—Irene... —«¡Maldita seas!»—. ¿Qué es la muerte? —preguntó, igual que si se tratara del más ignorante de los mortales.

La señora se quedó algo descolocada, pero enamorada como estaba, no reparó en la inusual cuestión y contestó como si hablara a un niño:

—Mientras tu corazón siga latiendo, podrás ver, oír, caminar, correr, nadar, comer, en definitiva, vivir, pero si has observado cómo las cosas envejecen y se deterioran, eso quiere decir que absolutamente todos nos desgastamos y en algún momento nos apagaremos del todo... Esa es la muerte, querido mío... —terminó sentenciando.

—¿Entonces, yo estoy muerto?

—¿Por qué dices esa barbaridad, ángel mío?

—Está bien claro: nada puedo practicar, como los vivos.

—No te preocupes, yo te ayudaré.

—¿Cómo?

—Con amor, ¿cómo, si no?

CAPÍTULO 4

—¡Sr. Ramírez, acuda a mi despacho! —era la voz metálica de la directora, que ya estaba en posición de soportar el mundo mucho mejor por la mañana luego de las religiosas tazas de espeso y negro café.

Su tensión arterial se adecuó a la vertiginosa tarea de gobernar la sucursal de venta de esclavos. Todo iba sobre ruedas, a menos que incluyera en ese apartado del debe, en el que todos ponemos nuestros fiascos.

La tarde anterior, la había llamado el director de la zona de cuya filial dependía. Por supuesto, era un hombre de muy malas maneras, a su modo de ver. Le insinuó que no sabía llevar su delegación debido a una mercancía no devuelta. A su vez, el directivo de la sucursal fue aguijoneado por el administrador del país, que fue alentado, por decirlo de una forma suave, por el Ministerio de Justicia. Si seguimos tirando del hilo, llegaremos al manantial de esta carambola que alcanzó a nuestra querida directora, que no era otro que el mismísimo Gobierno de la nación. En absoluto estaba dispuesto a que los suicidas eligieran la vía de la esclavitud, destinada solo a los reos e insolventes económicamente.

Mientras su director de Relaciones Públicas acudía a su rugido, la directora se ensimismó, mirando sus múltiples títulos que adornaban la pared, puestos con mucha idea delante de su bufete. Encima de su escritorio y para señalar a los invitados que era una mujer de armas tomar, había una variopinta colección de bolígrafos, carpetas, documentos y un tintero a manera de ornamento, ya que resultaba completamente inútil. También se hallaban dispuestos para que las visitas advirtieran su faceta humana un par de portarretratos, donde estaba fotografiada junto a varios esclavos de rostros inexpresivos. Siempre pensó que estas fotos le daban un cierto aire de bondad, del que en absoluto disponía. Quedaba muy bien cuando recibía a

algún que otro delegado que defendiera los derechos de los cautivos, que eran pocos, pero que constantemente despertaban cierta simpatía entre la gente más joven.

Al entrar, el Sr. Ramírez oteó el horizonte en busca del problema; al no advertir peligro alguno, terminó por acercarse a la leona que, presta a descuartizarlo con sus garras, estaba de espaldas, mirando por el amplio ventanal, que daba a unas tétricas vistas de la contaminada ciudad. En un primer momento, no advirtió la jugada de la directora, pero al llegar a su altura y ver que seguía inmóvil, acertó a carraspear a modo de disculpa por su intromisión, aunque fuera ella la que lo había llamado.

—¿Sabe usted a qué altura estamos, Sr. Ramírez? —le preguntó sin dignarse a girarse.

—Pues... la verdad, nunca me lo he planteado, D^a Manuela —contestó lo más suave que pudo.

La directora, si en un primer momento estaba pensando en hacerle menos penosa la reprimenda, al escuchar su odiado nombre, lo tuvo claro: lo tomaría del pescuezo y lo estamparía contra la cristalera, deseando que la traspasara e iniciara un descenso en caída libre.

—Por favor, llámeme Manoli. Ya sabe usted que son muchos años juntos —le dijo, esforzándose por no ahogarlo allí mismo.

—Perdóneme usted, Manoli. ¿Usted dirá? —replicó de la forma más inocente posible.

—Como le comentaba —seguía de espaldas, con las manos juntas a la altura de sus labios, lo mismo que si fuera una mantis religiosa—, ¿sabe usted, Sr. Ramírez, que antaño, en la mayor crisis económica de este país, la gente se tiraba por la ventana? —Entonces, de repente, se giró, esperando la contestación de un acojonado director.

—Pues verá, Manoli... —Tragó saliva y aguardó a que algo o alguien lo

rescatara de esta embarazosa situación. La directora se divertía de lo lindo, nada hay más gratificante que advertir a un hombre a los pies de los caballos..., en este caso, a las patas de la leona.

—¡No hay peros que valgan, señor mío! —aulló la mujer.

—Bueno..., ¿pero tan grave es? —contestó, haciéndose el tonto.

—¡Que si es grave, pregunta usted!

—¿De qué expediente hablamos? —cuestionó, en un intento de no perder la compostura.

—El caso Irene, por supuesto —machacó la directora.

Los esclavos no poseían nombre; si se hacía referencia a ellos, siempre se los nombraba por el antropónimo de sus amos.

—Estoy en ello, Manoli. —Mentira cochina. No tenía ni idea desde que la señora prometió devolverlo; según su costumbre, lo dejó todo en manos del civismo de sus clientes. Como tampoco le gustaba que lo molestasen, delegó de nuevo en sus mal pagados subordinados. Debido a la saturación de trabajo, estos lo ignoraron por desidia y dejadez de funciones.

—¡La mierda siempre cae para abajo y desde el Gobierno ha ido rodando hasta que me ha salpicado! ¿Me entiende, Ramírez? —le gritó tan cerca que el director advirtió el fétido aliento a café que desprendía, como si de un dragón echando fuego por sus fauces se tratara.

Ramírez no es que fuera muy rápido entendiendo las cosas, pero la directora le había hablado tan claro que, junto con la reprimenda, decidió que no delegaría en sus inútiles subordinados; si quería un buen trabajo, lo tendría que realizar él mismo.

Pasó por su despacho, pegó cuatro gritos, abroncó a los suyos, tomó todo lo necesario para recuperar la mercancía defectuosa, se subió en su auto de empresa y, raudo, se dirigió a la casa de la clienta rebelde.

Al llegar a la vivienda, advirtió que el entorno mostraba signos de

abandono: el césped sin cortar, el correo rebosaba por la boca del buzón y las contraventanas estaban cerradas a cal y canto. Incluso así pulsó varias veces el timbre. Rodeó la casa, con la esperanza de que hubiera alguien y, cuando desistía de su empeño, una voz llamó su atención.

—¡Eh, oiga usted! ¿A quién busca?

—A la señora de la casa.

—¿A Irene? —cuestionó Angustias, que estaba deseando que le preguntaran por su vecina.

—Por supuesto, señora... —Ramírez dejó unos segundos para que dijera su nombre.

—Angustias, por favor, apuesto caballero —respondió, coqueta.

—Muy bien, D^a Angustias —replicó, zalamero.

—Por favor, no soy tan mayor; llámeme Angustias a secas —pidió con falsa modestia.

El Sr. Ramírez estaba hasta los mismísimos de tanta charla insustancial y, cuando se encontraba a punto de mostrarse grosero, la vecina, viendo que se le enfriaba su galán, decidió darle algo de carnaza con que entretenerse un rato.

—No está, hace varios días que no sé nada de ella.

—¿Y cómo es eso, señora? —preguntó, intuyendo que esta vieja arpía cantaría por la envidia vecinal, tan sana y de tan buena costumbre en este país.

—¿De qué manera se lo digo? —pensó en voz alta—. ¡Ah, sí! —exclamó—. A partir de que vino con ese esclavo tan guapo y atlético, cambió su carácter; ni siquiera me invitó a tomar el té y jugar a las cartas, como antaño sucedía. Desde luego que éramos buenas vecinas y, si me apura usted, también amigas...

—Dígame, señora, abusando de su amabilidad, ¿tiene usted alguna idea de

dónde puede estar? —Le dedicó un guiño de complicidad.

—Puede que lo sepa, pero antes, ¿por qué no se pasa a tomarse conmigo una taza de té? —El convite resultó de lo más desagradable para Ramírez; todavía conservaba metidos en sus oídos los gritos de la directora y, si bien merecía un sacrificio, este era el momento.

Después de media hora de pasión, ya que el Sr. Ramírez no se encontraba para muchos trotes, por fin la vieja (desde luego, su ardor estaba como las calderas de un viejo barco, a toda máquina) le dijo que bien podría estar en su famosa casa de campo; siempre se la nombraba para herirla, según ella, y recordarle lo rica que era. Dicho y hecho. El director, una vez recabada la información, ni se despidió de una insatisfecha Angustias; ella, si lo llegase a saber, a buenas horas le hubiera facilitado tal revelación.

Tomó su auto y, raudo, se dirigió en pos de la fugitiva y su mercancía. Conforme su vehículo devoraba los kilómetros, se juró y perjuró que esta sería la última vez que limpiaría la mierda de los demás.

Ya estaba en una edad delicada, donde todo le parecía cuesta arriba. Lo tenía bastante meditado; pediría su jubilación anticipada, se cagaría encima de la mesa del despacho de su odiada jefa, se compraría un par de esclavos, una casita en las afueras de la ciudad y, junto con su mujer y sus perros, desaparecería del frívolo y asqueroso mundo en el que se sentía tan oprimido. Nunca más volvería a depender de un superior, superiora o algo que se le asemejara.

En esas cuestiones andaba cuando le sonó el celular:

—¿Cómo resulta posible que se haya prostituido usted? —la voz colérica de su jefa sonó tan fuerte que de seguro no le habría hecho falta usar un teléfono.

—¿Cómo dice usted? —contestó, haciéndose el tonto con la esperanza de que no fuera lo que se estaba temiendo.

—Se ha presentado una señora, quejándose de sus servicios, y no precisamente de los de Relaciones Públicas.

—Pues verá usted..., relaciones han sido y necesarias...

—¿Me está confirmando que ha sacado información a esta vieja a cambio de sexo? —preguntó, alarmada.

—Bueno, la verdad... Así ha sido, qué remedio. Todo sea por la empresa —respondió, con la esperanza de que le dieran una condecoración al Mejor Empleado del Mes.

Los días pasaron en una absoluta tranquilidad. La pareja, ajena al mundo exterior, disfrutaba el uno del otro; tanto fue así que incluso el Sr. Naranja se preguntó si no estaba siendo absorbido por el amor de Irene.

Era una noche algo fresca y se situaban los dos alrededor del hogar en una atmósfera repleta de emociones; confortables y rodeados de un idílica estampa, no se habían dado cuenta de que ya llevaban varios días de una felicidad una pizca engañosa, pero suficiente para el aprendizaje del esclavo. Este a duras penas reaccionaba a los ejercicios que Irene, como una madraza, le dedicaba.

A esas altas horas en particular, la mujer observó varias carencias de su amado, que intentó debatir con él. La verdad era que estaba mejorando y adquiriendo la mentalidad de un niño avanzado sujeto a su edad. No quiso esperar más y, tomándolo de las manos y mirándolo directamente a los ojos, pretendió abarcar toda su atención:

—¿Te sientes culpable, amor mío?

—¿Qué quieres decir, Irene?

—Siento como que piensas que algunas características de tu persona no son las adecuadas, eso es lo que últimamente me transmites.

—Puede que tengas razón, Irene, pero no soy plenamente consciente de

las repercusiones de esta palabra. Considero que hay un mal en mí que me avergüenza.

—Eso está bien en cierta manera, amor mío, pero en su lugar deberías mostrarte algo más preciso. Es estupendo que te arrepientas de tu conducta, ahora quítatelo de la cabeza; no hay maldad en tu comportamiento.

Irene dejó pasar algunos minutos, dando tiempo a su Adonis para despertar de su cáscara de carne y huesos:

—¿Crees que has fracasado?

—No te entiendo, ¿porque no he llegado a matarme, es eso?

—No, no es eso, amado mío.

—¿Entonces?

—Aunque el fracaso constituye una oportunidad para empezar de nuevo y hacerlo mejor, no quiero decir que intentes otra vez quitarte la vida. Tómallo como una experiencia en tu existencia que nos lleva a un camino o a otro, y esa vía que has elegido te ha enviado junto a mí. ¿No es maravilloso que tu pretendida frustración se haya vuelto una dicha para nosotros dos?

—¿Entonces, te debo esta vida miserable? ¿Es que te piensas que esto es vivir? —le preguntó, quejumbroso.

—En absoluto, cariño mío, no me debes nada... La palabra «deber» es una forma de atarnos mutuamente, mientras nuestros impulsos y deseos van en dirección opuesta. Por eso, resulta primordial que conviertas el «debo» en «quiero»; de esa manera, encontrarás el amor. Asimismo, es fundamental que busques lo que te apasiona y dejes que las personas que te rodean también lo hagan.

—¡Imposible! —aulló el Sr. Naranja, pensando que esta mujer despertaría algo más que puro odio.

—Te equivocas, amor mío. En tu mente, transformas lo improbable en imposible y te cierras un mundo de oportunidades. ¿Quién no te dice que

veas en mí a tu media naranja, por muy absurdo que te parezca? —sentenció Irene, como si fuera palabra de ley. Esperó el efecto de su comentario y, viendo que el esclavo no contestaba, siguió hablando—. Nada es irrealizable, y si no puedes alcanzar tu objetivo de una forma, busca un nuevo camino por donde vadear el río de tus problemas —remachó, contundente.

—Lo único probable es que te odio con todas mis fuerzas y una de las leyes que nos inculcan me prohíbe retorcerte el pescuezo —replicó, contenido.

—El odio se volverá contra ti, causándote daño. Es obvio que me tengas rencor, igual no puedes eliminarlo. Ahora hazte esta pregunta: ¿me odias a mí o a ti mismo por tu antipatía, frustración y enfado? Si tu contestación resulta afirmativa, provocará que tu hostilidad crezca y nunca estarás en paz.

—Dudo que deje de odiarte; continuamente ha sido así desde que decidí llegar a este extremo, buscando la salvación —respondió, abatido.

—El problema consiste en que siempre usamos esta palabra para recriminarnos nuestra torpeza, que a su vez suele esconder la resistencia al cambio, aferrarse a un punto al buscar el culpable fuera de uno mismo. Nunca nada es eterno, ni lo bueno ni lo malo —argumentó, muy segura.

—¡Nunca tendrás un lugar en mi corazón! —dictaminó, asestando un fuerte golpe con el puño, que tambaleó la mesa.

—Querido, tu protesta no refleja la realidad y te cierra posibilidades. Mantenerse con la mente abierta es fundamental, eso te permitirá adaptarte. No pienses en que algo nunca va a pasar, de ese modo sufrirás una gran decepción.

—¿Es que no ves el problema, loca?, ¡yo soy un esclavo sin voluntad propia, y tú, una vieja chiflada! ¿Hacen falta más detalles? —El Sr. Naranja por momentos se volvía tan iracundo que estaba a punto de olvidarse de la ley que protegía a sus dueños. Un sinfín de nuevas emociones despertaron en

su aletargada mente.

—No me extraña que aparentes estrés, que produce en grandes cantidades la palabra «problema». De por sí lo sufrimos de serie, y si uno encima se pone más obstáculos y dificultades, acaba reventando en ataques de ira. Los problemas son, en realidad, desafíos que nos coloca la vida. Podemos elegir fijarnos solo en su aspecto negativo o resaltar la posibilidad de un cambio.

—¿Quién sabe? —dijo el Sr. Naranja, poniendo cara de circunstancia—, tal vez algún día acabe en tus brazos —remató, irónico y poco convencido.

—Esta palabra suena a fracaso, amor mío, y falta de confianza en tus propias facultades. Si ambicionas algo, tiene que ser hoy. De lo contrario, nunca lo conseguirás. Tú puedes; si quieres, lo lograrás —terminó, tomándole la mano y llevándosela al pecho. El Sr. Naranja percibió que, a pesar de su edad, su corazón sonaba como el de una joven, vigoroso y acompasado.

—¿Y quién te ha dicho a ti qué quiero? —La retiró, en un acto impropio de un esclavo sin voluntad.

—¿Lo has notado, verdad? ¡Estás empezando a tener tus propias iniciativas! —gritó, contenta.

«Es verdad», se paró, meditabundo, mirándosela. «Si quiero, puedo». Muy orgulloso de su hazaña, se volvió hacia Irene, comentando:

—¡Está bien, lo intentaré!

—¡Ay! Mi tonto Romeo... —repuso afectuosamente—. ¿Es que no te sientes capaz? ¿No estás seguro? El no ya lo posees y tienes mucho que ganar. Está bien claro que los planes nunca salen como uno quiere, pero debes empezar con una actitud positiva. No te preocupes, cariño mío. El amor todo lo puede y no te encuentras solo en esta cruzada.

El Sr. Naranja, contagiado por ese encariñamiento adolescente, empezó a vislumbrar que quizá con la ayuda de su, digamos, media naranja conseguiría volver a ser un individuo lo más parecido al humano que era antes de cometer

la tontería de transformarse en un esclavo. Todavía se mostraba lento de reflejos. Buscando las palabras adecuadas, dijo:

—¿Entonces, me ayudarás?

—Por supuesto, cariño, y será ahora. Empezaré por ayudarte a usar el excusado. De momento, veo que posees buena capacidad motora y, por lo tanto, puedes desplazarte tú mismo al baño. También son buenas tus habilidades al comprender lo que te comunico y tus expresiones me indican cuándo tienes ganas de evacuar. Aunque todavía te resistas, sé que en el fondo quieres complacerme. Por suerte para ti, aprenderás antes. Por todo lo anteriormente dicho, pienso que estás listo.

A partir de entonces y en los sucesivos días, Irene, armada con una paciencia digna de una madraza, tomó al Sr. Naranja bajo su ala protectora, indicándole las pautas a seguir. Pero enseguida vino el primer problema: no había un orinal lo suficientemente grande que acomodara las nalgas de este enorme bebé. En aquel momento, a la señora se le ocurrió una idea. Acudió a una tienda de productos para discapacitados y personas ancianas, donde encontró una silla con un orificio adecuado a las posaderas del esclavo.

Al levantarse, después de comer y antes de dormir constituían los momentos claves que Irene elegía para acostumar al esclavo. Poco a poco este tomó gusto por orinar y defecar en el sitio adecuado y no en los pañales, que le producían molestas rozaduras e incómodas situaciones a la espera de que su dueña se acordara de cambiarlo.

Debido a su gran interés por formar parte de esta humanidad, el esclavo ahora era menos dependiente de su dueña, ya que se permitía el lujo de ir sin ayuda al baño, aunque de vez en cuando se le escapaba algo. Ningún problema, ahí estaba mamá Irene para limpiarlo sin una palabra de reproche.

—¡Muy bien, mi amor! —se trataba de la frase que oiría cada vez que

tiraba de la cadena y se despedía de sus desechos.

Con el tiempo, el esclavo, que ya se limpiaba, se bajaba y subía los pantalones solito, no necesitó acudir acompañado al baño.

El pudor y las ganas de hacernos mayores nos entran cuando perdemos esa inocencia exclusiva de los niños y el Sr. Naranja ya había abandonado hacía algunos años esa etapa de su vida. Irene no le dio mayor importancia, lo achacó a que querría una privacidad propia de cualquier ser humano, lo cual parecía muy natural. Se alegró enormemente de las proezas que fue consiguiendo, felicitándolo y felicitándose a sí misma.

—Ahora, cariño mío, queda la segunda meta: aprenderás a comer por ti mismo —le dijo, mirándolo a los ojos; era una sentencia sin apelación posible y debía cumplirla sí o sí.

La determinación de la señora podía con todas las dificultades que pasaban por la cabeza de un ilusionado Sr. Naranja, que veía que verdaderamente el amor quizá moviera montañas. ¿O era la fe? Bueno, ustedes ya me entienden, ¿no?

Irene inició su educación por las primeras reglas de oro: horario de comida y hábitos de higiene. Lo primero y fundamental: servir las comidas en unos horarios concretos todos los días. Lo segundo y también importante: le exigió que se lavara las manos antes de las mismas.

El Sr. Naranja empezó a sentirse seguro al comprobar que esa rutina lo fortalecía como persona. La señora la aplicaba con estricta disciplina militar. Cuando por alguna de sus torpezas se le escapaba el jabón, lo ponía todo perdido de agua, se secaba por encima de la ropa o no conseguía sentarse adecuadamente a la mesa, en lugar de una reprimenda o una mirada de reproche, por toda respuesta, una sonrisa. No era una debilidad por parte de ella, sino indulgencia.

Más tarde de ayudarlo a acomodarse en el comedor, ejecutaba el ritual de

todos los días; tenía un lugar estrictamente adjudicado para él y otro para ella. Nunca le permitía que ocupara otro distinto, aunque él se lo pidiera. Jamás debía empezar a comer hasta que la señora estuviera dispuesta. Nada de tirar comida, formar bolitas con el pan ni jugar con los cubiertos y le recalcó mucho mantener las manos visibles. Prohibido esconderlas debajo de la mesa y menos secárselas en el mantel. Un aspecto muy notable, si bien os puede parecer una tontería, consistía en la obligación de limpiarse la boca antes y después de beber agua. Bajo ningún concepto llenar la superficie de migas ni de restos de alimentos.

Irene era una mujer rigurosa; nunca, aunque se riera por dentro, le carcajeó sus payasadas; a menudo el Sr. Naranja, en un alarde de parecer gracioso, hacía caras, eructaba, hablaba con la boca llena o, simplemente, se rascaba la cabeza. Al contrario, corregía sus acciones, dando ella un espartano ejemplo de comportamiento.

No contenta con los modales en la mesa, Irene comprobó que al Sr. Naranja no le atraían las verduras, las legumbres ni las sardinas, nutrimentos sanos y fundamentales que la señora bajo ningún concepto quitaría de su dieta. Su ama, a base de imaginación, paciencia y amor, encontró varias soluciones: hacía tortillas y rebozados con toda clase de hortalizas. Para el pescado, nada mejor que unas buenas croquetas fritas en abundante aceite de oliva. De este talante, conseguía que el cautivo comiera sano, disfrazándolo de forma que él se alimentara de lo que ella quería sin enterarse de lo que verdaderamente comía. Los comestibles también los hacía apetecibles a los ojos del esclavo, los disponía de tal condición que imitaban los colores de las banderas de varios países. Con esta habilidad, lo educó con un saludable menú y algo de cultura.

Otra técnica que le venía muy bien consistía en imponerle que la acompañara a la compra y permitirle, dentro de un orden, elegir los alimentos

que más le gustaban; luego lo invitaba a cocinarlos juntos, coartado por la promesa de preparar su plato favorito. Así involucraba al Sr. Naranja que, encantado con participar en el guisado, apreciaba la ardua tarea de estar entre fogones.

Por mucho que Irene cuidara de sus modales, de la alimentación y de su higiene, el Sr. Naranja cogió un catarro tan fuerte que apenas podía hablar. Irene se desvivió por su amor; la paciencia, la empatía y los mimos, sus armas de ataque.

Lo primero, que bajo ningún pretexto se levantara de la cama, aunque protestara. Ella se encargaría de todo: de su aseo personal, de la botella de orinar y del plato para defecar. Nada en absoluto debía hacer; acaso dejarse cuidar, no más.

Lo segundo, lavados nasales para permitirle respirar mejor y luchar de frente contra la irritación. Irene tenía que mantenerlo hidratado, le obligaba a beber abundantes líquidos y zumos, a ser posible, frescos. Los baños de vapor a base de eucaliptos y romero resultaron un constante combate contra las mucosidades del pecho; por lo tanto, la señora batallaba con uñas y dientes con estos poderosos remedios. Por si fuera poco, se dispuso a rematar su ofensiva, acurrucándose junto a él para leerle el libro de aventuras que le gustaba.

Puede que el resfriado se pase con medicamentos o sin ellos, pero el cariño, reposo y el tiempo que le dedicó lograron un efecto más milagroso que la más potente de las medicinas. El Sr. Naranja, al verse querido, advirtió que su estado de ánimo nunca decaía.

El tiempo fue pasando y el amor, como ese virus que se propaga por el aire, acudió al corazón resentido del Sr. Naranja, que ya no presentaba defensa alguna al quedar inundado por el afecto que se procesaban mutuamente.

El amor evoluciona como todo en esta vida. En demasía, hace que el aborrecimiento avance a pasos agigantados en una relación. Irene, a modo de una buena amante y empalagosa mujer, no dejaba ni a sol ni a sombra a un pobre Sr. Naranja, que cada vez se asemejaba más a un ser humano, con todas sus cualidades y sus muchos defectos. Puede que al conjunto de ustedes (me refiero al lector masculino en general) le hubiera encantado tener a una hembra como tal, una dama de una edad madura, siempre dispuesta a satisfacer cualquier antojo, y encima, con una envidiable experiencia y hambre de cariño, sabiendo todos los secretos de alcoba.

Después de unos idílicos días, en los que el Sr. Naranja vivió en el paraíso con el que todos los hombres hemos soñado alguna vez, superó su identidad de esclavo. El cautivo se dio cuenta de que no era amor lo que procesaba a la incombustible Irene. De seguro que se trataba de agradecimiento y, por descontado, tenía su fecha de caducidad. Si la posee la verdadera pasión, ¿cómo no este? Además, la decadencia vino con mayor prontitud.

Sabiendo cómo se las gastaba la señora, decidió que era hora de poner tierra de por medio. Por consiguiente, tomó prestado el utilitario sin que se enterara su dueña. Os puedo asegurar que nunca nada sale de la misma manera en que lo tenemos planeado. El susodicho desgraciado, al mismo tiempo, eligió una de las peores jornadas del invierno, que se estaba cebando en dicho lugar. Se mostraba idílico con su estampa navideña, todo de color blanco, pero resultaba tal la urgencia de escapar de las garras del apego que no se lo pensó dos veces.

CAPÍTULO 5

El Sr. naranja estaba rememorando su juventud jugando en la playa; la arena, el sol radiante, su madre poniéndole protector solar bajo la sutil mirada de su celoso padre, que rabiaba de envidia. Los gritos, la música machacona de unos chavales, los ronquidos del gordo vecino que se hallaba sesteando a una imprudente distancia, pero llevada por todos con abnegada resignación. La bruma y el dolor estaban presentes, embadurnándolo todo alrededor, como si se desprendiera el óleo de un mal cuadro. Era necesario preguntarse: ¿qué pasaba, dónde se encontraba? El tiempo transcurría muy lentamente, tanto, que no pudo identificar la duración y el momento. ¿Pero de verdad importaba?

Una luz roja parpadeante lo avisó de un peligro, de una urgencia, de una catástrofe. La combinación con las olas del mar provocó que el sufrimiento fuera y viniera al compás de su movimiento. Muchas preguntas sin respuestas y numerosas quejas sin soluciones.

—¡Despierta, maldito hijo de perra! —era Irene que, malhumorada, intentaba reanimarlo.

No había hecho ningún cursillo de primeros auxilios ni nada parecido. En ese momento, pensó que con unos golpes en el pecho y zarandearlo como si fuera un muñeco de trapo conseguiría que volviera en sí. El Sr. Naranja despertó lo justo y advirtió la cara roja de ira de la señora. Luego, cayó en una especie de amodorramiento, pero el dolor se abrió paso entre su inconsciencia para recordarle que todavía estaba en el mundo. Con la boca reseca y agria, articuló un par de palabras:

—¿Qué me ha pasado?

Irene se hallaba a su lado con los brazos en jarras, dispuesta a echarle la bronca, pero desistió en vista del mal estado de su esclavo.

Luego del considerable esfuerzo, el Sr. Naranja volvió a hundirse en un sopor, luchando contra la desorientación.

El gusto amargo a medicamentos, que le quemaban la garganta, las olas que seguían a intervalos regulares enviándole dosis de sufrimiento y una peste terrible a comida de refrito lo despertaron. Era Irene, que le estaba introduciendo la medicina casi a la fuerza. Con los dedos pringados por el sabor a patatas fritas, le abrió la boca, metiéndole las pastillas hasta el cogote, y por poco le hizo vomitar. A los pocos segundos, el esclavo asoció el ácido paladar del brebaje con la disminución del dolor; sin lugar a dudas, eran proporcionadas por la mujer, metida a eventual enfermera. No se trataba esta de las de la cofia tan pulcramente sujeta a un lindo peinado, ni vestía esa minifalda tan sexual que se veía en las series televisivas de hospitales.

Algo terrible le había ocurrido, pero estaba vivo. Aunque mirándolo mejor y viendo la cara de la señora, más valía haber sucumbido. Ahora, ¿a qué, por qué y para qué? Su mente se hallaba en un laberinto entre el dolor y las preguntas; era lo mismo que el pez que se muerde la cola, todo volvía al principio. No conseguía recordar, pero intuía que se encontraba metido en un grave inconveniente.

—Muy sencillo, amigo mío... —Lo miró al advertir su reacción, ya que no lo había llamado «amor», ni «cariño» ni nada por el estilo. El Sr. naranja comprendió que ahora sí tenía un verdadero y grave problema. Se hallaba impedido a manos de una loca, y lo peor, la pasión se había transformado en odio—. Sufriste un percance.

—¿Un accidente? —preguntó con cara de bobo, debido al aturdimiento de las medicinas.

—¡Así es, traidor! —levantó la voz—. Cuando me di cuenta, mi coche no estaba y te vi salir con él a toda velocidad. A unos pocos cientos de metros de

aquí y debido a la nieve... Lo siguiente ya te lo puedes imaginar: las piernas rotas, alguna costilla y el golpe en la cabeza, que espero que sea lo que más te duela... —remató con rabia.

El Sr. Naranja reflexionó; no la culpaba, estaba claro que era un cobarde y había preferido huir antes que sincerarse: «Nuestro amor huele a podrido, querida». Ahora la necesitaba como agua de mayo. Los analgésicos resultaban de gran alivio y no parecía sensato enfadar a la supuesta enfermera, que se los suministraba a unos intervalos estratégicamente estudiados para que no sufriera más allá de lo necesario.

—¿No estaré mejor en un hospital? —No se trataba de una pregunta muy pensada, la verdad. Aunque reconocía que estaba bien cuidado, las piernas rotas lo tenían preocupado y necesitaba algo más que analgésicos.

—¡Un hospital, tú estás loco! —gritó escandalizada—. Enseguida averiguarían que eres un esclavo, ¿es que ya no te acuerdas? —El Sr. Naranja estaba tan rehabilitado como humano que se había olvidado por completo de su procedencia—. ¡Y a mí me detendrían por reformarte! ¡Estúpido desagradecido!

Resignado a su suerte, no le quedó otro remedio que dejarse llevar por la química, que tan bien lo trataba y a la que, sin duda, amaba más que a la loca que se la suministraba. Por consiguiente, se sumió en una profunda y absoluta inconsciencia.

El desierto, lleno de esa arena amarilla y suelta, movida por los caprichos del viento, que no ofrecía ningún tipo de sombra en la que cobijarse, era lo más parecido a la cara de Irene. A esta, viendo la cobardía de su proceder, le entraron ganas de destruir su creación, ahora que lo tenía indefenso y a su merced.

«¡Después de tanto sacrificio y esfuerzo!», se gritó. «Ahora no, esperaré. De todas maneras, durante un tiempo no va a ir a ninguna parte», siguió

hablando, riéndose entre dientes.

Su risita, junto con el dolor, que de nuevo le pedía paso, se le metió al Sr. Naranja en la cabeza. Donde los sueños luchan contra la semiinconsciencia era donde se encontraba. Abrió un ojo, luego el otro.

—Me duelen las heridas —dijo en tono suplicante.

—Me lo imagino —le contestó, burlona.

—¡Por favor! —le volvió a suplicar. Su orgullo de humano redimido le impedía arrastrarse más en el fango de la vergüenza, pero el dolor mandaba; no le quedó otro remedio que acometer lo que fuera por una dosis de calmante.

—Ahora no, más adelante —sonó tan tajante que acató esa negativa.

Aprovechó para preguntarle el tiempo que llevaba encamado. Ella, a su vez, lo miró con una expresión severa y maternal, que no dejaba dudas de lo impertinente de la cuestión.

—¿Qué importa eso? —replicó, molesta. La callada fue su respuesta, en espera de analgésicos—. Me debes tu existencia, espero que no se te olvide —remachó, escudriñándolo con esa fría mirada que helaría el mismísimo Infierno. Era verdad, le debía la vida y mucho más, pero sus sentimientos acababan cuando la percibía tan cerca de él que le entraban náuseas.

—Me duelen mucho las piernas... —se quejó, mientras el sudor le recorría la frente.

Irene, haciendo caso omiso, se dedicó a hablarle del tiempo, de interioridades personales que no venían a cuento y de lo caros que se estaban poniendo los artículos femeninos, como si ella fuera una joven pendiente de las fluctuaciones del mercado de tampones y compresas.

Por fin llegó ese «más adelante». Irene le mostró un tubo lleno de su tan anhelada dosis de analgésicos. El Sr. Naranja se puso muy contento y, de la misma manera que si fuera un pajarito esperando el gusano regurgitado de su

mamá, abrió la boca tan grande como pudo, para que ella acertara a meterle las pastillas sin introducirlas hasta la mismísima garganta.

Luego de tragarse la medicina y refugiarse en el sopor de la bendita química, logró articular un «gracias» tan inaudible que incluso la señora le preguntó; realizando el doble esfuerzo de repetírselo.

Después de un par de horas de modorra, la nueva oleada de dolor le vino como una tromba de caballos a todo galope.

—¿El señor ha descansado bien? —se trataba de una pregunta envenenada. «¿Qué contestar? Lo más adecuado será callar», pensó el Sr. Naranja—. ¡Presumo que desea su jodido medicamento! —exclamó, sentenciosa y de muy malos modos.

—Sí, por favor, la necesito...

—¿Que me necesita? —Se puso tan cerca de él que advirtió las cicatrices, arrugas y puntos negros que mostraban el relieve escarpado de su vieja cara.

«¿Cómo no advertí antes semejantes signos de una anciana decadente?», reflexionó entre el dolor que, en oleadas, le hacía naufragar. La precisaba, esto estaba claro; ahora, ¿hasta dónde?

—No te enfades y dame el calmante, por favor —suplicó.

—¡Desagradecido hijo de puta!, ¿en este momento me necesitas?, pero bien que a las primeras de cambio te fuiste sin un adiós y ni siquiera una nota —le gritó. Le sacó de entre sus piernas la cuña llena de heces y con rabia la estampó contra la pared—. ¿Lo ves?, me obligas a cometer cosas que no quiero. Ahora, en lugar de darte la medicación, tendré que arreglar todo este estropicio. ¿Está claro? —le preguntó, desafiante.

¿Qué iba a contestar el desgraciado?, que solo deseaba su dosis. Pues a esperar a que pasara la tormenta, no le quedaba otra.

Mientras Irene se dedicaba con parsimonia a limpiar las heces pegadas en la pared, el Sr. Naranja temblaba de dolor. Intentando dar lástima, gimió y a

intervalos regulares carraspeaba y tosía. No solo no le sirvió de nada, sino que encima ella, socarrona, entre dientes cantó una canción típica de lavanderas.

Para el Sr. Naranja, todo pasaba como si de una cámara lenta se tratara, repitiendo las escenas de algún deporte. Era tal la lentitud que el pobre hombre decidió quejarse en silencio; por lo menos guardaría algo de dignidad. El dolor se le hizo tan insufrible que no le quedó más remedio que gimotear, hasta tal punto de querer morir allí mismo.

Por fin, luego de las interminables canciones, de limpiarlo todo y de tomarse un ligero refrigerio, acudió a darle el calmante. Ahora, en su cara de venganza estaba escrito lo que en su mente se hallaba maquinando, lo que el Sr. Naranja nunca pensó que ella fuera capaz de llevar a cabo.

—Te traigo algo de beber para tragar mejor las pastillas —dijo, sosteniendo en la mano derecha tres calmantes, y en la otra, un vaso de agua sucia. El esclavo juraría que era el líquido que había sobrado de la limpieza—. ¿Algún problema? —inquirió la señora, desafiante.

El esclavo, convertido en un yonqui de los analgésicos, se los tragó y, acto seguido, se bebió el vaso, poniendo cara de asco.

—¡Cuidado, amor mío! —ese tono tan socarrón no presagió nada bueno—. Si vomitas, te quedarás sin tu droga y no pienso administrarte más hasta la noche —remató la frase con una mirada furibunda, dando a entender que hablaba muy en serio.

Entre el asco y la rabia de verse vencido por una vieja, el Sr. Naranja consiguió balbucear unas pocas palabras:

—Descuida..., cariño, me... portaré bien...

—Así me gusta. ¿No volverás a dejarme, verdad? —le preguntó, a sabiendas de que tenía la sartén por el mango.

A duras penas aguantó las ganas de vomitar y poco a poco el bendito

sopor se lo fue llevando al mundo de la inconsciencia. Antes, vagamente y muy lejos, le pareció oír a Irene:

—Te amo...

Las pesadillas vienen sin uno quererlo. Siempre guardan semejanza con el pasado de un individuo o nuestro hipotético futuro. El caso es que el Sr. Naranja, sumido en un profundo amodorramiento de una estirada siesta, soñó que se lo comían los demonios. Existen entes que, escondidos en nuestra mente, esperan a que estemos dormidos y confiados; el sueño parecería lo más reparador que a un humano le pueda pasar, pero nada más lejos de la realidad.

Cuando operaron al esclavo, lo último que recordó antes de caer en el letargo de la anestesia fue el ruido de la taladradora, que le iba a practicar un bonito y redondo orificio por donde lo intervendrían. El efecto del sopor era del barato (¿para qué, argumentaba el Gobierno, malgastar el presupuesto en personas que rápidamente se convertirían en esclavos?). Consecuentemente, unos segundos después de quedarse adormecido, pudo oler el aroma a huesos quemados que producía el dichoso taladro royéndole el cráneo. Ese recuerdo lo perseguía en los momentos difíciles y estos eran de los peores que habían acontecido. En sus alucinaciones, en lugar del cirujano, estaba Irene con cara de sádica. Se acercó con la broca, dispuesta a abrirle un nuevo y esférico boquete.

Lo despertó el trasiego de la mujer en sus quehaceres caseros. Esta se comportaba como si se tratara de un carcelero que cada cierto tiempo tiene que cumplimentar su ronda, vigilando a su enfermo.

El sentimiento de supervivencia es tan poderoso que ni nosotros mismos somos capaces de advertir hasta dónde puede llegar y este esclavo no iba a ser menos. Sus ganas de vivir lo impulsaron a beberse esa agua sucia, con tal de contentar a su guardiana. Tengamos en cuenta que reconoció muy a su

pesar, que se había demostrado un desagradecido al querer escaparse de sus amorosas garras. Todo ello lo mantenía atrapado como un conejo en su madriguera. Le produjo tal odio contra ella que le vino muy bien para disfrazar el terror que le causaba.

«Estúpida y loca mujer... Puede que esté en lo cierto, pero ¿acaso no es lo que desean miles de mujeres de mediana edad? Ávidas de amor, devoran las telenovelas, los seriales empalagosos de la radio, las películas de tonos pastelosos y los culebrones televisivos. ¿Pero qué culpa sufro yo, por qué tengo que dar cariño por obligación o compasión?, ¿no es mejor ser sincero con uno mismo y con la pareja de turno?».

—¡Que te pudras, maldita bruja! —se le escapó en voz alta.

Suerte que la susodicha había salido a la compra de más barbitúricos. Mientras se tragaba sus palabras, deseando que nadie las hubiera oído, rememoró la humillación sufrida horas antes. De nuevo una oleada de odio le recorrió el bajo vientre, alcanzando su maltrecha mente en un estallido final de pura rabia. Esta vez solo emitió un quejido contenido, lo mismo que si estuviera dotado de un silenciador en la boca.

La rabia lo consumía, pero un hombre cobarde no piensa. Aquella mujer estaba loca, no había llamado a nadie. Lo tenía en el dormitorio como si fuera un parapléjico y lo dominaba con la cantidad de calmantes, administrados sin ton ni son con la única finalidad de mantenerlo quieto y tranquilo. Aunque era un esclavo, prefería mil veces ser cuidado por profesionales de verdad y no por una chiflada.

La química se demuestra muy poderosa y, aunque nuestro protagonista planeara la forma de vengarse de su carcelera, bien estaba permitirse llevar por la inconsciencia del momento, abandonándose en los brazos de Morfeo. Este se hallaba esperándolo, sin hacerle ninguna pregunta; solo le susurraba: «Déjate mecer por mis canturreos armoniosos, que te transportarán allá donde

no existe el dolor».

Despertó, o eso pensaba él. Estaba en una gran sala de hospital: dos hileras de camas, todas blancas, separadas por un escueto biombo del mismo color. Ni un gemido, ni un ruido o movimiento que indicara que, tras las mamparas, se hallaban sus vecinos de cama. «¡Por fin, aquí sí que se encargarán de mí!», exclamó para él. Contento a rabiar, pretendió incorporarse, pero ¡horror, no tenía piernas!

Un grito desgarrador se oyó por el extenso recinto, que reverberó tanto que aquello pareció el interior de un templo. Al momento y no sabiendo por dónde habían entrado, apareció una fila de locas sonrientes, ataviadas con su uniforme de enfermeras, todas ellas de blanco impoluto, dispuestas y solícitas. Aparentaban ser camareras, portando sendas bandejas de un aluminio tan pulido que parecían de cristal; en las mismas constaba todo lo necesario para cortar y suturar.

—Vamos a tranquilizarnos, muchacho. ¿Qué te pasa, por qué gritas? —y sin esperar respuesta, dijeron al unísono—: ¡Ah, ya vemos, te faltan las patas! Pobrecito, no te preocupes. Tus problemas cuentan con solución. Has tenido suerte, somos las mejores cosiendo miembros. Descuida, enseguida te lo arreglamos.

La más próxima a él sacó una sierra de esas que utilizan los leñadores y, en lo que dura un suspiro, le seccionó ambas extremidades. Los alaridos del desgraciado sonaron lo mismo que una sirena de bomberos a máxima potencia.

—No seas quejica, hombretón, el sufrimiento pasará pronto.

Luego de mancharlo todo con el color escandaloso de la sangre del gorrino, le implantaron los brazos en lugar de sus piernas, pero allí no acabó el suplicio. Otra enhebró hilo de cáñamo en una aguja que se asemejaba a un puntal de esos que usan los toreros al apuntillar a sus desgraciadas víctimas.

A cada punto de sutura, los gritos de dolor hacían que los cristales de las ventanas se hincharan, con el peligro de romperse en mil pedazos. Para aminorar los chillidos y llantos del Sr. Naranja, al que se le salían los ojos de sus órbitas, todas, como si fueran el coro de ángeles de algún orfeón, emprendieron un réquiem muy adecuado para la ocasión. Las notas se sucedían a la pauta de los bramidos agónicos, que se mezclaban con el compás de la partitura.

Despertó profiriendo gritos como un marrano mal encamado. Irene, solícita, le preguntó:

—¿Qué te pasa, amor mío?

—Un mal sueño —comentó, disimulando su temblor ante la pesadilla vivida de forma tan realista.

—¡Ay, pobrecito de mi niño, que ha sufrido pesadillas! —ironizó entre dientes con una risita de hiena—. Tengo que mudarte las sábanas, quejica —argumentó mientras empezaba con su laboriosa tarea, pero su cara cambió por completo. El Sr. Naranja se quedó estupefacto.

«¿Qué pasa ahora, qué he hecho mal?», se cuestionó con pánico.

Los ojos de Irene echaban fuego. Con la sábana sucia en las manos, aulló:

—¿Qué quiere decir esto? —sin esperar y sin dejar tiempo al Sr. Naranja, que intentaba rebuscar una contestación en su asustada mente, siguió con la bronca, emitiendo espumarajos por la boca—. ¡Sí, valiente hijo de la gran puta, esta mancha, la ves! —Le acercó tanto la tela manchada que casi le obligó a comérsela.

—Pero..., Irene, por favor... Si yo no me he orinado, ya hace tiempo que aprendí, orino en la botella. ¿La ves? —le dijo, señalándole la vasija a medio llenar de orín.

—¡Ya lo sé, desgraciado! Pero esto es semen —le gritó, llevándose la sábana a las narices para demostrarle su acusación. No contenta, continuó con

su batería de reproches—. ¡Te has masturbado y a mí ni me tocas, grandísimo hijo de perra! —terminó, escupiendo al suelo de rabia.

—Pero, Irene, ¿cómo me voy a tocar, si casi no me puedo mover? Habrá sido en sueños o de forma involuntaria; a los hombres nos suele pasar, y cuanto más jóvenes, mucho más.

—¡Más a mi favor! —le dijo, mientras apretaba los puños en un acto de aguantarse las ganas de liarse a puñetazos con él. Desde luego, entre el encamado e Irene, gracias a su complejión, yo no apostaría un duro por él. El fulgor de sus ojos de mujer ultrajada lo fulminó con una mirada digna de una bruja con muy mala leche—. ¡Encima en sueños! ¿Quién te ha dado permiso para soñar y menos para que sean eróticos? —siguió bombardeando con sus reproches a un aturullado y acobardado esclavo, que estaba deseando que sonara la campana, anunciándole el final de este asalto.

El caso es que no se oyó, al contrario. Su dueña, de pura rabia, tomó la botella de los orines y, durante unos instantes, estuvo dudando de si rompérsela en la cabeza al desgraciado, que inútilmente se la protegía con la almohada, o estamparla contra la pared. El imbécil tuvo suerte, la leona eligió la segunda opción.

—Pero, Irene, si yo te quiero... —Ese cariño repentino resultaba producto de la desesperación, pero la señora no era tonta y, a continuación, con desilusión y rabia, le contestó:

—¡Mientes, maldito Judas! Yo pensaba que me amabas. Eres igual que todos, me quieres para lo que te interesa.

«¡Madre del Señor, si tenía alguna duda, ahora me queda más claro que nunca!, ¡no estás loca, es peor, estás ida y, además, enamorada!», se gritó a sí mismo, escandalizado. Mientras elucubraba sobre la salud mental de su Eva, la misma, mirándolo con desprecio, le dijo:

—Vas a aprender una lección que nunca olvidarás...

—¿Cómo, más todavía? —le preguntó, al borde de un ataque de pánico.

—Me voy...

—Ya, pero volverás para darme el calmante, ¿no?

—¿Ves cómo es lo único para lo que me quieres? —le recriminó con desdén.

Fue lo último que comentó, no le dio tiempo siquiera para rebatir su acusación. Oyó que salía del chalé, el ruido al pisar la gravilla, la puerta del utilitario al abrirla, el rugido del motor y el chirriar de los neumáticos saliendo a toda velocidad. La loca se alejó de su sufrimiento, pero también con el antídoto al dolor que, inoportuno, volvió antes de lo normal, como si el calmante se hubiera enfadado, poniéndose de acuerdo con su carcelera.

Pasó el tiempo e Irene no aparecía; tal vez había muerto en un accidente de auto, ya que había salido deprisa y enrabiada; pudiera ser que se hubiera suicidado; después del desengaño amoroso, ¿quién sabe lo que pasaría por la mente de una loca? El caso es que el Sr. naranja estaba mezclando la realidad con el mundo que le proporcionaban el dolor, el hambre y la sed.

Pronto su cerebro construyó una dimensión paralela, donde la comida y el agua, por su abundancia, se hallaban al alcance de cualquiera que estirara la mano. No había dolor, nada por lo que preocuparse. Estaba tumbado en un diván turco, rodeado de manjares, abundantes refrescos y toda clase de líquidos a cada cual más exquisito, dignos del gusto de cualquier sibarita que se precie.

El Sr. Naranja sospechó: «¿No estaré muerto?». Como no pudo contestarse, dio la situación por buena y siguió disfrutando de su particular paraíso.

Después de descansar y alimentarse, recuperó las fuerzas y se incorporó. Ya no estaba en la cama. El entorno era tal y como siempre él había soñado: exuberante vegetación, una temperatura ideal, ni frío ni calor, y por doquier

se hallaban animales de todos los colores, que sin temor comían de su mano y se dejaban acariciar.

¿Estaba solo? A simple vista, parecía que sí, pero él no se resignó y partió en busca de alguna Eva disponible.

Aunque parezca una barbaridad lo que voy a escribir, nada hay peor que las carencias básicas para el entendimiento humano. Si las sufrimos, nada es lo que aparenta, lo que en un primer momento semeja una cosa puede que se convierta en otra y les garantizo que yo estoy debidamente alimentado y bien hidratado. Aclarado este tema, seguiremos con las andanzas y locuras del esclavo rehabilitado a simple mortal.

Luego de deambular un tiempo, el Sr. Naranja encontró un cruce de caminos. Como si de señales de tráfico se tratara, disponía de una a cada lado de la vía. La que estaba a su derecha se hallaba rotulada con la siguiente leyenda: «Eva 1». La de la izquierda indicaba: «Eva 2». La ruta que llevaba recto a una hermosa y frondosa floresta rezaba lo siguiente: «Eva 3», y la que quedaba a sus espaldas, que era por donde había venido, señalaba: «Eva 4».

Se sentó, pensativo, sin saber cuál de los cuatro caminos tomaría. Por donde apareció no había ninguna Eva; de los otros, ¿cuál elegiría? Un dilema que se le escapaba a su corto entendimiento, aunque el premio de la Eva que se imaginaba le aguijoneó el bajo vientre.

—¡Craaa!

Ese graznido pertenecía a un cuervo negro, tan oscuro que el Sr. Naranja no lo percibió hasta oír al pajarraco. Sus ojos amarillos, su pico puntiagudo y la forma de mirarlo le inspiraron algo de temor. Como era el único ser vivo que tenía al alcance, decidió pedirle ayuda:

—Dígame, asqueroso pajarraco de mal agüero, ¿qué camino tomaría?

—¡Craaa! A mí, que soy acompañante del séquito de Hécate, de otras damas de la noche, de magos y brujos..., usted, precisamente usted, que es un

esclavo con pretensiones humanas, ¿cómo se atreve a insultarme? —El cuervo, muy herido en su amor propio, de pura rabia graznó y revoloteó en círculos encima del desgraciado.

—Disculpe usted, señor cuervo. ¿Quién iba a pensar que hablara?

—¡*Craaa, craaa!* Llámeme Sr. Negro, ¿lo recordará? —ironizó, mientras seguía aleteando y molestando—. Además, soy tan inteligente que leo la mente y la suya es más sencilla que el mecanismo de un botijo —terminó, graznando.

—¿Entonces, sabrá usted qué necesito?

—¡*Craaa!* Claro, cabezota, ¿pero está dispuesto a pagar el precio?

—¿Un precio?

—¡*Craaa!* Por supuesto, gañán.

—No tengo nada de valor, ¿qué puede querer de mí?

—¡*Craaa!* ¿Está seguro?

—¿No ve que estoy desnudo? —Dirigió su mirada a sí mismo para demostrarlo.

—¡*Craaa!* Se equivoca, tiene algo que nos gusta mucho.

—¡Mis ojos, ni hablar! —gritó, asustado.

—¡*Craaa!* Bueno, bueno... No entre en pánico, todo se puede negociar.

—Mis ojos están fuera de toda negociación —respondió, enrocándose.

—¡*Craaa!* Pero si solo le voy a pedir uno.

—¡Ni uno ni ninguno! —siguió en sus trece.

—¡*Craaa!* Tendremos que discutirlo, estúpido —le dijo mientras se acercaba con la intención de picoteárselo—. ¿No entiende que esta es su fantasía debido a la falta de calmantes, agua y alimentos? ¿Qué más da un ojo más o menos? Vamos, digo yo —terminó, observándolo como aquel que mira a un demente.

—¿Quiere usted decirme, Sr. Negro, que no me dolerá y que seguiré

viendo por el que me quede?

—¡*Craaa!* Por supuesto —contestó un impaciente y hambriento cuervo.

—¡Ay, ay, maldito cuervo, cómo duele! —gritó mientras se llevaba las manos a la cara, sujetándose el nervio óptico, que colgaba de su cuenca vacía, en una acción inútil por mitigar el tremendo y agudo dolor que le llegaba al cerebro, tal si de una descarga eléctrica se tratara—. ¡Mentiroso y malévolo pajarraco! —Sus quejas iban acompañadas de aspavientos, en un infructuoso intento de atrapar al grajo que, con graznidos y revoloteos, se burlaba de él.

Ahora, él miraba de lado, igual que el cuervo, que lo acompañaba a prudente distancia de las iras y venganzas de un cabreado Sr. Naranja.

—¡*Craaa!* Lo prometido es deuda, amigo; lo llevaré junto a su Eva.

—¡Más le vale, pajarraco! —Amenazó con el puño.

—¡*Craaa!* Cuide ese lenguaje, amigo... —contestó, burlón, mientras lo bombardeaba con sus heces líquidas y blanquecinas.

—¡Lo atraparé! —gritó, mientras corría de lado para percibir mejor con su único ojo, intentando sin éxito agarrar al escurridizo bicho.

Aunque el Sr. Naranja no lo sabía, el cuervo lo estaba conduciendo por el sendero que llevaba al frondoso bosque.

Conforme iban caminando entre los pinos, se vislumbró una gran mansión rodeada de un cuidado parterre. En la mente del esclavo, en lugar del edificio, se construyó una enorme tarta de chocolate negro montada con una exquisita nata, tan blanca que parecía que hubiera caído una copiosa nevada encima del aparente rico cacao. Eran tan grandes el hambre y la sed que no consiguió saciarse; fue corriendo todo lo aprisa que sus piernas le permitieron hacia el grandioso pastel.

El cuervo, que lo seguía revoloteando a prudente distancia, se metió por una de las ventanas. Antes graznó ante el estúpido comportamiento del Sr. Naranja, que se estrelló contra el muro de la mansión de cabeza, que no era

tan dura, como si se tratara de un torpedo. Tambaleante, aturdido y echando pestes por la boca, a duras penas se incorporó y avanzó hacia lo que parecía la entrada del caserón. Un cartel en el dintel anunciaba el nombre del ocupante. El esclavo accionó el picaporte para entrar, pero el portón estaba cerrado. A la sazón, observó que disponía de una aldaba mano de Fátima de hierro fundido. Tomó el llamador y lo golpeó enérgicamente. El sonido retumbó por lo que se intuía que se trataba de una gran sala.

Nadie le abrió. Pasó el tiempo y el esclavo empezó a perder la paciencia; tal que si sufriera un ataque de histeria, llamó más veces. Su obstinación le hizo seguir durante unos momentos más. Cuando parecía que se daba por vencido, se despejó la puerta como si nunca hubiera estado cerrada.

Maldiciendo su mala suerte, entró, no sin antes propinarle una fuerte patada para resarcirse de alguna manera; como era de esperar, resultó peor el remedio que la enfermedad. Un agudo dolor le vino a confirmar que su inapropiada acción la habían padecido sus dedos, que a su vez, en venganza, enseguida lo transmitieron a su cerebro a una celeridad envidiable para la tan cacareada velocidad de la luz. En estas estaba, saltando a la pata coja y con la mano libre agarrándose los y, entre ellos, el dedo gordo, que continuamente tiene la manía de ir por delante, siempre saliendo el más perjudicado.

Cuando se repuso de su, digamos, metedura de pata, advirtió con la ayuda de su único ojo un desolador panorama; no había muebles, ni tapices, ni cortinas, nada de nada. Las paredes presentaban innumerables palabras escritas en un color rojo sangre con muy mala caligrafía y, presumiblemente, anotadas con una brocha de esas que usan los mal llamados pintores de brocha gorda.

Se acercó, curioso. Entre su único ojo y la poca visibilidad del ambiente, consiguió leer el contenido principal de los grafitis. «Esclavo», grotescamente pincelado, se repetía en un incesante bucle, cubriendo las

paredes, suelos y falsos techos.

El graznido del cuervo lo despertó de su ensimismamiento. El animal se fue a posar encima de su hombro.

—¡Craaaa! Esclavo, está en la casa de su Eva.

—¡Asqueroso pajarraco, quítese de ahí! —le gritó mientras, con un movimiento de la mano, lo espantaba. El ave consiguió recuperar el vuelo, no sin antes dejarle un asqueroso recuerdo.

—¡Craaaa! Humano desagradecido —graznó, revoloteando sin cesar y esparciendo sus heces como si de un bombardero se tratara. No contento, enfiló en picado, dispuesto a picotearle el ojo que le quedaba.

—¡Alto! —la voz poderosa y autoritaria paró en seco al cuervo kamikaze que, en un movimiento digno de un experto piloto de caza, abortó su misión. Rauda, se posó sobre los hombros de Irene que, voluptuosa y vigorosa, vestida solo con una gasa transparente, bajaba por la escalinata, que no llevaba a ninguna parte.

Su aparición dejó al Sr. Naranja aturdido. Esa mujer, toda madurez, con sus curvas de infarto; sus senos culminados por unos pezones que, erguidos, parecían dos misiles a punto de dispararse; con dos redondeadas piernas coronadas por dos turgentes muslos, que se juntaban formando una maravillosa V; en el lugar más bajo de la misma, apareció un jardín ensortijado por un gran felpudo de vello color azabache. Entre la exuberante vegetación, se adivinaban unos seductores labios, anunciando la entrada húmeda de una formidable y atrayente vagina.

Se acercó con unos contoneos que de nada envidiarían a las famosas bailarinas de la danza del vientre, derramando tanta sexualidad que pronto el Sr. Naranja empezó a sentir renacer su adormecida entrepierna.

—¡Un momento! —dijo, levantando la mano—. Antes tengo que saber si se ha planteado lo siguiente. —El Sr. Naranja no salía de su asombro.

«¡Todo está bastante claro y estoy preparado para la lujuria y el sexo!, ¿a qué esperar más?, ¡no entiendo nada!».

—No se preocupe, enseguida lo comprenderá —le contestó, como si le hubiera leído la mente—. ¿Usted se ha preguntado el porqué de su existencia?

—Pues... la verdad es que no —replicó, impaciente.

—¿De verdad que no?

—¿Está usted bien? Me excita y ahora me hace unas preguntas muy raras —respondió, molesto.

—Se lo vengo a decir, ya que se cuestionará si usted nació tan guapo y tan sano, ¿para qué? ¿Para acabar de esta manera? ¿No le parece a usted cuanto menos sospechoso?

—No entiendo nada, señora. Que yo sepa, no he acabado de ninguna manera —contestó, extrañado, sin saber a dónde quería ella ir a parar.

¿Al final hubo sexo salvaje? Esta pregunta se la podríamos trasladar al cuervo. Desde lo alto y posado sobre el riel que antaño sirvió para una cortina, fue testigo directo del puro acto de copular con desenfrenada pasión. Sus ojos vivos y amarillos iban de un lado a otro, siguiendo los convulsivos movimientos de la pareja de animales en celo. El grajo ni sentía ni compartía esos juegos amorosos, pero le llamaban la atención y, por encima de todo, perseguía el ojo que le quedaba al esclavo; se movía tanto que nunca encontraba la oportunidad de picoteárselo. Por fin halló su ocasión en un momento de respiro que se tomó el desgraciado al ponerse boca arriba, mostrando su descuidado globo ocular. El pajarraco no se hizo esperar y se lanzó en picado.

—¡Aghgggggh! —gritó el desgraciado, a la vez que gesticulaba en un vano intento por quitarse al cuervo de encima, que se estaba merendando su ojo—. ¡Socorro! —consiguió a duras penas chillar entre el pánico y el dolor.

—¡Alto allí, Sr. Negro! —ordenó Irene, apartando al ave que, a regañadientes, no tuvo más remedio que dejar su sabroso aperitivo—. Como le estaba diciendo...

Irene, convertida en una hambrienta mantis religiosa, se incorporó. Moviéndose tal que una pantera, se acercó y lamió la cara a un ciego Sr. Naranja, que gimoteaba encogido sobre sí mismo. Empezó su particular festín... Poco a poco fue desapareciendo el esclavo, engullido por la fémina. Satisfecha y plena del semen del desgraciado, ahora se saciaba de su carne para alimentar a su futura descendencia. ¿De qué le servía, después de exprimirlo? Absolutamente para nada; bueno, sí, como comida.

El esófago, lo mismo que un tobogán, lo impulsó a modo de una bala hacia el estómago. Resultó hasta cierto punto divertido, si no fuera porque allí aterrizó en un extenso mar compuesto de ácidos estomacales y restos de alimentos. Tuvo suerte; gracias a que había trozos mal masticados, que le sirvieron como salvavidas, escapó de los jugos gástricos, que burbujeaban amenazadores a su alrededor.

La digestión siguió adelante. Lo mismo que un fuelle, el estómago se convulsionó en movimientos ondulatorios, para que se combinaran todas las comidas con los jugos. El naufrago a duras penas conseguía mantenerse. Poco a poco se fue desintegrando el resto de los nutrientes que le servían a manera de eventual balsa. Cuando ya estaba cerca su fin, se dio cuenta de que una hoja de lechuga flotaba sin ser devorada por el ácido. No se lo pensó y saltó encima de ella, justo a tiempo para no perder de vista la forma en que desaparecía su improvisada barcaza.

Su entrada en el intestino delgado auguró un descenso vertiginoso por un conducto lleno de pliegues circulares y vellosidades, que analizaban todo el alimento en busca de nutrientes. Tuvo que efectuar arriesgadas piruetas para no verse absorbido por ese vello, que se asemejaba a los tentáculos de un

calamar gigante.

Después de un viaje lleno de obstáculos y vericuetos, llegó al intestino grueso, donde los desechos se compactaban y el calor sofocante amenazaba con cocerlo vivo.

Siempre se nos dijo que no nos tragáramos los huesos de la fruta, pero en este caso, una simiente de albaricoque fue engullida por el insaciable apetito de Irene. Con suerte para él, tenía un orificio hecho por una larva. El Sr. Naranja combatió duramente, echando de su casa al gusano. Se cobijó dentro de la corroída semilla, que a la postre le sirvió para guarecerse de los ardores del intestino grueso.

A medida que se acercaba al ano a base de convulsiones, lo mismo que si estuviera pariendo, él y su grano fueron impulsados a la boca hambrienta de un inodoro. Allí flotó, combinado con los demás excrementos, papel higiénico, agua y orines.

Aún quedaba el final. Una repentina inundación acabó tragándoselo, metido en un torbellino que finalizó en un tremendo agujero negro. Menos mal que la coraza del hueso lo protegía de los envites que el líquido le ocasionaba, succionándolo a través de kilómetros y kilómetros de codos, rectas y bifurcaciones de tuberías, que parecían no tener fin.

El olor a podredumbre se le metió por la nariz y le quemó la garganta. Entre la bruma de la semiinconsciencia producida por la sed y el hambre, creyó adivinar el rostro de Irene; se le escapó, tan lejos, pero a la vez tan cerca. A cada bocanada de aire que la fémina le introducía dentro de su boca, subían y bajaban sus pulmones. La vida volvió a su corazón, que poco a poco recuperó su acompasado ritmo. Su semblante abandonó ese color tan característico de los cadáveres. Ahora, el susto del esclavo se debía a puro pasmo.

Regresó de su viaje imaginado por su mente trastornada debido al azúcar,

elemento vital para el cerebro. Su dueña, como buena entendida, se lo estaba suministrando con eficaz prontitud.

Poco a poco, fue viendo la realidad, que se le presentó con una Irene sonriente y como si nada hubiera pasado, de momento, sin las tan necesitadas pastillas para el dolor.

—¡Por favor, Irene, la medicación! —su tono sonó apremiante y solícito, casi rayando en la locura.

—Calma, amor mío, antes tienes que escucharme —le contestó con benevolencia—. Ya lo sé, soy una mala mujer por dejarte solo. Me fui para meditar. Asimismo, después de mucho tiempo y rezando que a mi vuelta todavía estuvieras vivo, llegué a la siguiente conclusión. Un hombre, por muy guapo que sea, ¿por qué no consigue enamorarse de mí? Puede que no me lo merezca. Tú estabas destinado a ser un esclavo el resto de tu vida. Yo te salvé y espero, aunque solamente sea por agradecimiento, que llegues a quererme como yo te quiero a ti. Difícil parece, ya lo sé, por eso he decidido volver y seguir luchando por nuestro cariño.

«¡Vale, hija de la gran puta, y por poco me matas!», se gritó, mientras intentaba disimular todo el odio que sentía, pero la necesitaba... Hizo de tripas corazón y, poniendo cara de perro apaleado, le contestó:

—Vale, pero antes dame por lo menos una... ¡Este dolor es horrible! —terminó con una mueca de disgusto, con la esperanza de otorgar más verosimilitud a su sufrimiento.

—Descuida, te daré tu medicación; pero antes realizarás algo.

Dicho y hecho. Rauda, desapareció, dejándolo con su padecimiento. En los minutos que prosiguieron hasta que volvió con una caja entera de calmantes, al Sr. Naranja le dio tiempo para preguntarse: «¿Acaso no es más sencillo enamorarse de una puñetera vez y terminar con este suplicio?». Ahora, el dolor lo reconcomía por dentro como una rata royéndole las

entrañas. Él nunca albergó la necesidad de demostrar a una mujer ningún sentimiento que verdaderamente no experimentase. «¿Conseguiré seguir con el paripé? O, de lo contrario, ¿se dará cuenta y será peor?». Con estas cuestiones afrontó su sufrimiento y su incertidumbre.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer? —contestó, derrotado, pero sabiendo a ciencia cierta lo que la fémina deseaba.

—Dime que me quieres, pero de verdad, que te salga del corazón — recalcó la última palabra.

El Sr. Naranja estuvo unos segundos dudando; la necesitaba. Dentro de su fuero interno, algo le impedía mentir como un bellaco. A estas alturas, hacerse el remilgado era hartamente contraproducente, pero no pudo... e Irene se impacientaba. La metamorfosis llegó a tal extremo que la cara del esclavo cambió de un tono rosado a uno rojo y morado.

—¡Está bien! ¿Es esto lo que anhelas? —le gritó, señalándole los calmantes.

—Sí..., sí... —consiguió balbucear el esclavo, cuyos ojos se le iban detrás de las pastillas.

Al momento, hecha un basilisco, se marchó con un portazo, dejándoselas a una segura distancia; él, en su estado, no podía alcanzarlas a menos que corriera el peligro de caerse de la cama. Desde luego, aquello le reportaría más dolor todavía, amén de romperse algo más. Oyó que, en la habitación adyacente, la mujer trasteaba en busca de algo, que en su mente interpretó como una escopeta o cualquier arma que acabara con su desgraciada vida.

Mientras estaba pensando que aquellos minutos resultarían los últimos de su existencia, Irene, de golpe y porrazo, se presentó delante de él armada con un martillo en la mano derecha. Lo movió como si fuera un indio con su terrible *Tomahawk*, dispuesta a cortarle la cabellera. Cuando ya estaba rezando a todos los dioses habidos y por haber, Irene, en lugar de machacarle

la cabeza, se acercó a la caja de medicamentos, los sacó de su envoltorio y los dispuso encima de la mesita de noche.

—¿Me quieres? —dijo, mientras alzaba el martillo, mirándolo fijamente en busca de una respuesta afirmativa. Como vio que dudaba, asestó un martillazo a la pobre pastilla, convirtiéndola en polvo.

—¡Nooooooooo, por favor! —gritó con los ojos fuera de su órbita.

—Tú verás lo que haces. Puedo estar aquí machacándolas o te las introduzco en la boca —añadió, amenazándolo con el martillo. Con la zurda, le enseñó un vaso medio lleno de agua con un par de comprimidos, que se estaban diluyendo como dos cubitos de hielo.

«¡Muy bien, bruja, te daré lo que quieres, y si se necesita, te haré el amor de tal manera que te dejaré escaldada!». El esclavo anhelaba sobrevivir a toda costa, pero no era él. La necesidad nos impulsa a comentar muchas tonterías y siempre es bueno recordar el viejo y sabio refrán: «Nunca digas de esta agua no beberé».

De la manera que pudo, se incorporó y, aprovechando que la señora estaba sentada en la cama, le dio un beso fugaz y tímido en la mejilla. La verdad es que resultó un acto pueril y hasta cierto punto poseía ese encanto del amor adolescente que asoma por primera vez; eso pensó la mujer, que no advirtió la cara de asco que puso el Sr. Naranja. Este procuró disimular y tuvo suerte; si se hubiera precipitado encima de ella en un exagerado movimiento de un *latin lover*, de seguro que la enamoradiza Irene sospecharía y, por consiguiente, se quedaría sin su toma de calmantes. Pero muchas veces nos sale algo totalmente inesperado e involuntario para nuestro plan maestro. Sin embargo, hay que reconocer que la mayoría de las ocasiones queremos decir o realizar otra cosa. Como consecuencia, el esclavo disfrutó de su dosis, aunque no se la mereciera.

CAPÍTULO 6

Cuando despertó de su bendito sueño, el esclavo, ayudado por las pastillas y sin ningún asomo de arrepentimiento por su cobarde actitud, todavía bajo sus efectos, se dejó llevar por el aturdimiento que, en su benigna benevolencia, le atontó los sentidos.

A continuación, algo más despejado, miró a su alrededor, comprobando que todavía se hallaba en su particular infierno. Estaba sentada a su lado y a su misma altura la solícita y enamorada Irene. La señora lo tenía asido de las manos, en un claro signo de encandilada esposa; para ella, en su mente ya estaban casados y lo que el sufrimiento unió jamás mortal alguno lo desharía.

Con todo el cariño del mundo en el que estaba cualificada, la enamorada loca, la susodicha chiflada se hallaba dándole de comer una sopa que ninguno de nosotros tendríamos el valor de consumir, a menos que estuviéramos en manos de esta mujer. Ella no admitía queja alguna y menos de su succulento (según ella) caldo de pollo, que sería apto para resucitar a un muerto.

Por cierto, ella se encargó de aclararle muy bien su nueva condición de hombre casado. Naturalmente, no era plan de dejarse besar por el primero que pasara sin el consabido rito religioso. A las claras, en su mente, se había efectuado con todo el boato y que a nadie se le ocurriera contradecirla, so pena de acabar con la cabeza machacada por el martillo; fue construido para otros menesteres, pero en este caso constituía la alianza que cualquier esposo que se precie luce en su dedo anular.

Fue pasando el tiempo y todo llega, hasta la mejoría más inesperada. El Sr. Naranja, bajo los mimos y cuidados de la loca, recuperó poco a poco su salud.

Una nueva escena se nos presentó aquella mañana de primavera. El

esclavo estaba cómodamente tumbado en la cama. Entre los dos había nacido el amor (forzado, pero pasión al fin y al cabo. ¿Cuántos matrimonio fingen sin obligación alguna?) y, con ello, sus relaciones estaban a flor de piel, como una pareja de recién casados disfrutando de su luna de miel.

La noche anterior, hubo el consabido revolcón y el Sr. Naranja se encontraba cansado, pero saciado de alguna manera, aunque obligado por los acontecimientos (desgraciadamente, los varones somos capaces de llegar al orgasmo sin amor, aspecto en el que las mujeres se muestran mucho más sinceras; será objeto de la reproducción, digo yo). Haciendo hincapié en esta circunstancia, seguiré con la narración. El susodicho estaba mirando a través de la ventana cómo transcurría el tiempo; la nieve empezó a derretirse, los animales buscaban su pareja y todo parecía discurrir por los cauces normales de una historia romántica.

Al momento y sin previo aviso, entró Irene con una mordaza y una cuerda.

—Buenos días, amor —dijo el esclavo, haciendo caso omiso a la rara interrupción y obviando la cara sofocada de la fémina. Rauda, se acercó a él, comentando:

—Chitón.

Acto seguido y tal que si realizara esto todos los días, lo amordazó y maniató, lo mismo que si fuera un vulgar salchichón. El Sr. Naranja, con los ojos desorbitados en espera de una explicación, había supuesto que el amor bastaría para eludir cualquier falta de confianza.

—¡Mira afuera y te darás cuenta del porqué de mis temores!

El esclavo, a duras penas, echó el ojo a la ventana; advirtió un automóvil, que aparcó enfrente de la entrada de la casa. Del auto bajó un señor pulcramente vestido que se asemejaba a un inoportuno vendedor de libros o algo peor: un salvador de almas, dispuesto a convencernos de la oportunidad de escaparnos de un hipotético Infierno, que solo está en sus cabezas.

Irene pronto lo sacaría de dudas. Le indicó que guardara silencio, aunque resultó del todo inútil. Maniatado y amordazado como estaba, dudo de que pudiera avisar a nadie. La fémina, satisfecha por sus conocimientos en cuestión de nudos marineros, salió rauda a recibir a tan inoportuna visita. Desde su posición, el Sr. Naranja testificó el encuentro entre el supuesto vendedor y la mujer, que gesticulaba en lo que se asemejaba a una ardua discusión.

Al cabo de los pocos minutos, el susodicho, muy aireado, se subió al auto y desapareció entre una nube de polvo, que dejó a las claras que se había ido muy enfadado. Irene, a grandes zancadas y visiblemente aireada, entró de nuevo en la habitación como si se fuera a encontrar al mismísimo diablo dentro. Pero no, allí estaba el Sr. Naranja, acojonado por el cambio de humor tan repentino de su Julieta; ella había pasado del amor más empalagoso a un estado alterado, que le hizo temer lo peor.

—¡Será posible el cantamañanas este! —dijo muy nerviosa, mientras desataba al salchichón—. ¡Llamarme a mí ladrona, habrase visto tanta desfachatez! —No paraba de gesticular y resoplar como un toro bravo. Simultáneamente, el desgraciado se hizo cada vez más pequeño, en un vano intento de pasar inadvertido.

—Bueno..., la verdad..., algo de razón sí tiene. ¿Recuerdas lo que antes fui? —comentó el Sr. Naranja con la boca pequeña.

—¡Claro que sí! —respondió, ofendida—. Por eso eres mío y nada más que mío. Yo te creé y nunca te devolveré. ¡Antes muerta! —remachó, muy indignada.

—¿Dónde está el problema? —preguntó, haciendo piña con la fémina.

—¿No te das cuenta de que, si se entera de que estás aquí, se te llevarán y te reprogramarán? Terminarás como un ser vegetativo.

—La verdad, no quisiera volver a ser como antes —respondió en tono

lastimero.

—Tranquilo, no lo permitiré —sentenció.

—Y si me llega a conocer, por supuesto, le diremos que soy tu nuevo compañero. Ahora puedo engañarlo, soy otro...

—Sí, pero tu cara no —le contestó a modo de advertencia.

—Me parece bien, ya sabes que haría cualquier tarea por ti —no hablaba él, en realidad, sino su instinto de supervivencia.

La fémina le correspondió con un gesto de tierno amor. Se acercó, rozándole los labios en un reprimido intento de besarlo. El Sr. Naranja tuvo que realizar verdaderos esfuerzos por contener sus ganas de vomitar por el hedor que emanaba toda su persona. La culpable era su ardiente pasión, que la mantenía tan absorta que se olvidaba de su higiene personal.

Cariñosamente, se apartó y se plantó delante de él cuán grande era, o eso le parecía desde su posición. Al fin estuvo a una distancia en la que sus efluvios se tornaron más soportables.

—¿Sabes que te amo? —más que una pregunta, se trataba de una advertencia, como aquel que diría: «Si no lo sabes, entérate por la cuenta que te trae».

El tiempo fue pasando. El Sr. Naranja estaba muy recuperado, tanto que procuraba que la fémina no se diera cuenta. Las muletas que con considerable cariño le había proporcionado su amada ya no realizaban función alguna, a menos que le ayudaran a pasar por un lisiado, que era lo que él pretendía.

¿Le tenía miedo? Desde luego que sí. Irene, en su delirio amoroso, no admitía ni la más mínima traición y, por descontado, ni siquiera de quien a su juicio le debía la vida y, si me apuran ustedes, incluso el alma. Ella no era de las que «hasta que la muerte nos separe», iba más allá. Se hallaba convencida de que, en una anterior existencia, ya habían formado una pareja y la

siguiente sería una continuación.

Aquella mañana, el tiempo plomizo y lluvioso anunció tormenta en la cabeza de Irene, que entró en la habitación de un sorprendido Sr. Naranja. Halló a este inmerso en su habitual sueño erótico mañanero. El pasmado susodicho a duras penas consiguió disimular el bulto de su entrepierna que, como un *alien*, intentaba salir, y no precisamente para devorar a ningún incauto. Su dueña no estaba para estos detalles y, con una cara de perros que asustaría al más pintado, le dijo:

—Sufro un horrible dolor de cabeza.

—Pero ¿qué te pasa, amor mío? —preguntó sin convicción, rezando para que ella no contestara. ¿Qué esperaba de una enamorada cuyo presunto amado se interesaba por su salud?

—La culpa la tiene este tiempo. Estas pesadas nubes tan cerca del suelo me oprimen, dándome la sensación de que me ahogo. Necesito salir, huir..., o me volveré loca.

—Tómame algún analgésico o cualquier remedio que te calme —aconsejó, deseando que se tragara un bote entero y que reventara de una vez.

—No puedo, es superior a mí. Mira —le dijo, cambiando de conversación a la vez que abría la mano, enseñándole lo que guardaba en ella.

Se trataba de una pobre e inerte avecita sin plumas que, sin duda, se habría caído de su nido o la había tirado alguno de sus hermanos en un acto de pura supervivencia. De esta manera, los que quedaban tocaban a más ración, que sus abnegados padres regurgitaban en sus abiertos y tiernos picos. El Sr. Naranja no entendió nada. ¿Qué había de semejanza entre el desgraciado pajarito y su dolor de cabeza? Para Irene, lo era todo.

—Resultó su destino. Si no cabía en el nido, la naturaleza hizo el resto para salvar a sus hermanos. ¿Quién no te dice que, gracias al sacrificio de

uno, se salven otros? —intentó calmarla, no era plan que desapareciera; todavía la necesitaba.

—De ninguna manera me convences. Este pequeñín tenía tanto derecho como los demás a sobrevivir. Mírate tú... ¿Qué tendría que haber hecho contigo, tirarte del nido? ¿De este modo me salvaría yo?

—¿Salvarte tú de qué? —la interrumpió el Sr. Naranja.

Irene lo miró de arriba abajo, pasándole el escáner y deduciendo con cara de desilusión que quizá su amado mereciera ser echado del nido. Avanzó hacia él con la faz roja de ira. El esclavo temió lo peor. Ella se paró a muy poca distancia, tanto que el Sr. Naranja olió el hedor de su aliento al reciente desayuno, que fermentaba dentro de su estómago. Amenazando con el puño en alto, empezó con una batería de reproches:

—¿De qué va a ser? —No esperó respuesta, con la mirada fija en un acojonado Sr. Naranja, que dentro de su ser se hallaba dispuesto a salir corriendo y a tirar por la borda su estrategia de falso tullido—. ¡De tu amor, que me tiene aprisionada! No puedo dormir, te necesito a todas horas, todos mis pensamientos son para ti. ¡De eso me quiero librar! ¿Te parece poco? — El esclavo no acertó a articular palabra alguna; estaba paralizado, lo mismo que un ratón que se queda quieto con la esperanza de que el gato se canse de él.

Por fin se dio por satisfecha, se giró, salió de la casa, puso en marcha el auto y una nube de polvo fue toda la despedida que dejó al ratoncito.

Comprobando lo inevitable de la situación, el Sr. Naranja, ante la ausencia de su guardiana, se levantó, dispuesto a recorrer la morada en busca de bebidas y alimentos. No le resultó muy difícil encontrarlos, si bien la vivienda presentaba una descuidada higiene. En la despensa de la cocina, estaba todo lo necesario para pasar algunas jornadas, con independencia de si su carcelera aparecía o no. Por lo menos, de momento.

También se le cruzó por la cabeza la idea de salir huyendo de allí, pero todavía no tenía las suficientes fuerzas para escapar de tan recóndito lugar; sería una locura sin ningún aparato de locomoción, y encima, con este tiempo tan inestable. Así que entre procurarse el alimento, algo de ejercicio y la lectura de la que disponía la casa, aunque fuera de la consabida literatura para damas aburridas, consiguió aguantar dentro de lo normal tres o cuatro días. La barriga llena y el estudio no resultaron bastante y pronto acabaron en una tediosa estancia en este, digamos, hotel del amor en el corazón de tan exuberante vegetación.

Deambuló por la casa en busca de algo de entretenimiento que no fuera observar a las arañas tejiendo sus telarañas y a las hormigas, que tan arduamente recogían su alimento. Se dio cuenta de que, en el hueco de la escalera, una puerta lo invitaba a explorar la entrada de un sótano. En todo caso, dentro de su mente, constituía la posibilidad de encontrar algún escondido tesoro o (¿por qué no?) algún secreto que Irene guardara con recelo. Ante la morbosidad, no se lo pensó dos veces y, acto seguido, bajó los escalones, que lo llevaron al bajo mundo oscuro y húmedo de la cabaña.

CAPÍTULO 7

El Sr. Ramírez estaba al borde de un infarto. Ahora se acordó de los consejos de su médico: dejar de fumar, no comer grasas y practicar ejercicio. «¡Ya está aquí otra vez!», se gritó con terror entre el sudor, el hambre, la sed, rodeado de sus propios excrementos, casi ciego por los coágulos de sangre que le colgaban de su cabeza y el terror al sonido de pisadas por la escalera del sótano. Todo se le agolpó, estallando dentro de su mente. Lamentarse de poco le servía, se hallaba encadenado como un perro rabioso. Apenas disponía de una raída manta a modo de colchón. Al suponer que descendía su carcelera, se quedó quieto, con la respiración contenida y con la esperanza de que la chiflada pasara de largo.

Al Sr. Naranja solo le faltaban unos segundos para llegar hasta él. Al Sr. Ramírez no se le ocurrió mejor forma de sufrir más todavía que recordar con horror el encontronazo con la furiosa clienta. Se había presentado para reclamar un producto defectuoso, explicándole que tenía la orden, una vez devuelto, de reemplazarlo por otro de similares características. No acababa de comprender la furia con la que Irene lo había tratado. Después de negarle que poseyera dicho artículo, la emprendió con él, confinándolo en esa mazmorra. ¿Dónde estuvo el fallo?

En su mente, intentó reparar la metedura de pata antes de que la loca le hiciera algo peor que tenerlo atado lo mismo que un animal. Algunas veces, si bien parece de masoquistas, tendemos a recordar nuestros fallos; el desgraciado, en lugar de buscar la manera de defenderse o salir de este atolladero, inventó una explicación a la malograda misión que sus superiores le habían encomendado. ¿Disponía de algunos instantes? Eso no era lo importante... Lo primordial consistía en asegurarse de no cometer un idéntico error, aunque no hubiera una segunda oportunidad de volver a meter

la pata.

El día en que apareció delante de la casa de Irene, estuvo dando vueltas por el pueblo cercano, indagando con la información que la alcahueta de la vecina de Irene le había proporcionado. Luego de varias pesquisas, consiguió averiguar que esta mujer no tenía muy buena prensa, lo cual lo había puesto sobre aviso. Pero no, confió demasiado en su don de gentes y en su gran experiencia. Primera equivocación.

Luego, reparando en la reacción de la clienta y analizando la contrariedad, se convenció de que había mentido igual que respiraba. No se atrevió a disposiciones más drásticas, como avisar a las autoridades concernientes a las leyes del comercio de esclavos. Estas no se prestaban a ninguna confusión, estaban muy claras y siempre a favor de los, digamos, comerciantes. Si se decidiera a delatarla, habría tenido que rellenar unos interminables informes. El asunto suponía un trabajo extra burocrático. Tampoco quería que sus superiores se enteraran de la drástica medida, puesto que las pruebas indicaban que había fracasado y eso crearía un borrón en su historial, que hasta la fecha era intachable. Por consiguiente, este se trataba del segundo error: no atajar el problema de raíz. La peor equivocación de todas lo mortificaba de tal modo que para él parecía poco el castigo que estaba sufriendo. Paradójico, ya que cada uno se sanciona a su manera.

No se le ocurrió nada menos que rescatar a su mercancía él mismo sin ayuda de nadie, pero no contó con lo que tenía que haber contado desde un principio. Al espiar a la pareja, desveló que más bien parecían un matrimonio y no un ama con su esclavo. No dio importancia a esta cuestión, quizá se preguntó si estarían haciendo algún paripé para entretener a la dueña y esta jugaría a papás y mamás con el cautivo. Se imaginó de todo, a excepción de lo evidente.

¿Qué le costó que Irene lo sorprendiera merodeando por los alrededores de

la casa? Armada con una plancha y aprovechando su exceso de confianza, le asestó un golpe en la cabeza que lo mandó a la inconsciencia. ¿Por qué no lo remató y luego lo enterró en su vasto jardín? Habría resultado un crimen casi perfecto, ya que, en su afán de hacerlo todo solo, nadie sabía que había ido a ese recóndito lugar. Si por alguna de aquellas le siguieran la pista, tiempo tendría la loca para desaparecer del mapa. La verdad es que no encontraba respuesta a esa pregunta.

Conforme avanzaba, el Sr. Naranja consiguió, gracias a las claraboyas a ras del suelo del jardín, que disponían de cristales traslúcidos que dejaban pasar una tenue luz, acostumbrarse a la penumbra que reinaba dentro del sótano. Advirtió una forma parecida a la de un hombre, que estaba atado y temeroso. El mismo intentó apretarse contra la pared detrás de él, aplastándose todo lo que pudo, como un camaleón en su afán de camuflaje.

—¡Dios mío! —exclamó el Sr. Naranja—. ¿Qué le ha ocurrido? —siguió declamando, a la vez que se acercó, dispuesto a ayudar.

—¡No..., por favor, no me haga daño! —suplicó el reo, pensando que había llegado su final.

—Tranquílcese, buen hombre, ni se me había pasado por la cabeza. Soy gente de paz —le dijo, mientras se esforzaba por desatarlo.

—¿Cómo? Pero usted no es... —se entrecortó al observar al esclavo que, sin duda, había relacionado con su mercancía.

—Descuide, lo ayudaré. ¿Pero qué ha pasado, quién lo ha atado? —preguntó el Sr. Naranja. Ya intuía a la causante, pero algo en su mente se resistió a caer con la evidencia de su propio peso.

Después de darle agua y comida, el Sr. Naranja lo miró con cierta curiosidad. No se había preocupado en absoluto de la posible vuelta de Irene, que de seguro estaría retirada en algún lugar, donde se refugiaría de sus propios demonios. «Todos los locos tienen un sitio donde se sienten

seguros», se tranquilizó.

Observando al Sr. Ramírez, se dio cuenta de una cosa: de que todos, en un momento dado, nos acercamos al mundo animal. Aunque las circunstancias del mismo no le eran favorables, el instinto de supervivencia lo convertía en un igual respecto al esclavo, con la única diferencia de su estatus social.

Cuando tuvo la barriga llena, quedó aseado y lució ropa limpia, su mente empezó a pensar que quizá no fuera este señor la mercancía que buscaba. En absoluto pudo discernir que el hombre que lo cuidaba con tanto esmero se trataba de un cautivo. Nunca en su dilatada carrera conoció caso alguno en el que se revirtiera la operación que con tanta pericia se aplicaba a estos desgraciados.

El tiempo y los cuidados del Sr. Naranja fueron curando las heridas del Sr. Ramírez. Un caso curioso, si tenemos en cuenta la brecha social que había entre ambos. La convivencia de estos dos señores, abocados a un confinamiento obligado, fundó una entrañable amistad, que derivó en una relación de auténticos camaradas, unidos por la adversidad de verse privados de su libertad.

Podían escapar, pero la salud todavía no los acompañaba. El auto del director estaba concienzudamente averiado por una Irene metida a mecánico de los malos; arrancar los cables y pinchar las ruedas no se consideraba labor de una experta. Ahora, la falta de teléfono, el inestable clima y lo aislado del lugar hicieron el resto, como si unos altos e inexpugnables muros se alzaran delante de ellos. ¿Conseguirían ponerse bien antes de que apareciera su carcelera?

Mientras la pareja, avenida por las adversas circunstancias, se lamía las heridas, Irene reflexionaba sobre su vida, el sexo de los ángeles y otras majaderías propias de personas desequilibradas.

El lugar, aunque no era de su propiedad, resultaba tan inhóspito que nadie

en su sano juicio se atrevería a molestarla. Estando todavía casada, en una de sus frecuentes huidas, lo descubrió. Todo indicaba que antaño fungió como refugio de pastores, que desaparecieron con el tiempo. Aquel escondite le proporcionó la paz que necesitaba para escapar de su aburrido matrimonio, con la excusa muy socorrida a la que más de una mujer ha recurrido para romper su rutina habitual. Solía ir de vez en cuando, que era más veces que cuando. Si al marido se le ocurría preguntar, la respuesta se mostraba bien sencilla: la tan cacareada menstruación era la culpable de sus habituales jaquecas un mes sí y otro también.

Bueno, pues resumiendo, se trataba de una destartalada cabaña de madera, rodeada de un agreste paisaje al que se ascendía caminando por un pedregal, luego de dejar el auto a un par de kilómetros más abajo, en un claro del bosque lo suficientemente plano para estacionar.

La vida que llevaba era muy modesta; se alimentaba de frutos del campo, de los tubérculos salvajes y raíces, que arrancaba del suelo con la ayuda de un machete, regalo de su difunto marido. Su despensa de carne estaba provista de pequeños animales, que tuvieron la desgracia de caer en sus trampas; el agua era un bien que abundaba, ya que un pequeño manantial nacía muy cerca de la cabaña. Para prepararlo todo, no sufría problema alguno; la multitud de ramas secas arrancadas a los pinos por un viento incansable la proveía de suficiente combustible para cocinar y calentarse en el hogar de piedra, lo único sólido de lo que disponía la destartalada choza. No había cuarto de aseo, así que sus necesidades fisiológicas se aliviaban en plena naturaleza y a las caprichosas corrientes de aire, que le tenían el trasero helado.

Carecía de habitaciones. Una vasta estancia era el único habitáculo; tampoco tenía cocina. Los alimentos los preparaba en una gran olla con el culo ennegrecido, que colgaba de un gancho de hierro dispuesto sobre el

fuego. Dormía encima de un camastro a ras del suelo, recubierto de pieles viejas que hacían la vez de colchón y ropa de abrigo.

Las noches duraban una eternidad, y los días, un suspiro. Se acostaba al anochecer y se despertaba al alba. Luego de sus abluciones mañaneras, revisar las trampas, recoger los frutos y aprovisionarse de agua, se encerraba y, arrodillada, rezaba ante una especie de altar, en el que había una cruz de madera y una imagen de un extraño material que representaba a una supuesta Virgen. La había encontrado semienterrada y sujeta por la mano de algún infeliz que murió sosteniéndola, tal si su intención fuera mostrarla a cualquiera que pasara por allí.

En un acto de compasión hacia ese despojo, lo desenterró y se apropió de la figura, pero antes, como buena cristiana, cavó algo más para que cupiera el desgraciado. Los pocos rasgos reconocibles le indicaron que algo raro había en él, pero como ese encuentro para ella fue lo mismo que un milagro, su devoción traspasó los límites de cualquier entendimiento normal; bastaría con pensar que no dejaba de ser una macabra curiosidad antes que dedicarle un asomo milagroso a tan peculiar figurilla.

Desde ese día, le dedicó sus rezos y sus peticiones para que el Sr. Naranja se recuperara y que, a su vuelta, no se lo encontrara muerto de hambre y de sed. «Bueno, la Santa proveerá», se autoconvenció. «¿Y el individuo que tengo maniatado en el sótano?», se interrogó, sin encontrar respuesta que calmara su conciencia. «Tal vez consiga desatarse, ¿no?», pero no, ella dedujo que debió haberlo matado. «¿Para qué lo mantuve vivo?», siguió martirizándose. «¡El cariño!, sí, esa locura de amor, que me cambia. Ojalá se muera de una puñetera vez y a lo mejor de esa manera rompo los lazos que me atan a él». Mientras se torturaba con ese odio que no afloraba, se daba golpes en el pecho a modo de compensar el dolor que le producía la morriña de verse sin su amado Adonis.

En absoluto le importaba el Sr. Ramírez, que constituyó un daño colateral, pero sí se preocupaba de su esclavo, aunque había permitido que el destino decidiera sobre su futuro.

Aquella noche, como todas, se retiró en cuanto se escondió el Astro Rey. Aunque no lo parezca y todos pensemos que hay paz y silencio en el bosque, nada de eso. La oscuridad es el momento en que un sinfín de animales salen a cazar a otros despistados, que a su vez intentan comerse a los atontados más abajo en la cadena alimentaria. Irene, a falta de grandes depredadores, se encontraba en la cúspide de ese eslabón y podía estar muy tranquila, pero no en el lugar de los seres más inteligentes.

Avanzada la noche, nuestra protagonista imaginó que estaba montando a su Adonis y, a gritos, demostró cuánto placer experimentaba encima de su cabalgadura.

De repente, un molesto sonido le estropeó el descanso. Era un zumbido muy parecido al que hacen esos transformadores que convierten la luz de alta tensión en media tensión. Ese fastidioso chirrido que se le metió tanto en su sueño que se confundió con sus jadeos. Curiosa, malhumorada y temerosa, se levantó. Sorprendida, se dio cuenta de que era tanta la claridad que iluminaba su estancia que parecía de día, cuando el sol se hallaba en todo su apogeo y entraba a raudales por el único ventanal del que disponía la cabaña.

La puerta se abrió y aparecieron un par de seres de baja estatura, cabeza grande y piel de una tonalidad grisácea. Sus cuerpos estaban cubiertos por una especie de vestimentas ajustadas, donde no se adivinaban cierres ni cremalleras. Semejaba lo mismo que si estuvieran embutidos dentro de una sola pieza.

Los enanos cabezones, ya que no se les podía llamar de otra manera, emitían chillidos y chirridos. Al parecer, se trataba de su jerga. Irene no comprendió nada; si estos seres querían interactuar con ella, habían

empezado con mal pie... Los susodichos, al advertir que no se hacían entender, dejaron de comunicarse en su idioma y empezaron a hablar no por vía mental, sino por un medio algo más primitivo, bajando al nivel de la mujer. Se refirieron a ella en su lenguaje, algo peculiar, ya que la fémina creyó reconocer en la voz a su actor favorito de las telenovelas. Asimismo, mostró acento sudamericano y comenzó a darle órdenes:

—¡Siéntese! —Los enanos cabezones se situaron a ambos lados y, tomándola de los brazos, la ayudaron, por si se hacía la remolona—. No tiene por qué asustarse —siguió hablando—, ya que no pensamos provocarle daño alguno. Por favor, quédese tranquila, pues solo le aplicaremos unas pruebas.

—¿Cómo que unas pruebas? —respondió, muy extrañada.

—Sí, nos llegaron noticias de usted, que demuestran que dispone de un gran corazón. Ese amor ha alcanzado los confines del universo. Somos exploradores y en nuestro mundo nuestros hermanos se mueren por la falta de cariño.

A Irene todo aquello le pareció una locura. ¿Sería una broma, alguna cámara oculta? Nadie sabía que se hallaba ahí, ¿de dónde habían salido esos engendros?

La transportaron en volandas hacia las afueras de la cabaña, donde una curiosa nave de color rosa y con forma de corazón la estaba esperando, lo mismo que si fueran a recogerla el día de San Valentín para llevársela a algún lugar idílico. En cuanto fue introducida en la misma, la aseguraron con un cinturón, que la dejó bien sujeta a una especie de silla que se sostenía a una altura ideal, sin necesidad de patas. Irene no se podía mover.

—No es que seamos desconfiados —le dijeron al advertir su cara de sorpresa—, solo se trata de una medida de precaución. No queremos que se haga usted daño.

En un visto y no visto, abandonaron nuestra querida Tierra. La mujer captó, gracias a una especie de claraboya en forma de pirámide, que el globo terráqueo iba desapareciendo a medida que se alejaban, confundiéndose su mancha azul con la inmensidad de estrellas; con la distancia, estas formaron varias agrupaciones de color blanco.

Irene, que no tenía mordaza, podía hablar, pero por si acaso se mordió la lengua para no pedir explicaciones. Pensó que era más prudente presenciar cómo se desarrollarían los acontecimientos y, ¿quién sabe?, esperar salir lo mejor parada de todo este asunto.

Observó con enorme curiosidad cómo se continuaban innumerables planetas de diferentes formas y colores. Las esferas que pasaban ante la mujer a endiablada velocidad no eran las más frecuentes. Se sucedían muy raros y diversos mundos, que ni ella se hubiera imaginado que existieran. Uno en particular, conforme se acercaba, adquirió un gran tamaño y destacaba entre todos los demás. Tenía forma de formidable corazón; orbitando a su alrededor, varios otros de estructuras estrelladas y piramidales completaban una fantasía tal que ni siquiera la mente de un demente sería capaz de parir semejante universo.

Llegando a su destino, la nave se posó en una especie de plataforma medio derruida, llena de escombros, humeantes detritus y cadáveres chamuscados por doquier. Raudos y sorteando todos los obstáculos, la llevaron a un lugar más seguro. El nerviosismo, las prisas y la congoja afloraron en sus grandes cabezotas. Irene absorbió cuanto se le presentaba. No hacía falta ser muy despierta para adivinar que estaba en una tierra desolada por alguna guerra o conflicto que se escapaba a su entendimiento.

La metieron en un especie de cubículo de un raro metal, tan pulido que parecía de cristal. Las puertas corredizas se cerraron y, a una endiablada velocidad, se trasladaron a las seguras profundidades de este desconocido

mundo. Arriba en la lejanía, ruidos producidos por extrañas explosiones se asemejaban al bombeo de un enorme motor.

La depositaron encima de una camilla metálica, tan pulida que aparentaba acero inoxidable. Al momento, un ejército de personajes, tan pequeños y cabezones como los anteriores, se abalanzaron sobre Irene. La desnudaron; rápido, con precisión y destreza profesional, le insertaron tubos por todos sus orificios corporales. La susodicha, de muy mala gana, vio cómo su cuerpo era profanado sin ningún pudor por parte de estos seres. No sirvieron de nada sus protestas. Los mismos dejaron a las claras que el fin que perseguían resultaba de vital importancia para ellos.

—Es absolutamente necesario para salvar a nuestro pueblo que averigüemos de dónde proviene ese amor del que usted se beneficia —afirmó con un tono muy seco el que llevaba la voz cantante.

—Me parece estupendo, pero por lo menos podían haberme pedido permiso —respondió, muy airada.

—¿Pide permiso el granjero cuando quita los huevos a la gallina, pide autorización al carnero al sacrificarlo para alimentarse? —preguntó el ser, muy resuelto.

—Desde luego que no. Dios creó a los animales para servirnos de ellos —replicó Irene, muy redicha.

—Usted misma se ha contestado —dejó caer como si fuera un obús.

—¡De eso nada, nosotros somos animales racionales! —gritó Irene.

—Lo que usted quiera, pero nosotros estamos más evolucionados —remachó el ser.

—Me parece estupendo, pero se olvida de un pequeño detalle...

Aquí hizo una pequeña pausa. Desde su posición, derrotada y atada como estaba, por un momento su ego la urdió a mostrarse contenta de estar ligada, llena de tubos y tumbada a merced de sus secuestradores.

—Me necesitan más que yo a ustedes...

Se miraron los unos a los otros. Sus caras fueron un reflejo del pánico que cundió entre los cabezones. Al momento, la dejaron sola y se reunieron, formando un círculo. Entre los zumbidos, chasquidos, chillidos y gesticulaciones, la mujer dedujo que sus palabras habían calado hondo, como un obús que perfora el duro hormigón.

Al cabo de unos minutos de platicar entre ellos y, por lo visto, llegando a un consenso, rompieron el corro y su interlocutor se dirigió a ella en estos términos:

—¡Está bien, animal racional! —recalcó mucho la última palabra para que quedara bastante clara su inferioridad respecto a ellos—. Mis hermanos y yo hemos decidido que primero la desataremos.

—Tan adelantados, pero han tardado en darse cuenta —dijo, una vez la liberaron y consiguió incorporarse—. De todas maneras, el amor no se logra distinguir, ni tocar, ni se practican experimentos con él. Solo se puede sentir, naciendo desde el fondo de cada uno de nosotros. A menos que ustedes, al estar tan aventajados, no tengan necesidad de hacerlo emerger.

—Puede ser lo que usted dice. Nuestro pueblo nunca tuvo obligación de manifestar amor, ni siquiera hacía falta sentirlo. Nos queríamos sin ninguna clase de condición, nacíamos con esa carencia de necesidad.

—¿Entonces, qué pasó? —preguntó, curiosa y muy extrañada.

El cabezón miró a sus colegas; los demás asintieron, dándole permiso para contar los acontecimientos. Empezó a hablar de forma quejumbrosa:

—Lo que sí tenemos es un afán innato de conocimientos, por lo tanto, exploramos planetas en busca de nuevas civilizaciones. Después de buscar por esos mundos, nos topamos con la vuestra.

—Una bonita historia, pero ¿qué tengo yo que ver? —interrogó en forma de protesta.

—Esa estatuilla a la que demuestra su amor y su devoción, propia de un alma con un gran corazón, nos ha puesto en contacto con usted por medio de sus oraciones, que han vagado por el espacio hasta dar con nuestras mentes —habló con sus pequeños brazos extendidos, igual que si quisiera que sus palabras mostraran un tono solemne—. El desgraciado que la portaba en la mano era uno de nuestros exploradores. A todos, justo al nacer, nos adjudican la misma figura. Es como un talismán, un seguro de vida. Nada ni nadie tiene por qué envidiar o apoderarse de la figurita del otro. En este particular, uno de sus compañeros expedicionarios lo mató para robarle, pensando quizá que, cuantos más ídolos poseyera, más viviría. Un caso inaudito entre nosotros, y no fue el primero. Los demás, estando de viaje de regreso, se liquidaron los unos a los otros. Solo regresó uno con las estatuillas de los restantes. A su llegada, la mayoría quedamos perplejos y sin poder de reacción. El susodicho, aprovechando tal desconcierto, se fugó con las figurillas, propagando la avaricia, la envidia y la maldad por nuestro mundo. Ocasionó destrucción allá por donde pasara y contagió a su vez a terceros y así hemos terminado en esta situación, hallándonos inmersos en una guerra sin fin.

—Para nosotros, el amor no tiene relación con una estatuilla. Solo las usamos porque creemos que representan una especie de enlace para canalizar nuestra devoción y peticiones hacia un ser superior —dijo, muy seria.

La mujer no entendía cómo una simple figurita podía causar tantas desgracias. El enano cabezón pareció entender su turbación y convino en que lo mejor era convencerla. Se puso muy serio y, con mirada grave, empezó a instruir a una cada vez más confusa Irene.

—Pues para nosotros lo es todo. Si por cualquier circunstancia extravías la tuya, un cúmulo de desgracias te sobrevienen, de tal manera que incluso puedes perder la vida —sentenció.

—Entonces, con tal de no extraviarla, todo solucionado, ¿no? —preguntó

muy inocente Irene.

—No es todo tan simple —remachó, mirándola con severidad—. En este caso y después de apresar al primero que contagió a los demás, lo interrogamos y, muy a nuestro pesar, tuvimos que emplear la violencia —siguió hablando, muy avergonzado—. Nos relató los sucesos con total detalle.

En este pasaje, interrumpió su discurso, tomándose una pequeña pausa. Acto seguido, cruzó los brazos e hizo un gesto oteando al cielo; era una manera de pedir perdón o la absolución por los acontecimientos que estaban a punto de revelarse a un ser inferior.

—Por favor, póngase estas gafas de realidad virtual. Con ellas, podrá en primera persona, como si fuera nuestro hermano contaminado, vivir lo que él vivió y sufrió.

Irene, algo desconfiada, aunque la curiosidad venció sus temores, se colocó las susodichas gafas. A los pocos segundos, se le mostraron las experiencias del desgraciado, que con su voz en *off* relató lo sucedido:

—Mis compañeros y yo, como misión, teníamos asignado el descubrir nuevos mundos. Este, en particular, era tan pequeño y de un tono azul que invitaba a topar en él a individuos maravillosos. Además, ese color tan hermoso destacaba al lado de varios planetas rocosos, bañados por la luz de una estrella de mediano tamaño. Este nuevo sistema planetario nos despertó la esperanza de encontrar seres tan avanzados a nuestra imagen y semejanza, o por lo menos, si estuvieran más civilizados que nosotros, se hallasen dispuestos a enseñarnos, o de lo contrario, si somos los más evolucionados, se dejaran instruir por nuestra ciencia y sabiduría.

Todas estas palabras se combinaban con imágenes, lo mismo que si llevara una cámara captando todos sus movimientos.

—La nave se posó en un lugar rodeado de una espesa vegetación, parecida

a la nuestra, pero mucho más salvaje. Antes de aventurarnos en el entorno, hicimos nuestras comprobaciones y concluimos que poseía algunas características semejantes a nuestro mundo. Nos llenó de alegría poder hallar seres parecidos a nosotros y, con algo de suerte, con la misma evolución. Con todo este asunto, decidimos salir, espoleados por un gran optimismo por contactar con nuestros supuestos hermanos.

»Nos desilusionamos enseguida al localizar individuos animalizados, que se movían por puro instinto. Nos cuidamos de no mezclarnos con ellos, ya que se demostraban salvajes y peligrosos. Desanimados por no descubrir seres inteligentes, nos dispusimos a salir de este mundo. Entonces, yo me empeñé, en contra del criterio de mis compañeros, en que este lugar de tan bonito color tenía por fuerza que incluir a nativos acordes con el tono del planeta. Logré con mis razonamientos convencerlos a todos y reanudamos nuestra búsqueda con renovado brío. La misma trajo sus consecuencias, o eso pensaba antes, porque ahora diría que son frutos podridos, pero la realidad es la que es.

»Después de deambular por este terreno agreste y lleno de dificultades, llegamos al borde de una gran extensión, repleta de un líquido de tonos verdosos, muy parecido al que existe en nuestro planeta. A orillas del mismo, había dos sujetos. Uno estaba sentado con un artefacto entre las manos, un objeto largo y flexible. El extremo del mismo se prolongaba mediante un cable muy fino, casi transparente, y se hundía en el agua. El otro era un ser mucho más alto que el anterior y se dedicaba, bajo las órdenes del primero, a recoger lo que obtenía de las aguas. Se trataba de unos animales plateados, que se retorcían como si el aire que respiraban los ahogara, al contrario que todos los seres que hasta ahora observamos, que inspiraban sin que la atmósfera los perjudicara. El susodicho sacaba las presas enganchadas al final del hilo y, a continuación, las depositaba en un recipiente, donde los pobres

animales se debatían en agónicas arcadas.

»Conforme íbamos avanzando, los dos continuaron ensimismados en sus quehaceres. Nosotros, siguiendo la suprema ley que rige la vida de todo el universo, empezamos a emitir sonidos y signos tranquilizadores de paz y amistad, con el afán de que nuestros supuestos hermanos lo captaran. Al no recibir respuesta alguna, dedujimos que se hallaban en un estado evolutivo muy por debajo del nuestro. Nos reunimos mis compañeros y yo y decidimos que lo mejor era rebajarse a su nivel o lo más parecido posible.

»Cuando entramos en su campo de visión, el que estaba de pie pareció imperturbable a nuestra presencia, una cuestión que nos extrañó debido al horror que reflejó el rostro de su compañero. Este mismo se levantó y tiró lo que tenía entre las manos. Al advertir su confusión, que involuntariamente provocamos, los hermanos y yo intensificamos los gestos y sonidos de amistad. Ahora, todo fue en vano.

»El susodicho, preso de un ataque de pánico, huyó en dirección a una especie de artefacto de color blanco, que se asemejaba a una caja metálica. Después de introducirse en el mismo por una abertura y al término de pocos segundos, raudo salió con lo que parecía un objeto metálico alargado y de un matiz oscurecido. El miedo le hizo reaccionar de esta manera, pero no esperábamos esa hostilidad, propia de un animal salvaje. De su extremidad, salió una detonación, seguida de un espeso humo negro. El individuo, como si sufriera una convulsión y dirigiendo el artilugio hacia nosotros, repitió una y otra vez la acción, seguida de unos pequeños objetos metálicos que caían de la prolongación de su mano. A una endiablada velocidad, rebotaron en nuestros trajes de seguridad, que no estaban diseñados para estos imprevistos, ya que nosotros no conocíamos ni usábamos la violencia con ningún ser y menos con los considerados inferiores. Solo los utilizábamos por precaución, limitados a la cantidad de mundos que explorábamos, llenos de salvajes

animales y criaturas humanoides de baja evolución.

»El susodicho espécimen, al darse cuenta de su inútil tentativa de hacernos daño, se puso más histérico si cabe. Tiró con rabia y estupor el artefacto al suelo y, sin atender a nuestros ruegos de paz, raudo se metió dentro de su caja metálica. Al cabo de unos segundos, un estruendo, seguido de un asqueroso humo, salió de dicha lata. Como si estuviera poseído por malos espíritus, se marchó a la misma velocidad que el alterado dueño. Este, con cara de auténtico pavor, se divisaba entre las paredes transparentes de la máquina.

»Nuestros hermanos y yo acudimos prestos en su auxilio, pero por desgracia, debido a la prisa y el nerviosismo del ser, después de unos peligrosos virajes, se empotró en la vegetación tupida que rodeaba la gran extensión de líquido.

»Llegando a su altura, una detonación, seguida por una gran llamara, nos indicó que era imposible que el espécimen hubiera podido sobrevivir. Compungidos y afligidos por provocar tan desgraciado accidente, hicimos un coro, sintonizando nuestras mentes en un afán de ayudar a esta desgraciada alma a seguir su camino de retorno a la casa a la que todos (evolucionados y salvajes) tarde o temprano iremos.

Irene estaba abstraída, viviendo en primera persona tan desagradable escena; en ningún momento los enanos cabezones evitaron su visionado. Por lo visto, para sus secuestradores, resultaba primordial que ella pasara por dicho trance. «¡Malditos menudos, con el sonido hubiera sido más que suficiente!», gritó hacia sus adentros una asqueada y encolerizada mujer. Las imágenes le parecieron hartamente duras.

Después de haber chocado frontalmente contra un gran y robusto pino, el auto del desgraciado se consumió envuelto en llamas. Cuando por efecto del tremendo calor reventaron los cristales de las ventanillas, la señora pudo observar y hasta cierto punto sentir cómo el cadáver ennegrecido se retorció

en un baile macabro.

La voz en *off* del enano cabezón interrogado siguió resonando en los aturdidos oídos de Irene:

—Todos nos olvidamos del gigante ayudante, pero como si fuera un animal dócil, se acercó a mí. El desconcierto entre nosotros resultó brutal. Este ser no demostraba emoción alguna, semejaba un cuerpo sin capacidad y autonomía para ejercer nada por sí mismo. No sé explicarlo, pero me obedecía a mí; no sé qué vio en mi persona. Tal vez advirtió que era un poco más alto que los demás, detalle que antaño me reportó algunas burlas de mis compañeros, o debido a mi aspecto, ya que mis facciones son más finas que las de mis congéneres, fisonomía que en otro tiempo causó algún tipo de diferencias entre los de mi raza. No se trata de nada que se asemeje a las discriminaciones de otros mundos, pero sí me destaca en este de seres extraordinariamente evolucionados.

»Fue tal el apego que este sujeto me procesó que los demás decidieron que tenía que hacerme cargo de él e instruirlo en las leyes de igualdad y fraternidad de nuestro pueblo.

»Después de las desilusiones de un mundo tan hermoso, donde había seres que preferían matarse antes que recibir nuestra sabiduría y otros que parecían no albergar voluntad propia, finalmente, y muy a nuestro pesar, decidimos irnos. Recogimos los instrumentos y todos, incluido el gigantón, partimos del planeta azul.

»El viaje de regreso transcurrió con total normalidad. Mis compañeros se dedicaron a pilotar la nave y a experimentar con todas las muestras que recogimos en el planeta azul. Mis quehaceres estaban muy claros: educar a nuestro amigo, en lo que me empeñé en cuerpo y alma.

»Pasó el tiempo. Debido a mis enseñanzas y atenciones, el espécimen mejoró, pero había una barrera que no podía traspasar; siempre teníamos que

mandárselo todo, ya que por sí mismo nunca realizaba nada, a menos que se considere un avance alimentarse, ir al baño y asearse sin que nadie se lo ordenara.

»Entonces, la integridad del conjunto empezó a desmoronarse: las instrucciones recibidas en nuestras escuelas de amistad fraternal, las atenciones de amor por parte de mis hermanos y hermanas. Fue igual que un sentir de abandono total. Me hallaba desorientado, desamparado y sin saber qué preparar ni a quién recurrir. En aquel instante, todas las calamidades juntas se siguieron.

»Comenzaron al poco de yo apreciar de qué manera rebotaban mis enseñanzas. No es que ambicione la benevolencia de mis superiores. Ahora, tampoco quiero que me tengan lástima, seguiré contando toda la verdad sin ocultar nada. Fui lo mismo que todos vosotros, educado en la bondad y la inocencia de que no existía el mal; ni siquiera estaba esta palabra en nuestro vocabulario. A partir de ese momento, la conocí y experimenté en mis propias carnes todo lo que puede crear el mal en un ser tan inocente como yo y en la totalidad de nuestra raza. Me falta valor para continuar transmitiendo mis vivencias, pero sé que mi experiencia servirá a otros. No quisiera que caigan en idéntico pozo de arrepentimiento, donde me ahoga la tristeza.

Mientras las imágenes transcurrían, hubo un largo silencio de un par de minutos, seguido por una fuerte respiración. Se notaba que le costaba inspirar y exhalar, creando sensación de agotamiento. Al final, su ritmo y aliento se acompañaron y la voz volvió a dejarse oír.

—Perdón, estimados hermanos... Me siento desfallecer por la tremenda desgracia que he traído a mi pueblo, pero haciendo un gran esfuerzo, he conseguido distinguir lo trascendental de continuar con mi relato.

Se oyó cómo se aclaraba la garganta y tragaba; acto seguido, retomó la crónica de sus vivencias:

—Como os iba diciendo, mis enseñanzas empezaron a volverse en mi contra. Aparte de lo anteriormente citado, este ser estaba estancado entre dos mundos: el suyo, lleno de las órdenes que le daban vida, y el nuestro, sin ninguna clase de mandatos y que lo mantenía como si no existiera. Me apiadé de este individuo y, entonces, en lugar de seguir educándolo, desistí al suponer que vivía en la desgracia. No me di cuenta de que era innato en su naturaleza, pero a la sazón, inocente de mí y educado en la bondad, me dejé llevar por mi estado natural de ayudar a nuestros semejantes. Este espécimen, obviando que era más alto, provenía de una raza no tan diferente a la nuestra.

»Al principio, a mis camaradas de viaje les pareció algo pintoresco que yo disfrutara de horas de ocio mientras mi asistente se encargaba de mis tareas. Conforme avanzaba el reloj, advertí que yo tenía más espacio para la contemplación y el recogimiento interior. Empezaron los murmullos, rivalidades y los malos modos. Yo no entendí el comportamiento de mis compañeros. Nunca hubo el menor rastro de rencor y envidia entre nosotros. Se acrecentó el ambiente enrarecido, que me causó un profundo malestar, hasta tal punto que fue preciso que encerrara a mi ayudante antes de que alguno le hiciera daño o se apoderara de él.

»Todo resultó en vano. En un descuido, amparado por la inocencia y mi franqueza, esa malicia se propagó por toda la nave, como si fuera una epidemia desconocida para nosotros. Pronto averiguaron dónde tenía escondido a mi ayudante.

»Lo peor de todo por desgracia estaba por llegar. Ninguno sabía cómo resolver estas circunstancias. De pronto, mi asistente se hallaba sirviendo a un ajeno. Este, a su vez, lo ocultaba y, al breve tiempo, un tercero, movido por la necesidad de calmar su recién estrenada codicia, descubrió la zona donde lo escondía, que era el mismo lugar donde lo encerró el último. El raro comportamiento demostrado por la totalidad se convirtió en una situación

rocambolésca, rayando en la locura. Nadie albergaba la maldad para esconderlo en otro sitio que no fuera conocido por todos. Poco a poco, fui aprendiendo y dándome cuenta de que, si quería disponer yo solo de mi ayudante, debía proteger mi adquisición, aunque todavía conservaba la inocencia de ocultarlo en el mismo recinto. Ahora no me despegaba de él, haciendo de celoso guardián.

»El propósito fue de mal en peor: muchas veces, lo que he aprendido de todo este asunto me hace reflexionar sobre la ingenuidad y la indulgencia en la que nos criamos. ¿No sería esta nuestra perdición? Vuelvo a decir que no busco perdón ni nada parecido, pero sí he descubierto que no nos pueden educar en la bendita inocencia, sin conocer la diferencia entre la bondad y la maldad. Aclarado este punto, seguiré con mi narración.

»Estaba montando guardia para que no me quitaran a mi ayudante, pero el siguiente en querer poseerlo, ni corto ni perezoso, me ignoró y se apoderó del mismo. Yo vi cómo, delante de mis narices, se lo llevaban y al momento no supe reaccionar.

»En nuestro ADN no está contemplado desear lo ajeno o defender lo propio. Por consiguiente, me quedé a la espera, como si todavía mi preciado tesoro permaneciera a buen recaudo. Solamente me di cuenta de su pérdida en cuanto acudí a ocuparme de mi adquisición. Al encontrar el recinto vacío, entonces discurrí que algún compañero se lo había apropiado sin más.

»Fui en busca del ladrón (palabra nueva en nuestro vocabulario) y lo localicé tan tranquilo disfrutando de mi ayudante. Lo agarré del brazo; no pretendía detenerlo, simplemente, lo sujeté sin preguntarme a qué se debía mi actitud. Acto seguido, como movido por un inexplicable e inaudito movimiento extinguido en nosotros desde hace mucho tiempo, lo tomé del cuello. Con ambas manos, apreté hasta que no dio signos de vida. Mientras lo asfixiaba, mi compañero en ningún momento mostró señales de extrañeza,

temor o cualquier otro síntoma que hiciera suponer que estaba perdiendo su existencia. Al acabar, me quedé un rato observando el cadáver, tal que si se tratara de algo extraño para mí... A la sazón, decidí que lo mejor era eliminar a todos mis compañeros de viaje, de esa manera discurrí que disfrutaría yo solo de mi asistente.

»Al llegar a mi destino, pasó más de lo mismo: el odio y los instintos asesinos afloraron como un virulento virus propagándose por el aire. En poco tiempo y debido a la barbarie reinante, retrocedimos en nuestro camino evolutivo. Tanto, que ahora nos podemos comparar con cualquiera de los muchos mundos atrasados en todos sus niveles.

Conforme terminaba su relato, una sucesión de imágenes mostraron las ruinas y la desolación causadas por las luchas fratricidas entre seres de su misma especie.

—¿Y las estatuillas? —preguntó Irene.

—Muy buena pregunta —respondieron, apesadumbrados.

—¿No eran de vital importancia para ustedes? —insistió Irene.

—Como bien le dijimos, es una de las cosas más preciadas que tenemos, pero nada ni nadie ha conseguido sacarle ninguna información que nos pueda llevar a recuperarlas. Dedujimos que, como un tesoro, las ha debido de esconder. ¿Dónde? Aquí entra usted.

—¿Yo? —soltó, incrédula.

—Su amor logró reeducar a su ayudante, de la misma manera sanará a nuestro hermano y así recuperaremos las estatuillas. De nuevo la paz y la armonía reinarán en este mundo.

—La verdad... No sé... ¿Qué gano yo en todo esto? —preguntó, como dejándolo caer a ver qué pasaba.

Se quedaron mudos. En su mundo, bastaba con el puro reconocimiento de los demás y la satisfacción de advertir la cara de agradecimiento de sus

hermanos. Resultaban más que suficientes como pago o cualquier otra forma de quedarse satisfecho. Ahora, los acontecimientos estaban demoliendo los cimientos de lo conocido. Se reunieron, discutieron con siseos y silbidos. Luego de un rato de ardiente debate, Irene no entendió palabra alguna, pero por la intensidad de este, dedujo que era muy importante.

El jefe de los enanos se adelantó, diciéndole:

—Le ofrecemos lo máspreciado y codiciado de su mundo. Después de estudiaros, hemos llegado a la siguiente conclusión: todos ustedes desean vivir el máximo de tiempo posible conservando salud y juventud.

—¿Cómo es eso posible? —interrogó Irene, muy interesada.

—Tenemos los suficientes adelantos en materia de salud y podemos prometerle semejante trato —le respondieron, lo mismo que si estuvieran hablando con un ser inferior, pero modulando el tono de voz lo justo para no ofenderla más de lo necesario.

Irene se quedó pensativa durante unos segundos; ya no era joven, pero tampoco estaba tan mal y la oportunidad que se le presentaba de vivir largo tiempo disponiendo de la misma apariencia y disfrutando de buena salud la atraía. Todo aquello le pareció bastante interesante y no se preguntó cómo esos seres serían capaces de obrar semejantes prodigios.

Luego de responder afirmativamente a la propuesta de los cabezones, estos se volvieron a reunir y, después de otra ardua discusión, le dijeron muy solemnes:

—Aquí tenemos al culpable de todas nuestras desgracias.

Al terminar, señalaron una puerta bien disimulada en la blanca pared. La misma se abrió y entró un ser al que la mujer reconoció de inmediato. Al momento, todos se apartaron, dejando una distancia de seguridad entre ellos y el cautivo, que se desplazaba con esa cara inexpresiva inherente a los de su condición. Como si de un robot se tratara, se acercó y, de igual manera que si

conociera a Irene de toda la vida, se plantó delante de ella, esperando las consabidas órdenes.

— ¡Pero si es un esclavo! —exclamó, muy sorprendida.

—¿Cómo dice, ¿qué es un esclavo? —preguntaron al unísono.

—Un sujeto que no alberga voluntad propia y solo obedece órdenes de un superior —explicó, muy extrañada de que unos seres que se decían tan adelantados no supieran de las ventajas de tener uno.

—¿Nacen así? —interrogaron, curiosos.

—Desde luego que no, los operamos para quitarles toda voluntad. —Al instante de mirarse entre ellos, replicaron:

—Nos parece una aberración.

—Están ustedes equivocados, se vuelven útiles para la sociedad.

—He aquí el problema, la utilidad es un concepto que se escapa de nuestro entendimiento —contestó el jefe de los cabezones.

—¿Cómo se hicieron con él? —preguntó, muy sorprendida de comprobar que ellos también disponían de esclavos.

—¡Nos ofende su actitud, para nosotros la palabra «esclavo» resultaba hasta ahora desconocida! Se trata del individuo al que nosotros llamamos «ayudante» encontrado en su planeta y que ha sido la chispa que ha incendiado nuestro mundo.

—Los esclavos no hacen daño por sí mismos. Son como máquinas, solo obedecen órdenes. Sus dueños no saben manejarlos o bien les dan mandatos malintencionados —respondió Irene, encantada de reconocerse.

Los cabezones, ante estas frases llenas de sentido común, se reunieron de nuevo. Mientras tanto, Irene ordenó pequeñas tareas sin importancia al esclavo que, solícito, las ejecutó sin pestañear.

La reunión fue interrumpida por una serie de explosiones, acompañadas por una algarabía de chillidos y pitidos. Conforme se acercaban, el jaleo se

convirtió en ensordecedor estruendo. La puerta saltó con tanta virulencia que impactó en la pared, ocasionando graves desperfectos. Acto seguido, irrumpieron en la sala una sucesión de enanos cabezones, armados con unos tubos que disparaban rayos; estos produjeron varias quemaduras.

Los enanos cabezones, sorprendidos y acobardados, decidieron refugiarse detrás de Irene y el esclavo. Los invasores, al advertir que peligraba la vida del ayudante, inmediatamente cesaron las hostilidades.

—¡Queremos al colaborador y no nos iremos sin él! —exclamaron con autoridad los asaltantes.

—No, es un ayudante —repuso con aplomo Irene.

—¿Tú quién eres? —preguntaron, amenazadores.

—Es... la experta en amor... —explicaron los otros, atemorizados.

—¿Cómo que la experta? —soltaron, sin salir de su asombro.

—Sí, hermanos, esta mujer rebosa amor por los cuatro costados —respondieron cada vez más seguros, al ver que habían bajado su agresividad.

—¿Amor?, si a nosotros nos sobra —replicaron, ofendidos.

—No, hermanos, lo hemos perdido... —aunque todavía estaban aterrorizados, el que parecía que llevaba la voz cantante hablaba con más seguridad.

—¡Mienten! —gritaron, amenazadores.

Luego de salir de su congoja, los temblorosos enanos cabezones volvieron a parapetarse detrás de Irene y el esclavo.

—Yo les prometo que, lo mismo que devolví a mi esclavo su humanidad, lo propio haré con ustedes —dijo Irene, ofreciendo lo que fuera con tal de adquirir larga vida y buena salud.

—¿Cómo? —preguntaron los invasores, muy intrigados.

—Tengo la solución y ahora mismo se lo voy a demostrar —contestó Irene, muy segura de sí misma. Se dirigió hacia el esclavo, que dócilmente

aguardaba las órdenes oportunas, y preguntó—. ¿Este ser es el causante de vuestros males?

Todos quedaron algo desconcertados al no entender la pregunta. Ya habían dejado bien claro el punto de partida de donde surgió el virus que los había contagiado. La mujer dio por bueno el silencio y actuó en consecuencia. Tomó del cuello al cautivo, que no opuso resistencia alguna, y apretó hasta que el infeliz cayó inerte a sus pies. La fémica remató con una frase lapidaria:

—Muerto el perro, se acabó la rabia.

Curioso y sádico, pero efectivo. Los enanos cabezones, al advertir que el causante de sus disputas ahora era un simple cadáver inservible, bajaron las manos, rindiéndose a la evidencia. Ya no tenían por qué luchar. Al momento, como si se tratara de un centelleante rayo, un ataque de arrepentimiento se propagó entre todos y cada uno de ellos. El efecto fue inmediato. Se echaron los unos y los otros en los brazos de sus hermanos, implorándose mutuamente perdón.

Cuando salieron todos, el paisaje cambió como por arte de magia. Del desastre pasaron al idílico lugar que era antes de la llegada del esclavo.

Irene, convidada de piedra, estaba alucinada de cómo había conseguido salvar a esta civilización tan adelantada, pero a la vez tan frágil que un simple esclavo había transformado su mundo.

Irene dejó que se embrigaran con su vuelta a la normalidad, pero esperó impaciente su prometido premio. El jefe de los enanos cabezones se separó del jolgorio e instó a la mujer a que lo siguiera.

—Lo prometido es deuda —le dijo muy solemne, mientras la acompañaba hacia un lugar donde le daría lo pactado.

Irene, como una buena niña, lo siguió, no sin preguntarse el cómo, el cuándo y el dónde le aplicarían esa medicina tan cacareada.

Luego de un largo recorrido, bajaron por una escalera tallada en la roca, que descendía tortuosa por las profundidades de su mundo. «Curioso que estos seres tan adelantados no usen un ascensor o cualquier innovador transporte».

Pronto sus preguntas fueron contestadas por los acontecimientos siguientes: llegaron a una puerta, el enano cabezón recitó una especie de invocaciones y, acto seguido, el portón se abrió, dejando pasar a la pareja.

Al entrar, Irene se quedó asombrada ante una sala enorme excavada en la roca. En el centro de esta, ocupando un sitio preferente, había una gran estatua, fiel reflejo de las estatuillas que todos poseían.

El enano cabezón, vestido lo mismo que si fuera un sumo sacerdote, se arrodilló mientras cantaba unos salmos. La cada vez más mosqueada Irene se impacientó, preguntándose si no le estaban tomando el pelo. Una vez hubo terminado con los cánticos, el enano se levantó y, dirigiéndose hacia ella, le dijo muy solemne:

—Han llegado y están en paz.

—¿Qué, ¿cómo, ¿quiénes han llegado? —interrogó, muy extrañada, oteando a todos lados. Ahí no había nadie, excepto ellos dos.

—No son desdichados ni están desaparecidos, habitan aquí entre nosotros —respondió, haciendo un gesto con ambas manos, abarcando toda la sala—. Surgen de lo oculto. No hay lápida, por muy pesada que sea, ni hondo foso que puedan sujetarlos. Todos piensan que, por el hecho de estar allí descansando, no hay vida. En determinadas circunstancias, se les permite actuar y esta se trata de una de ellas.

—¿Pero ¿qué está diciendo?, está usted loco. ¿Y mi remedio prometido? —exigió en tono amenazante.

—Calma..., todo a su tiempo... —contestó muy tranquilo, pero sin dejar de gesticular—. Ha llegado su turno y en este momento recibiré lo prometido.

—Absorto, fijó la vista en un lugar indeterminado de la pared. Al instante, cambió la dirección de la mirada, centrándola en la mujer. Siguió con su discurso—. El que persiste en la vida más allá de su permanencia, quien se siga aferrando a la existencia atenta contra su propia naturaleza. Una vez hemos terminado nuestro período, volvemos a descender a lo oculto. Ahora, cuando el ciclo se ha consumido, nadie puede sujetarlos.

Irene estaba fuera de sí. Ella, en su fuero interno, nunca se había fiado de estos enanos cabezones. Se dirigió hacia él, gritando con el puño en alto, dispuesta a descargar su furia frente a este ser tan pequeño y a la vez tan repulsivo:

—¿Pero de qué tiempo me habla? ¡Quiero lo mío, o se arrepentirá!

Al terminar sus amenazas, de la nada salió una horda de almas negras en forma de arpías encapuchadas. Como si fueran un volátil humo oscuro, se esparcieron por toda la estancia. Lúgubres gritos y estridentes chillidos retumbaron en la inmensidad de la cavidad. Una histérica Irene, viendo que había sido engañada, gritó. Las ánimas la aferraron con sus garras, llevándosela en volandas hacia lo oculto.

El enano cabezón entrelazó sus pequeñas y regordetas manos, en claro signo de recogimiento. Precedidos de unos momentos, soltó sus pensamientos en voz alta:

—Estimado ser inferior, ahora tendrá lo que siempre anheló; no envejecerá, no sufrirá y, por encima de todo, no se pudrirá. Eso sí, eternamente estará acompañada por los ocultos.

CAPÍTULO 8

Irene estaba tumbada en el suelo duro y frío de su destartalada choza. Sus músculos entumecidos, el hambre, que le jugaba malas pasadas, y el tremendo dolor de cabeza, todo combinado, le supusieron una montaña imposible de superar. Intentó incorporarse; primero, una pierna, con suma dificultad, la otra, y seguidamente, el resto de su dolorido cuerpo. Por fin y como si hubiera alcanzado lo alto de la cumbre, alzó los brazos en signo de victoria.

Exhausta, se dejó caer en su raída silla, que antaño de seguro había recibido mejores posaderas. Tanto había rezado, tanto había deseado que se arreglaran sus desavenencias con el espacio exterior que permaneció desvanecida, mientras su mente la había llevado en un viaje a un mundo de fantásticos enanos cabezones, donde su amor triunfó. Todavía recordaba las elucubraciones dignas de una excelente obra de ciencia ficción. Lo entremezcló en su totalidad en la coctelera que era su imaginación. Ese compuesto creó una mezcla explosiva, que estalló dentro de su entendimiento.

Al momento, distinguió una hendidura muy pequeña en su cogote, disimulada por su cabellera. Le resultó raro, no solía peinarse ni poseía espejo donde advertir su destartalado peinado; simplemente, le picaba la nuca. Se rascó y captó algo que no tenía antes de su supuesto encuentro con los enanos cabezones; ahora se le antojaban, cuanto menos, algo más reales que los huecos que su imaginación rellenaba para no volverse loca por completo.

Le entró pánico ante el terror de pensar qué había pasado durante las horas en las que, supuestamente, estuvo, digamos, secuestrada. Al mirar por su ventanuco, advirtió que las sombras de la noche estaban ganando la batalla a

los agónicos rayos del sol. Gritó desesperada, no obtuvo respuesta ni ningún consuelo.

Al momento y sin avisar, un coro de voces dulces y tranquilizadoras retumbó dentro de su cabeza; era algo inaudito y a la vez reconfortante:

—No lo recuerdas, pero hace tiempo estabas en el útero de tu madre. No tenías que ocuparte de nada. La totalidad de tus necesidades te eran transportadas por el cordón umbilical. Resultaron los nueve meses más cómodos de tu vida. Dentro te hallabas alimentada y protegida, nunca hacía ni demasiado calor ni excesivo fresco. Este idílico sitio se parecía al que tú denominas el Paraíso. Cuando llegó el momento de tu nacimiento, todo era nuevo para ti. Las luces, los ruidos, el frío y el hambre y, a la primera ocasión, sentiste el miedo. —Las voces pausaron para que digiriera bien todo lo oído. Al no responder Irene, dedujeron que se habían hecho entender y siguieron con el adoctrinamiento—. Ahora eres fruto de nuestro intelecto y del amor.

—Entonces, ¿vosotras, que me habláis, sois mis madres? —preguntó, esperanzada.

—Sí, querida hija. Ahora no debes tener miedo. Nosotras estaremos siempre contigo y, como buenas madres, te procuraremos todo lo necesario para que no pases ninguna clase de penurias, lo mismo que cuando estabas dentro del útero.

Irene se puso muy contenta. Por fin contaría con unos padres tan importantes que se convertiría en la envidia de cualquier niño. «Nada más y nada menos que mis papás son la inteligencia y el amor», se contestó a sí misma, muy entusiasmada, recuperándose bien pronto de sus cavilaciones.

Se acordó de sus, digamos, amigos, que ahora mismo estaban tratando de salir lo mejor parados posibles. Entonces, con la falsa preocupación que la caracterizaba, expresó:

—Mis hombres me esperan, madres, pero es verdad, el temor me atenaza. ¿Qué habrá ocurrido con ellos, seguirán vivos? ¡Oh, madres, qué mala he sido!

Parecía que, de un momento a otro, se echaría a llorar. El sentimiento de culpabilidad la atormentó hasta tal punto estaba furiosa que revivió con mucha realidad los pasados acontecimientos. Al instante, sus mamás le contestaron:

—No te descuides, tienes que volver. Tus hombres han hecho piña, unificando sus fuerzas para poder escapar.

Cuando Irene regresó, imaginó que se toparía con la peor de las escenas, pero la realidad superó con creces su mente. Ellos la esperaban agazapados para matarla, por eso la mujer se armó con su fiel hacha, dura como el mejor de los aceros y tan afilada que cortaba con precisión hasta las más pequeñas ramitas de los troncos que despellejaba.

Con sigilo, pero resuelta, entró en la casona. De momento, no percibió que hubiera alguien en ella. Aunque se sintió fastidiada por perder a sus hombres, en el fondo, un pequeño alivio se dibujó en su mente. «Ya no tendré que matar a nadie más». Sus madres le aconsejaron que, para alcanzar su felicidad, la solución no consistía en exterminar, a menos que fuera en su defensa.

Desilusionada y a la vez con un peso menos en su conciencia, se dirigió hacia la cocina. Al acceder a la misma, dejó el hacha encima de la mesa, a sabiendas de que ya no la precisaba. Cansada y sedienta, se sirvió un rápido refrigerio. Cuando hubo satisfecho sus necesidades, optó por echarse una siesta. Decidida, acudió al dormitorio.

Unas risas combinadas con unos jadeos propios de un león en celo la pusieron en guardia. Ya no situaba a sus hombres en la casa, así que bien podría ser alguna gentuza que se hubiera colado en su vivienda. Presta,

regresó de nuevo a la cocina y, esta vez armada con el machete, entreabrió la puerta del aposento.

El hacha bajó silbando y se incrustó en la cabeza del Sr. Ramírez, que combinó sus alaridos con los que hacía un momento eran gemidos de vicioso placer. La sangre oscura salpicó el rostro de Irene, que se asemejaba a una furibunda india con pinturas de guerra. La pared se llenó de multitud de gotitas rojas. Era tal la cantidad que parecía que hubieran degollado a un gorrino.

El Sr. Naranja, con cara de pasmado y los ojos como platos, vio la herramienta haciendo de las suyas con los desgraciados sesos de su amante. El terror le agudizó tanto los sentidos que oyó la hoja del hacha chirriar en el cráneo mientras la loca la desincrustaba. Miró sin poder creerlo. Las sábanas se tiñeron de rojo. Curioso, pero cuando estaba a punto de que también le partieran la testa, advirtió el dato y se preguntó si resultaría muy costoso desasearse de semejantes manchas. No quedaba mucho tiempo que perder en tan insignificantes detalles. Su mente pensó de forma acelerada la manera de salir vivo o casi vivo de allí. Entonces, observó que la mujer levantaba otra vez el machete, chorreante del precioso y vital líquido.

Su rostro ensangrentado, sus cabellos apelmazados del color rojizo y escandaloso, sus ojos llenos de odio y su cara vacía hicieron temer lo peor por la vida del Sr. Naranja. Si a esto sumamos que sus madres pedían venganza debido a su traicionado amor, viendo lo acontecido, en una casa de apuestas nadie daría un céntimo por el desgraciado. Este presentía su futuro tan negro como la boca de un lobo, pero de la manera que ustedes adivinarán.

Nuestra protagonista no sufría un desquite como cualquiera de nosotros en caliente seríamos capaces de llevar a cabo. Aprovechando estas cuatro líneas, les aconsejo que nunca digan «de esta agua no beberé». Por cierto, volvamos a nuestra Irene. Dueña de una estupenda hacha de hoja brillante, la blandió

por encima de su cabeza y no en la del Sr. Damocles. Sin previo aviso y para sorpresa de nuestro desdichado amigo, se detuvo.

—¿Sabes qué pasa si apresan a los que intentan escapar de una condena a trabajos forzados? —preguntó a un incrédulo Sr. Naranja, que todavía oía los últimos estertores del desgraciado Sr. Ramírez.

—¿Los vuelven a encerrar de nuevo? —contestó con otro interrogante, dándole un tono de voz entre receloso e inocente.

—Por supuesto, no podía ser de otra manera —replicó, condescendiente, haciendo gestos de perdonavidas. El Sr. Naranja sonrió con complicidad, con la esperanza de que la loca se distrajera lo justo para que el ratón lograra escapar de esta gata.

—En algunas épocas, los colgaban o fusilaban, dependiendo de las circunstancias —dijo el Sr. Naranja, que padecía el síndrome de Estocolmo. Comprobó en sus propias carnes lo cobarde que uno puede llegar a ser con tal de salvar la vida.

—¿Entonces, ¿quién trabajaría? —preguntó la loca, aun sabiendo la respuesta.

—No comprendo... —contestó con cara de pasmado.

—Elemental, estimado amigo. Mano de obra barata y tratada como esclavos. ¿Dónde se encontraría semejante ganga? —Puso los brazos en jarra, lo mismo que una madre armada de paciencia por no soltar un sopapo a su tonto hijo—. Sería un desperdicio irreparable —siguió hablando, con la amenazadora hacha dando bandazos al ritmo de sus enardecidas palabras—. Se realiza algo más inteligente y, desde luego, mucho más práctico —repuso con sorna. Temiéndose lo peor, el Sr. Naranja dudó en preguntar, pero no hizo falta. Irene se hallaba dispuesta a sacarlo de dudas—. ¡Les cortaban los tendones de los pies! —sentenció la loca.

—A ver... —balbuceó el Sr. Naranja.

—Es por tu propia seguridad, amor mío —repuso, tranquilizadora.

—¡¡No!! —aulló el desgraciado—. ¡Me portaré bien, te lo prometo! —protestó, angustiado.

—No te preocupes, pasará pronto. Domino muy bien el hacha, ya verás, será un corte limpio.

—Pero moriré desangrado y, si consigo sobrevivir, seguro que de una infección... Matarme no te servirá de nada, de esa manera no te seré útil. ¿Está limpio el astral y no habíamos acordado que solo los tendones? —Hay que advertir las tonterías que uno suelta delante de una loca dispuesta a cortarte el pie con un hacha.

—Descuida, amor mío, está todo pensado.

Rauda, le indicó que se estuviera quieto. Volviendo sobre sus pasos, fue directa hacia la cocina, donde había un hogar. Con parsimonia, pero decidida, encendió un buen fuego. En el momento que estuvo satisfecha por la temperatura alcanzada, descolgó el atizador de metal forjado y lo situó encima de las llamas. Cuando el mismo se puso al rojo vivo, se colocó un guante de gruesa piel y agarró el hierro. Se dirigió hacia el desgraciado, que estaba acurrucado contra el tabique del dormitorio, en un inútil intento de fundirse con la blanca pared.

Dejó el hierro candente contra el muro. Tomó al tembloroso Sr. Naranja por los pies, arrastrándolo por el suelo. Acto seguido, puso una rodilla encima de sus piernas, inmovilizándolo, a la vez que le decía:

—¿El derecho o el izquierdo, amor mío?

El Sr. Naranja no estaba para preguntas y menos para que le dieran a elegir qué pie perdería. Era más que curioso. ¿Qué importancia tenía uno u otro? En un momento dado en que el pánico bajó de intensidad, viendo que, irremediablemente, lo iba a mutilar, el esclavo se preguntó lo siguiente: «¿Alberga la misma trascendencia ser zurdo o diestro para optar cuál

suprimir?». Irene, al advertir la cara de circunstancias del desgraciado, que de seguro no iba a contestarle, decidió por él.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, muy alegre—. El izquierdo va a disfrutar del honor de abandonar tu cuerpo.

—En verdad... —balbuceó— le tengo un especial cariño al siniestro —recalcó en un afán de ganar tiempo. «¿Pero para qué?», pensó. «Si la soporto encima sin poder moverme».

—Bueno..., vale. ¿Entonces, el derecho? —preguntó, como si fuera una dependienta dando a elegir entre un artículo u otro.

—¿Para qué te voy a mentir?, también le proceso un gran cariño. Los tengo desde que nací y han ido creciendo conmigo —respondió en tono lastimero.

—¿Me estás tomando por tonta? ¡Se acabó, niño caprichoso, será el izquierdo! —repuso, furibunda—. Además, ¿de qué te puedes quejar? Encima, me debes un favor; de esa manera, nunca te levantarás con el pie izquierdo. ¿Lo pillas? —le cuestionó, haciendo ademanes para acompañar su ocurrencia. Al Sr. Naranja, al determinar su más que anunciada amputación, no le quedó más recurso que implorar:

—¡No, por favor, permaneceré aquí, seré bueno, por el amor de Dios, no lo hagas!

—No te preocupes, cariño mío, será tan rápido como la guillotina.

El Sr. Naranja siguió gritando, sacudiendo los pies de forma convulsiva y agitando su cuerpo como si sufriera un ataque epiléptico. Para colmo, se sentía impotente por lo poco que le dejaba moverse la elefanta que lo atenazaba.

Por un momento, lo liberó de su pesado cuerpo y, con la rapidez que la caracterizaba en el arte de cortar troncos de una sola tajada, le seccionó el pie a la altura del tobillo.

Enseguida la sangre brotó como si de un manantial se tratara. Rauda, tomó el ardiente hierro y, aplicándolo al reciente muñón, cauterizó la herida ayudada por un torniquete, que rápidamente fijó a la altura del muslo.

La sufrida mente del Sr. Naranja, debido al olor a carne quemada combinado con el insoportable dolor, le hizo un inestimable favor desmayándose.

—¡Lo sé, madres, me he portado mal, pero me ha vuelto a traicionar! — imploró, desdichada—. Sí, escucho vuestros consejos. Ahora más que nunca os necesito. —Se paró en seco, mirando al techo, en un afán de advertir quién le hablaba. Aunque las oyera dentro de su cabeza, parecía que las voces salían de todas partes—. ¿Que por qué he matado a su compañero? —Esperó un par de segundos, en los que le dio tiempo a encontrar una respuesta relacionada con su lógica asesina—. Pervirtió a mi amor, seguro que no habría ocurrido si no hubiera aparecido. Al presente, me estaría amando a mí, en lugar de a él. ¿No se merece la muerte? Gracias, sé que siempre puedo contar con vuestras sabias recomendaciones.

Irene estaba ocupándose de su huerto. No es que le diera muchas verduras, debido al clima frío del lugar, ni siquiera los árboles frutales le proporcionaban sus frutos. Simplemente, los tenía por puro capricho, pero el cuidado del mismo la relajaba mucho. Por consiguiente, poco a poco, los problemas de semanas atrás quedaron muy lejos, tanto que silbaba de pura felicidad.

Su particular esclavo se hallaba seguro dentro de su casa. Sin embargo, aunque le faltaba una extremidad, en su entrepierna había desarrollado lo que en altura perdió, o eso le pareció a la mujer después de comprobar que el cautivo seguía muy ardiente.

¿Qué temió de ella anteriormente, por qué le cortó un pie? A Irene

aquellas preguntas no le importaban lo más mínimo, con tal de que estuviera manso y a su servicio. Así que nuestra enamorada heroína vivía flotando en la bendita ignorancia que da la felicidad.

Ahora, ¿quién ha dicho que este mundo es perfecto y la felicidad existe? Comento esto porque siempre aparece alguno y lo fastidia todo. ¡Vamos, que éramos pocos y parió la abuela!, un viejo refrán que se presenta como anillo al dedo.

Estaba tan feliz cuidando de su huerto que ni siquiera advirtió lo que venía por el camino hasta que paró delante de ella. Irene dejó su azada y miró en dirección de quien osaba perturbar su plena felicidad.

Un flamante coche de Policía, con sus luces de emergencia apagadas, surgió lo mismo que si se hubiera tratado de una aparición mariana. Del auto no bajó la Virgen, ni santo, ni bicho alguno venido de otra galaxia. Un guardia vestido con su uniforme reglamentario se apeó. Se le acercó con paso decidido y cara de agrandar a una honrada contribuyente.

Irene, en la distancia que la separaba del coche, aprovechó para ejecutar mentalmente un inventario de sus antiguas fechorías. El auto del inoportuno Ramírez se encontraba bien disimulado en el frondoso bosque bajo una buena capa de ramas. Su cuerpo ya estaría siendo pasto de los gusanos a una profundidad de seguridad de un par de metros y, con el tiempo que ya había pasado, ya no se notaría la tierra removida encima de él.

«Bueno, queda mi querido Sr. Naranja, que se siente enamorado de mí y de seguro se halla quieto y calladito». Enseguida dedujo que todo hacía prever que tenía un saldo positivo a su favor, así que se preparó, con la intención de recibir al agente de la autoridad, acompañada de una gran y falsa sonrisa.

El Sr. Naranja se localizaba en el comedor, sentado en su orejudo sofá cerca del ventanal, que ofrecía una estupenda vista de la entrada de la finca y

del huerto, que se situaba al lado de esta. El desgraciado reposaba con un libro. Desde su forzada amputación, tramaba la forma de vengarse o escapar de su encierro. De vez en cuando, a hurtadillas observaba cómo su guardiana trabajaba en el jardín. Después de perder su extremidad, se comportó tan bien que había conseguido engañar a su carcelera, pero no a sí mismo.

Lo volvían loco de dolor su odio y la sed de venganza, junto con su endiablado pie ausente. Aún le molestaba mucho más que cuando componía su pierna y el picor era tan insoportable que, al no poder rascarse, se le antojaba una tortura. De noche, se despertaba y, en la oscuridad, se tentaba el muslo hasta que llegaba a la altura de su llorado miembro. Entonces, las lágrimas de desesperación y frustración surgían, igual que un niño pequeño. Para colmo, tenía que llorar en silencio. De esa manera, su amada no se daba cuenta de lo desdichado que se sentía.

Cuando advirtió el coche de la Policía, un renovado entusiasmo por la vida se mostró de repente. En consecuencia, la cobardía desapareció como por arte de magia. Aguijoneado por el instinto de supervivencia, decidió hacerse el valiente. Dominado por su síndrome de Estocolmo, combinado con su antigua condición de esclavo, no le garantizaba tener una existencia mejor que la que ahora mismo ostentaba, aunque careciera de extremidad.

Una lucha interior se estaba debatiendo entre la locura y la incertidumbre de su nefasto futuro. Últimamente, su cojera le dificultaba los movimientos, por eso llevaba un bastón. Lo alzó; una mitad quería golpear el cristal, la otra parte pensaba en el plato caliente que nunca le faltaba y, ¿para qué nos vamos a engañar?, en el sexo garantizado por su fogosa carcelaria.

Algunas veces elegimos lo que más nos perjudica sin saber quién de verdad tomó la decisión, ¿uno mismo o el destino, suplantándonos? Eso mismo le pasó al Sr. Naranja. Aún después de mucho tiempo, se preguntó por qué había roto el cristal para llamar la atención del policía.

La culpa lo reconcome, aunque no conociera absolutamente de nada al funcionario de la ley. El remordimiento lo persigue allá donde la vida lo lleva. Todavía recuerda al policía acercarse a la ventana con cara de sorpresa y preguntándose qué hacía ese individuo rompiendo los cristales. El Sr. Naranja, en una sarta de balbuceos y sollozos, trató de explicarle su desgraciada situación. El mismo, al no entender sus quejas y sacar conclusiones equivocadas, desenfundó su arma y se aproximó con paso decidido.

Se olvidó de Irene, que se hallaba convertida en un rinoceronte. A toda carrera, armada con el hacha, pronto llegó por la espalda del desprevenido agente. Por mucho que el cautivo gesticulara para que se girara, el oficial estaba demasiado distraído fijándose en él e ignoró a la que parecía una honrada contribuyente a la que se le había colado un intruso loco y, aparentemente, borracho o algo peor.

El primer golpe lo recibió en todo lo alto de la cabeza. Entonces, se giró. Su cara transmitió dolor y sorpresa. Con las manos, intentó quitarse la azada incrustada en su cráneo. Aunque le dio mucha pena al esclavo, no dejaba de ser una escena de lo más ridícula. El desgraciado danzaba sobre sí mismo, tratando en vano de arrancarse la herramienta que tan profundamente le había clavado Irene.

La loca, insatisfecha con su demostración de fuerza, se le acercó. Lo miró fijamente unos segundos, contemplando el sufrimiento que tanto la satisfacía.

—¡Esto se puede mejorar! —dijo con sorna.

Acto seguido, tomó el machete por el mango y, tirando, le obligó a dar vueltas, aullando y esparciendo sangre en una circunferencia.

El Sr. Naranja gritó de puro horror, implorando misericordia para el pobre desdichado, que se desgarraba la garganta con los alaridos de dolor. Mientras tanto, de su testa la sangre salía a chorros, manchando los geranios que

delimitaban el camino hacia la entrada de la vivienda, que con tanta devoción cuidaba Irene.

Cuando la mujer se cansó de bailar, lo soltó. La inercia hizo el resto y el agente acabó en el suelo. Pareció increíble, pero su juventud le otorgó las suficientes fuerzas para incorporarse de nuevo a bandazos, pareciendo un borracho un sábado por la noche. El infeliz intentó salir huyendo hacia su auto, con la esperanza de pedir socorro por radio a la central.

La loca corrió detrás de él y, de un salto, se subió a sus hombros. Desde allí, sentada como si estuviera encima de un caballo de carga, le arrancó la azada de cuajo. El agente lanzó un grito e inmediatamente se desplomó fulminado.

El hombre convulsionó, emitiendo sonidos guturales que demostraron todavía un atisbo de vida. Irene lo miró lo mismo que si viera a un desvalido gorrión que acabara de caer del nido. Con la cara y las vestimentas manchadas de sangre, de repente y sin venir a cuento, se quedó quieta, como si recibiera un mensaje. Cuando hubo captado lo que le decían, con mirada ausente contestó:

—Está bien, madres, no sufriré más. —Inmediatamente, con la azada le dio el golpe de gracia.

Después de advertir el desastre originado por su caprichoso e irresponsable amante, decidida y muy enfadada, como si fuera una madre furibunda, se encaró con el Sr. Naranja. Este, acurrucado en el suelo, se esperaba lo peor.

—¿Estarás contento? ¡Por tu culpa he tenido que matar a este joven! ¡¡No, el señor no podía estar quieto!! ¿Tan mal te trato?

Lo dejó ahí de rodillas, llorando por el desgraciado que, por su tropiezo, yacía inerte en el charco que formaba su propia sangre. Creyó que se lo iba a comer vivo, pero viendo cómo sufría su esclavo, se dio por satisfecha. Lo

miró con desdén y levantó la mano en un ademán de descargar su furia.

Se paró, un nuevo mensaje acudió a su mente. Luego de prestar su máxima atención, transmitió la impresión de conformarse. A regañadientes, se marchó, echando pestes por la boca. Cuando estaba a punto de meterse en la vivienda, lo mismo que si se le hubiese ocurrido algo de última hora, se giró y le gritó:

—¡Lo quiero todo limpio, hazte cargo del cadáver mientras me ducho!
¿Lo has entendido?

El afligido Sr. Naranja se encargó de limpiar el rastro de la matanza, de meter el auto en el frondoso bosque y de disimularlo con una gruesa capa de ramas. Mientras tanto, Irene se deleitó, quitándose toda la sangre a base de una estimulante ducha de agua tibia. Todo hacía pensar que el asunto acabaría aquí, con un par de muertos, dos autos y con el esclavo a punto de tirarse por el barranco más próximo que encontrase.

Cuando Irene hubo aseado su cuerpo y su conciencia, apareció de repente, inspeccionando la limpieza en actitud de firme, tiesa, como si tuviera un palo metido en el culo. Con un movimiento de cabeza, indicó que estaba satisfecha por su destreza en ejecutar tan limpiamente sus asesinatos.

A continuación, el Sr. Naranja, lo mismo que un buen sabueso, se acercó, esperando la aprobación de su enamorada dueña con la típica palmadita en la espalda. En lugar de la consabida felicitación, lo tomó de las piernas, lo levantó como si fuera un fardo y se lo cargó a su espalda. Esa demostración de fuerza, combinada con la determinada convicción de la mujer, hicieron que el desgraciado se quedara sin ninguna palabra de protesta que saliera de su boca.

En su viaje en el papel de bulto, el Sr. Naranja se mareó y soportó los efluvios de humanidad que desprendía una sudorosa Irene, que llevaba una vida, digamos, naturista; se hallaba reñida con la ducha diaria y, para colmo

de males, la nariz del Sr. Naranja se hundía entre los pechos, que estaban a punto de ahogarlo y no precisamente de placer.

Después de tropezar varias veces con su cabeza contra los quicios de las puertas, entraron en la casona y tomaron las escaleras, directos hacia el sótano. Una vez que se quedó satisfecha, lo descargó como si fuera un saco de patatas. Él, por si acaso, permaneció más callado que una tumba.

Su cojera no le dejaba ponerse de pie y, encima, le dolía horrores. El implacable y sistemático dolor le venía en oleadas directamente del sufrido muñón, que siempre acababa restregando por el asqueroso y polvoriento piso. Allí estaba el desgraciado tullido, que parecía salido de un circo de engendros humanos.

Del mohoso techo, colgaba una triste bombilla de pocos vatios, tan desnuda que se podía distinguir su pobre filamento brillar sin que perjudicara la vista. Alumbraba lo justo, dejando tantas zonas oscuras que más de la mitad del sótano se hallaba en penumbras. Lo poco que se lograba ver mostraba la escena de un Sr. Naranja en el suelo, abatido por el nauseabundo olor, el polvo y la humedad reinante.

La peste a eyaculaciones y manchas de periodos pasados le provocaron arcadas. Ella, ajena al sufrimiento de su esclavo, le ordenó que se moviera. Casi a tientes y a cuatro patas, en este caso, a tres, el Sr. Naranja obedeció; arrastrándose como una vil serpiente, llegó hasta lo que se asemejaba a un colchón, acompañado de varias latas de conservas y botellas de agua, junto a un orinal y un bote para sus defecaciones. La totalidad de la escena hacía pensar que su carcelera lo iba a recluir durante una buena temporada.

—No te quejes, amor mío, en este colchón perdí la virginidad —dijo con cara de recordar viejos tiempos—. Era tan torpe que no me enteré en absoluto y tan precoz que, nada más tocarlo, eyaculaba. Asimismo, todavía hoy me pregunto: ¿cómo consiguió desflorarme, o fui yo, que no me quedé satisfecha

y me metí un buen pepino? —acabó su ocurrencia, acompañándola con grandes carcajadas.

Al momento, como si una sacudida eléctrica recorriera su cuerpo, Irene se quedó quieta. Con un ademán, dio a entender a un mudo Sr. Naranja que no la molestara y, atenta a su voz interior, dijo:

—Descuiden, madres. Acudiré pronto, tan rápido como ponga a mi amado a salvo —se dirigió al Sr. Naranja—: Mis mamás me reclaman. Te dejo provisiones para una temporada. No hagas ninguna tontería, puede que busquen al policía... No lo dudo, pero tú te quedarás aquí encerrado. Es por tu propio bien, amor mío.

Sin mediar más palabras y lanzándole un beso, dejó al cautivo con dos palmos de narices. Sus pasos se oyeron hasta que la portezuela del coche anunció que había entrado en él; el ruido del encendido del contacto, las ruedas en la gravilla y el sonido que se alejaba indicaron a las claras lo que se temía. Su carcelera se había marchado, dejándolo más solo que la una temporalmente, según ella. Aquello inquietó al esclavo. «¿Cuánto durará esta vez?», se preguntó al sentir el pánico aflorando desde su bajo vientre, amenazando con una repentina y blanda defecación.

CAPÍTULO 9

Conforme crecía la porquería que generaba y disminuían las provisiones asignadas, el pánico se apoderó de un delgado Sr. Naranja. Intentó con los medios que tenía a mano encontrar un resquicio en aquel maldito sótano. Por mucho que inspeccionara todos y cada uno de los rincones en busca de una simple abertura o una pared vieja que con una rudimentaria herramienta se pudiera rascar, como en las películas de fugas y las famosas novelas de encarcelados en sólidos bastiones, todo fue en vano. Irene había tenido mucha precaución al elegir este lugar y limpiarlo de cualquier instrumento, por muy pequeño que fuera. Su meticulosidad había llegado a tal extremo que lo barrió de cabo a rabo concienzudamente, hasta dejarlo más limpio que una patena.

Se estaba volviendo loco por culpa de la combinación de la semioscuridad que formaba la bombilla sucia, que agonizaba y alumbraba lo justo para no partirse la crisma, y el tiempo. Sí, ese monstruo que se compone de una larga línea llena de acontecimientos, donde en estos momentos se hallaba él, en una muesca de la misma, como si fuera un trofeo del diablo. La terrorífica escena proporcionaba al sótano un ambiente siniestro y sobrecogedor.

Menos mal que unos ruidos furtivos lo sacaron de sus pensamientos. Eran las ratas, que acudían al olor de los pocos alimentos que le restaban. La luz mortecina, combinada con las sombras alargadas, hacía que parecieran enormes.

El desgraciado, de puro asco y terror, se acurrucó contra la húmeda y fría pared, en un vano intento de protegerse de los roedores, que no lo molestaron en absoluto, por lo menos, de momento. Mientras quedaran alimentos que robarle, él permanecería al margen de sus correrías.

«¿Es de noche, de día, qué hora es?», esas preguntas lo dejaban

desorientado. Ni un atisbo de luz se colaba por ninguna rendija ni ventana mal cerrada, ya que no existía nada parecido. El sótano estaba más incomunicado que un búnker en la Guerra Fría.

Puede que a un hombre atrapado en su estado le preocuparan las ratas, pero ya las trataba como de la familia. Se había acostumbrado a sus correrías y sus robos de comida; incluso le hacían compañía. La soledad es lo más parecido a un cáncer, que corroe a uno la mente; si le ponemos el sentimiento de culpa, tenemos una combinación de alucinaciones, que desarrollaron unas situaciones donde nuestro protagonista sufría por el asesinato del agente. El mismo, ejecutando su venganza, se le aparecía, arrastrándose por el polvoriento suelo, repitiéndole incesantemente su metedura de pata al haber cabreado a la loca.

Su tormento empezaba con unos ahogados gorgoteos de una garganta ahogándose en su propia sangre. Sonidos que surgían a modo de encantamiento desde las profundidades de la siniestra bóveda, acompañados por lamentos, sufrimientos e insultos. El hedor a cadáver y las penumbras jugaban al despiste con el sentido del desgraciado que, conforme se acercaba su particular pesadilla, con sus ojos como platos, devoraba cada uno de los detalles que su mente transmitía.

Cuando la piltrafa lo alcanzaba, sufría una sensación atroz, lo mismo que si miles de arañas se pasearan por su rostro y cabellos. Él, en inútiles y compulsivos manotazos, intentaba quitarse los imaginarios bichos. A manera de autoprotección, se desmayaba y se sumía en un convulsivo sueño, que solo le servía para evadirse de la realidad.

En el momento que despertaba, la triste bombilla amarillenta exponía a un Sr. Naranja abatido y resignado, con la única esperanza de que algún agente, buscando a su compañero, diera con él, pero pasaba el tiempo y nadie aparecía. Él, con su mente, procuró mandar una petición de socorro a sus

posibles salvadores. Nada más inútil, si tenemos en cuenta que, por mucho que queramos, las cosas no ocurren porque sí; todo se relaciona con un porqué y esta situación requería una motivación por parte de sus rescatadores. Si consideráramos la forma de proceder del oficial asesinado, sospecharíamos la razón de la tardanza en encontrarlo, cuestión que el esclavo, por supuesto, desconocía.

«¿Procedía según le venía en gana? ¿Comunicaba siempre su última posición? ¿Era un agente al que le gustaba frecuentar los locales de alterne? ¿Se dejaba corromper? ¿O solamente quería toda la fama para él, actuando continuamente por libre?». El desgraciado se martirizaba con todas esas preguntas, que le hicieron pensar en lo peor.

Por fortuna para él, o según cómo se mire, para Irene, en realidad, sí lo buscaban. El coste en horas extras de la Policía del lugar se había gastado en intentar localizar al Sr. Ramírez y su mercancía. Las autoridades, viendo que el año estaba finalizando, decidieron reanudar las búsquedas con el renovado presupuesto perteneciente al período venidero.

Al acabar las fiestas navideñas, se retomaron las batidas de los desaparecidos. Una pareja formada por agentes de ambos sexos se aproximó a los dominios de Irene. La misma salió a recibirlos. No, no se había ido; estuvo todo el tiempo en la casa.

Luego de recorrer un par de kilómetros con su coche, lo había escondido en un cobertizo abandonado. Volviendo sobre sus pasos, había regresado a la vivienda. Más tarde, hizo vida normal, con mucho cuidado de que el Sr. Naranja no sospechase nada en absoluto. El sótano estaba bien construido, con gruesas paredes y un techo con una cámara que dejaba espacio entre el primer piso y la planta baja; de esa manera, con un calzado silencioso, procuró moverse lo menos posible.

Irene había pasado desapercibida. Sus madres fueron muy claras al

respecto; quizá le sirviera en un futuro inmediato y le aconsejaron que, en lugar de matar a su amado, una temporada a la sombra le vendría muy oportuna y se lo pensaría bastante a la hora de llamar la atención de las autoridades.

Como los vio venir, se adelantó. Salió de la casona y, con paso decidido, fue hacia la pareja, que acababa de parar su auto a una distancia de cortesía desde la puerta de entrada. Sin dejarles que hablaran primero, les dijo:

—Muy buenos días tengan ustedes —su voz no sonó forzada, pero no quiso darle mucha naturalidad. Ella tenía fama de huraña y tampoco era plan de parecer de golpe la mujer más simpática de la comarca.

—Muy buenos días —contestaron al unísono de la manera más formal y sin ninguna connotación que hiciera sospechar a Irene que la consideraran sospechosa. Ahora bien, aunque ellos sabían que poseía mala fama, estaban confiados y tranquilos, como si se tratara de una inspección rutinaria.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó; más bien dejó caer la pregunta para que no advirtieran una excesiva curiosidad.

—Nada significativo, señora, una comprobación rutinaria —curioso, pero fue la fémina quien le respondió al llegar a su altura, mientras el varón se quedaba dos pasos por detrás de su compañera.

Tal vez el protocolo fijaba que las mujeres trataran con mujeres o bien ella llevaba los pantalones en esta pareja de agentes. El asunto no estaba nada claro y eso a Irene no le gustó en absoluto. Desconfiaba de su propio género, tendía a ser más inteligente.

—Usted dirá —comentó sin dejar de mirar al varón, con la esperanza de involucrarlo de alguna forma.

El agente, con cara de póker, siguió en un segundo plano. La fémina, a sabiendas de la maniobra de Irene, se interpuso, eclipsando a su compañero. De esa manera, captó enteramente todo el interés de la loca, que se vio

obligada a prestarle toda su atención.

—Estamos buscando a dos personas y un esclavo —al terminar su frase, le mostró las fotografías de los desaparecidos. Irene las tomó y, con una falsa curiosidad, pero sin demorarse mucho, justo lo necesario para evitar sospechas, las devolvió.

—Lo siento, agentes. No he visto a estas personas —respondió con toda la naturalidad que logró reunir.

La detective la miró fijamente, como queriendo leer en su rostro. Irene puso cara de no haber roto un plato en su vida. A ojos de la suspicaz agente, su actitud no le gustó.

—¿Puedo entrar en la vivienda? —preguntó, tajante.

—Por supuesto, están ustedes en su casa —contestó, meditando las consecuencias.

Una alarma se encendió en su percepción, debía reaccionar rápido. El asunto era grave y, si decidía eliminar a estos entrometidos, ya habría muchos cadáveres que echarse a la espalda.

Mostró su expresión más amable y se dispuso a enseñarles la vivienda, a modo de vendedora de una agencia inmobiliaria. Aquello todavía molestó más a la funcionaria que, en su imaginación, iba atando cabos, advirtiendo cómo la anfitriona desplegaba su falsa amabilidad.

El varón, sintiéndose obligado por su camarada, que había decidido hurgar más de lo debido en una visita rutinaria, se dedicó a esperarla, eludiendo las medidas de seguridad y dedicándose a jugar con su móvil. Le permitió proceder para comprobar si de una vez por todas lo dejaba en paz.

Los intervalos de tiempo patrullando los pasaban muy a menudo en una eterna discusión de sexos. Su compañera, persistentemente, apelaba a que una mujer disponía de un sentido de la perspicacia fundamental para un policía que jamás ningún hombre poseía. Él, obviando sus argumentos, siempre

intentaba cambiar de conversación, restando importancia a una banal disputa. Después de que acabara la riña, él comprobaba el reloj para ir aminorando las horas que le restaban en su turno de patrulla. Ella, al advertir que el tipo callaba, volvía a su hogar cargada de razón.

Conforme se iba adentrando en la casa siguiendo a Irene, sus pensamientos retrocedieron años atrás, cuando se presentó en este distrito apartado de las grandes urbes, donde todavía se conservaban ciertos retazos de machismo. Su entrada fue espectacular, acompañada de sus diplomas y estudios, que la acreditaban como una de las mejores de su promoción. Dejó a todos embobados no por su currículum, sino por su agresividad hacia el sexo masculino. Estaba decidida a limpiar el buen nombre de todas las agentes de Policía y qué mejor manera que resolver el enigma de los desaparecidos.

Ajeno a la guerra que libraba en su interior la funcionaria, el Sr. Naranja estaba harto de aguantar su destierro a pan y agua y de la piltrafa en pena del agente, que no encontraba mejor manera de martirizarlo que no acudiendo a la tan socorrida luz. Por lo visto, se deleitaba más haciéndole la vida imposible y teniendo por compañía a las juguetonas ratas. Estas ya estaban empezando a tantear al desgraciado, ya que la comida escaseaba y lo veían como un posible segundo plato.

Su oído le transmitió unos ruidos poco habituales y, a la vez, esperanzadores. En este momento, Irene y la agente, con sus botas reglamentarias, provocaban el suficiente jaleo. La loca, que iba delante de la policía, no podía andar de puntillas, ya que sería una actitud más que sospechosa. Por consiguiente, creaban cuantioso barullo producido por su peso y su calzado, transfiriéndolo a la envejecida tarima.

De repente la uniformada se paró delante de la puerta que llevaba al sótano. Pareció curiosa, algo imprevisto levantó sus sospechas. Se acercó,

pegando la oreja, y acto seguido, girándose a una velocidad de vértigo, apuntó con su arma reglamentaria directamente a la cabeza de Irene. Esta ya estaba con el hacha levantada, dispuesta para cualquier peligro. En una fracción de segundos, la agente se preguntó: «¿Dónde demonios tenía el machete escondido?».

La loca se quedó petrificada, nunca había sospechado esa manera tan acelerada de atar cabos y menos su resolución al tomar precauciones. Algo en su interior le creó una especie de simpatía hacia la agente, que la estaba mirando fijamente en busca de un movimiento que justificara pegarle un tiro y dejarla fuera de combate.

Le indicó que posara su hacha en el suelo de la forma más delicada y a una desesperante lentitud, lo mismo que una repetida jugada deportiva a cámara lenta. Irene comprendió y, como una buena chica, depositó su juguete en el piso. No apartó la vista del cañón del revólver, que la siguió a una distancia que avisaba de que, a cualquier pensamiento raro por su parte, acabaría con su vida.

—¡Abra la puerta! —le ordenó la policía.

—Está bien, tranquilícese —respondió Irene, intentando mantener la calma y pensando a una vertiginosa velocidad la forma de salir de este comprometido escenario.

Obedeció y, entonces, le llegaron como una bofetada el olor a excrementos y los lamentos del Sr. Naranja. Él, poseído de una tremenda alegría, empezó en voz en grito a relatar su desgraciada situación a la policía. Esta, dominando el suceso, le mandó callar con un autoritario gesto.

Irene se colgó del cuello de su esclavo, interponiéndose entre él y la agente. La inspectora enseguida advirtió la relación que había entre ambos. Con calma y muy segura de sí misma, guardó su arma reglamentaria. Se miraron las dos; ahora ya no se hallaba una agente de la ley con una civil.

Solo eran dos mujeres, una enfrente de la otra. El Sr. Naranja, perplejo, protestó y, voz en grito, denunció a Irene por el asesinato del Sr. Ramírez y del inspector. Con una mirada dura y fría, la funcionaria le mandó callar de nuevo.

No hubo ni media palabra entre las dos. Sus mentes sintonizaron tan perfectamente que la policía captó enseguida la situación. Se acercó al Sr. Naranja y le espetó en plena cara:

—No sabes la suerte que tienes, y más siendo un esclavo, de que una mujer te ame de esta manera. Ya me gustaría a mí disfrutar de un amor como el tuyo... —Inmediatamente después, se aproximó a Irene, le guiñó un ojo y se marchó en busca de su compañero.

Aquel estaba ajeno a los acontecimientos e inmerso en su distracción. No se percató de la llegada de su pareja hasta que estuvo lo bastante cerca. Su mayor preocupación consistía en que en el juego no lo mataran, pero debería haberle prestado atención. Sin embargo, cuando se dio cuenta, resultó demasiado tarde.

Su hasta ahora camarada, sin mediar palabra, le pegó dos tiros, uno en cada pierna. El agente, atónito y gritando de dolor, se las agarró en un inútil intento de mitigar su sufrimiento. Con cara de idiota, buscó una explicación a tan drástico cambio en los sucesos. La mujer se plantó delante de él y, apuntándolo directamente a la cabeza, le dijo:

—Inútil..., y encima, ganas más que yo —apretó los dientes mientras su dedo presionaba el gatillo.

La cabeza del infeliz agente estalló lo mismo que si hubiera reventado una sandía. Acto seguido, ella se quitó su uniforme, subió al auto y se retiró, acompañada de una nube de polvo y dejando atrás al desgraciado de su compañero. Este ni siquiera había hallado tiempo para preguntarse nada, aparte de pensar en tener la ropa interior limpia.

Irene salió acompañada de su amado. Entre los dos, hicieron desaparecer el cadáver y limpiaron todo rastro de sangre. En cuanto el escenario estuvo a su entera satisfacción, concluyó que el lugar estaba maldito, representando un grave peligro. Tarde o temprano, descubrirían los crímenes y, para colmo, la detective había huido medio desnuda en el coche patrulla con todas las luces de emergencia.

Después de lo ocurrido y contando con la aprobación del esclavo, viendo lo visto, este resolvió acompañarla sin rechistar. Los dos enfilaron con su auto y regresaron a la gran ciudad con la esperanza de que, de alguna manera, nadie los relacionara con la drástica conducta de una agente de Policía. Sin duda, la culparían de lo sucedido, o ese era el plan de la loca.

CAPÍTULO 10

Angustias, como siempre, asomada a su ventana, estaba ojo avizor a cualquier anomalía que ocurriera en el vecindario. Aburrida, con su esclavo en modo descanso y sin marido para meterse con él, resultaba una perfecta combinación para no perderse detalle de la pareja.

No reconoció al cautivo de Irene; sus ademanes, su vestimenta tan moderna y su forma de comportarse, lo mismo que si vinieran de una luna de miel, y la envidia envolvieron toda duda en un espejismo, en el que a ella le hubiera gustado mirarse. Hacían muy difícil que pudiera sospechar de la verdadera identidad del antiguo esclavo. Por eso se extrañó de que Irene viniera de la mano de un hombre tan educado, joven y apuesto; se preguntó qué habría sido de su preso. No salió a recibirlos, «tiempo habrá para resolver las dudas».

El Sr. Naranja se resignó a la amenaza de ser denunciado a las autoridades; aunque él pensara que la loca era una asesina, estaba claro que, antes de que lo creyeran a él, la creerían a ella, así de sencillo. Él no existía para los representantes de la ley, ni siquiera lo consideraban un animal, simplemente, un objeto, nada más. Asimismo, no le quedó más remedio que interpretar su papel, designado por Irene, que lo invitó a parecer un individuo normal y a ser su pareja, no su esclavo.

Al poco tiempo de volver a instalarse y esperar un plazo prudencial, en el que sin duda su vecina se estaría comiendo las uñas y muriéndose de curiosidad, decidió visitar a su ociosa enemiga. La encontró lo mismo que siempre, asomada en su puesto de vigilancia, intentando disimular regando sus geranios.

La entrevista obligada, pero imprescindible para acallar habladurías indeseadas, fue breve. Le contó a grandes rasgos cómo había conocido a este

Adonis y le explicó que tuvo que devolver al cautivo ante su reciente felicidad. Angustias se tragó el anzuelo, no porque fuera una señal inverosímil que un joven tan educado y guapo se fijara en una mujer, digamos, algo madurita, más cerca de la tercera edad que de la segunda, sino porque la envidia le nubló el sentido; miró a su propio esclavo con desdén y no discurrió más allá de lo que sus ojos le mostraban.

La pareja no sufría problemas graves. Pillaron a la agente a toda velocidad con su coche patrulla, gritando y medio desnuda. No se le ocurrió mejor idea que actuar como en la peli *Thelma y Louise*, despeñándose por un barranco con el equipo de música a todo volumen, llenando el ambiente con cientos de vatios de un estridente *heavy metal* ochentero, digno de los más chillones, rompiéndote los tímpanos.

Luego de recoger sus pedacitos, esparcidos lo mismo que si de un accidente aéreo se tratara, ataron cabos y al momento le cargaron los muertos. La culparon de una enfermedad muy común entre las féminas del siglo XIX, la histeria femenina, supuesta dolencia que venía muy bien a los varones que no entendían ni sabían nada de las mujeres. Por supuesto, sus compañeros también se apuntaron al carro de la idiotez, atando conclusiones ante una compañera harta de todos ellos.

Pasó el tiempo y, como una fruta madura, la relación entre los dos tocaba a su fin. Irene seguía erre que erre, enarbolando la bandera del amor, pero al esclavo redimido le atormentaban sus fantasmas. Como consecuencia, parecía que al Sr. Naranja no le importaba nada, estaba en un momento en que todo le resultaba indiferente.

Irene no sabía qué le ocurría. Era la primera vez que lo examinaba de cerca y captó la expresividad en su frente, surcada por varias arrugas que demostraban su dolor. La parte que peor llevaba ella era advertir su dejadez y su incapacidad para mejorar la situación; ni sus mimos ni sus cuidados

cambiaban las cosas, derivando en un depresivo amante que ni siquiera ponía la misma fogosidad en la cama. La loca podía soportar la falta de intensidad en sus relaciones, pero la combatía con largos silencios y discretas lágrimas de sufrimiento.

Irene estaba muy sola. Nunca se quejaba, pasaba el tiempo llenando sus pensamientos al recordar días felices e ignorando los cadáveres dejados atrás, pertenecientes a un pasado muy lejano. Los relegó en el fondo de su mente y tiró la llave en el océano del olvido.

Mientras mataba el tiempo, notó en él un distanciamiento cada vez mayor; cuando se sentaban juntos a disfrutar de la televisión, comer o bien leer y comentar la lectura, ella advertía lo delgado que estaba. La culpa no la tenía la comida. Irene, lo mismo que una buena madraza, lo alimentaba como si de un niño se tratara, pero se disolvía ante sus ojos. La fémina, angustiada, se refugió en la rutina de las tareas del hogar.

Una buena mañana radiante de sol, se hallaba Irene cuidando de su jardín. El Sr. Naranja, como era habitual en él desde un tiempo a esta parte, estaba con la mirada perdida en el horizonte.

«¿Qué busca, su libertad?», se preguntó Irene. Algo le decía que el problema era ella, pero no quería sincerarse y siempre lo achacaba a él, pensando que todavía sufría taras de su época de esclavo.

En su mente, no cabía nada que no pudiera arreglar el cariño. Entonces, Irene redobló sus esfuerzos, demostrándole aún más amor. Aunque el Sr. Naranja cumplía con sus obligaciones en la casa, no demostraba queja alguna en sus labores. Su cuerpo se encontraba con ella, pero en su pensamiento viajaba solo.

Angustias estaba al acecho, como una pantera en la rama de un árbol esperando a su presa. No es que fuera una repostera excepcional, pero sus

pasteles tenían buena fama en el vecindario y optó, con la excusa de la tarta, por acercarse a su vecina. De esa manera espiaría el inaudito comportamiento de su supuesto amor.

—¡Muy buenos días! —dijo, como una serpiente siseando.

—Buenos días... —respondió Irene con reprimida mala gana.

—Le traigo mi tarta favorita y una taza de té. Veo que está últimamente desmejorada, querida. —Ya había llegado a donde ella quería, ¿qué mejor que entrar hasta la cocina para enterarse de primera mano de lo que pasaba entre estos dos?

—¿Desmejorada yo? —repitió a la defensiva.

—Bueno, bueno, no se me alarme usted, es solo preocupación —intentó apaciguarla con su falso desasosiego—. Nada, mujer, tome un pedazo de mi sabroso pastel y una tacita de té y verá usted cómo todo tiene remedio —continuó, ignorando las quejas de Irene.

La misma, advirtiendo que sus lamentos habían resultado inútiles, optó por cambiar de tema:

—Hay que reconocer lo buena repostera es usted —le dijo, probando el emponzoñado dulce, con la esperanza de que se olvidara del verdadero asunto que la traía con tan socorrido presente. Irene la conocía como si la hubiera parido; la había olido a ella y a su empalagoso postre mucho antes de que a su vecina se le ocurriera entrometerse en su casa.

Después del intento de Irene de desviar su atención, la conversación giró por derroteros de lo más políticamente correctos entre vecinas. Cuando la loca pensaba que a Angustias se le había olvidado su tema principal, soltó a quemarropa:

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué quiere usted decir, Angustias? —respondió en tono amenazador.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, querida? —La respuesta era

obvia. «Demasiado», pensó Irene.

Sin contestar y comprobando que Angustias no se iría sin una explicación satisfactoria, empezó a contarle sus penas. Obvió los asesinatos, naturalmente. Su vecina se relamía de gusto al comprobar que no todo era felicidad en la casa de Irene. Un orgasmo interior, que intentó disimular, le recorrió toda la espina dorsal, viajando a una increíble velocidad, y finalizó en su mente; le causó una sensación que no recordaba, ni siquiera cuando estuvo casada y menos en su luna de miel.

—Querida, no es para menos. Entiendo por lo que está pasando.

—Este hombre me parte el corazón. No sé qué hacer, cada vez se aleja más de mí.

La vecina adoptó una falsa empatía y la consoló, haciendo piña con sus desgracias e increpando a todos los varones por desdichar de esa manera a las hembras, que lo único que pretendían era quererlos para toda la vida. Angustias obtuvo lo que deseaba y, sin dar ningún consejo para el problema de su vecina, se fue satisfecha. Se alegró de disponer de un esclavo que no se preguntaba nada y siempre se mostraba atento a sus caprichos.

Irene volvió con su Adonis, que estaba lejos, ajeno a la conversación de las féminas, y cuando digo lejos, era muy allá. Viajaba con su mente por el pasado, que añoraba, hasta tal punto que no la oyó llegar.

—¡Amor mío! —le espetó, desesperada—. ¿Qué te pasa? —le preguntó, angustiada.

Automáticamente, como si viniera de muy lejos, giró sobre sí mismo y le dedicó una mirada ausente, igual que si la atravesara.

Al principio, Angustias pensó en hablar con el alcalde, pero de inmediato rechazó esa idea. Era un hombre tolerante; «demasiado blando», caviló Angustias. En su mente, como una segunda opción, eligió al cura, anciano

bondadoso y muy anticuado. Este sí se ajustaba a lo delicado de la situación.

El párroco, hombre bajo, calvo y de edad indeterminada, pero con una barriga que hablaba por sí sola, estaba en su despacho de la parroquia, ocupado en sus interminables papeles; estos se acumulaban por razón de las defunciones, nacimientos y bodas.

—Muy buenos días, padre —dijo risueña una más que contenta Angustias. El clérigo, sin levantar la vista y de muy mala gana, le contestó:

—Todavía no es la hora del confesionario y estamos fuera del horario de misa.

—Lo sé, padre... —respondió, algo aturdida por la reacción del cura.

—¿Entonces? —preguntó sin dejar sus papeles, como si se le fuera la vida en ello.

—Verá usted, se trata de mi vecina —dejó caer como una bomba. Intentó de esa manera arrancarlo de su quehacer, pero el viejo cura siguió aferrado a él.

—¿Su vecina?

Un pensamiento germinó en su mente. Irene tenía una fama que la precedía: una viuda, digamos, una pizca alegre para las mentes sucias de esta comunidad, que no veía con malos ojos contar con un esclavo, pero a la que le parecía fuera de lugar experimentar alguna que otra aventura con los viudos disponibles que no poseyeran esclavas debido a su situación económica. No obstante, la mojigata sociedad no digería muy bien el dicho «hasta que la muerte os separe». Si a esto sumamos que no frecuentaba la parroquia con la regularidad establecida, con todo ese bagaje, la loca era una candidata a la excomunión o algo peor.

En un par de segundos, en los que le costó digerir las palabras de una Angustias convertida en salvadora de la fe, el cura por fin dejó los documentos y cruzó los brazos, en un claro signo de que hablara o callara

para siempre.

La alcahueta no se hizo de rogar y empezó a vomitar todo lo que guardaba dentro de su oscuro corazón:

—Necesito desesperadamente hablarle del comportamiento de mi vecina y usted es la única alma en quien puedo pensar —hizo una pausa para que digiriera bien la ponzoña y, al percibir un asentimiento por parte del cura, siguió hablando—. Siento molestarlo a usted con mis problemas, pero no sé cómo proceder y preciso la ayuda de alguien capacitado.

Aquellas palabras, llenas de adulaciones, alimentaron el ego del sacerdote, que engordaba por momentos, hasta tal punto que pareció que se iba a quedar atascado entre la silla y su escritorio. La conversación derivó en un extenso relato de todo lo que había visto la señora y lo que no advirtió lo relleno con su calenturienta imaginación.

El clérigo, escandalizado, le prometió tomar cartas en el asunto, al advertir que ya lo aburría con otras cuestiones sin correlación alguna con su vecina. De mala gana, la invitó a dejarlo solo con sus papeles. Su mente ya no estaba concentrada en sus quehaceres burocráticos. Las revelaciones de la alcahueta lo habían distraído de tal manera que intentó recordar por dónde iba.

CAPÍTULO 11

Irene, decidida a salvar su relación, concluyó que lo mejor era que su esclavo visitara a un profesional. Rauda, tecleó en el buscador, ávida de encontrar resultados. Se pegó a la pantalla del ordenador, como si se la estuviera comiendo. Pronto dio con el teléfono de un psicólogo que se anunciaba en una bonita web repleta de imágenes de plantas y paisajes idílicos, perfumada por una música relajante que recordaba la lluvia de una eterna primavera.

Tomaron el auto y se dirigieron a la clínica, en pos de la salvación de un Sr. Naranja acostumbrado a estar encerrado entre cuatro paredes. Durante el corto viaje, disfrutó asomando la cabeza por la ventanilla. La sensación del aire, que hacía que el pelo libremente se moviera a su capricho, le otorgó esa engañosa vibración de libertad que tanto añoraba.

El profesional poseía su consulta no muy lejos de la ciudad, en un barrio residencial apto para profesionales de diversas disciplinas. A Irene no le resultó nada difícil encontrar la clínica, que se localizaba en una planta baja, con la fachada adornada con las mismas imágenes que en la web.

Al entrar y presentarse, le dio la bienvenida la misma música de lluvia, que otorgaba un frescor al ambiente que disfrazaba la necesidad del aire acondicionado. Para completar el idílico entorno, solo faltaban los consabidos animales. De ese modo, aquello parecía una jungla o más bien un zoo urbano.

La aburrida y mal pagada secretaria, con un aspecto cansino, les indicó que aguardaran en un par de sillas incómodas de mimbre, en concordancia con la decoración del recinto.

Estuvieron un buen rato en la sala de espera, ojeando el manoseado revistero, lleno de tabloides que vomitaban la vida privada de los supuestos famosos, amontonados con periódicos que anunciaban catástrofes y subidas

de impuestos. Debajo de tanta publicación basura, estaban las revistas pseudocientíficas, que siempre dejaban a uno con más preguntas sin resolver que antes de leerlas. Irene, ansiosa por enterarse de los últimos chismorreos, enseguida se sumergió en el mundo del papel cuché. El Sr. Naranja, ávido de conocer y percibir el ámbito que le estaba prohibido, optó por los folletos de viajes.

Los ojos del especialista contemplaron con curiosidad al Sr. Naranja, mientras ordenaba a Irene silencio con un gesto y que se quedara en un segundo plano. De esta guisa estuvieron como media hora. Aunque a la celosa y refunfuñada fémina le pareciera una eternidad, el galeno, sin ningún tipo de disimulo, admiró la belleza del cautivo. La mujer se mordió las uñas al advertir la inactividad del supuesto médico, que solo observaba.

De repente y sin mediar palabra, este salió de su gabinete. A los pocos segundos, regresó con una botella de licor y un par de vasos. «¿Qué hace el loquero, la técnica es novedosa o descabellada?», caviló la loca, a la vez que especulaba. Acaso resultaría mejor irse del lugar, que bien podría denominarse de la tan engañosa y cacareada moda *new age*. Al esclavo también se le pasó por la cabeza que igual este profesional precisara otro que asimismo lo ayudara.

Irracional o no, el Sr. Naranja, después de que la botella se repartiera, se acabó de convencer e inmediatamente se sintió a gusto. Se puso a hablar como una cotorra de todo lo que le preocupaba, sin ni siquiera percatarse de que estaba siendo analizado por un psicólogo.

Irene escuchó atónita. Se dio cuenta de lo desgraciado que se sentía al vivir con ella. Considerado lo visto y oído, el doctor terminó la sesión y acompañó al Sr. Naranja a la sala de espera, explicándole que tenía que hablar a solas con su dueña. Esta se quedó algo despagada, advirtiéndole que este no la quería en absoluto. Cuando el Sr. Naranja volvió al lado de la

mujer, esta se hallaba muy dolida. La visita había sido una pérdida de tiempo para la loca.

—Todo va a ir bien, señora —la tranquilizó el facultativo, luego de ofrecerle asiento y mirarla, preguntándose qué había visto tan buen mozo en una mujer como esa.

—No hace falta que me calme, me hago cargo de la situación —respondió, todavía abrumada por las quejas de su Adonis.

—Cuando usted me llamó contándome el problema, no esperaba un espécimen tan atractivo, y eso que a mí me gustan las mujeres, señora —aclaró esto último con mucho énfasis.

—Pensaba que iba a decirme usted qué lástima que alguien tan bien parecido esté con una vieja como yo —se quejó en un tono desagradable, buscando una posible afirmación por parte del doctor para así disputarle sus posibles razones. El psicólogo no picó el anzuelo y, viéndose algo apurado, intentó salir del atolladero y cambió de conversación.

—Por supuesto, todo lo dicho en mi consulta se queda como secreto profesional, señora —comentó en tono rimbombante para darle un marchamo de ley a sus palabras. Irene no dio su brazo a torcer e insistió:

—Le entrego todo cuanto necesita, ¿qué más puedo hacer?

—¿La libertad? —no era una pregunta, más bien un reproche.

—Yo lo he creado y me debe gratitud —afirmó tajante Irene, cuya mente se oscurecía a razón de la poca simpatía que el doctor le demostraba.

—Estará usted conmigo en que la gratitud no puede esclavizar a una persona.

—Él ya era un esclavo —respondió Irene, como si hubiera descubierto la rueda.

—Por supuesto, señora, pero ahora piensa y comprende por sí mismo —sentenció el galeno.

Irene fijó su mirada en los turbados ojos del doctor. El clima se tornó denso y se podía cortar con un cuchillo. Al psicólogo, debido a su experiencia, se le encendió una alarma en su mente, acostumbrada a tratar con seres que tienen mal la azotea. Dedujo el ciclón que se estaba formando. Peligraba su vida, no alcanzando a compensar el montante de sus honorarios. Fue rápido, ya que la loca empezaba a hervir como una olla a presión. La aguja pasó de un seguro tono verde a un preocupante color naranja y caminó a pasos agigantados a un peligroso matiz rojo.

—¿Por qué no se casa usted con él? —resultó una pregunta con toda celeridad y a bocajarro.

Irene quedó sorprendida, tanto que en cuestión de milésimas de segundos la manecilla volvió a un seguro color verde. La loca se mostró pensativa y el doctor respiró al percibir que de momento su cuello no corría peligro.

La señora se levantó y empezó a recorrer el gabinete como si fuera una leona enjaulada. Después de dar vueltas cavilando, se detuvo frente a él, diciéndole:

—Puede que no sea mala idea.

—Es lo mejor para usted, pero tal vez tenga algunas dificultades —dejó caer, contrastando cómo lo encajaba Irene. La misma recogió la insinuación con rabia y temor:

—¿Dificultades?, ¿qué más puede pasar?

—Por lo pronto, contar con su aprobación, je, je, je... —no eran unas risas, más bien los nervios de una buena ocurrencia.

—Descuide, está todo bien atado —respondió, muy segura de tenerlo agarrado por los cataplínes—. No le queda más remedio que obedecerme; o eso, o volver a la tienda y ser vendido a cualquier desalmada.

—También hay otro inconveniente, en el que usted no posee poder alguno —esas palabras, dichas con tal seguridad, lo devolvieron a su primera

posición de licenciado en Psicología. Parecía un juego de naipes, compitiendo los dos por la carta más alta.

—¿Más inconvenientes? —preguntó, furiosa.

—Por supuesto, señora... —balbuceó el doctor, perdiendo su posición.

—¡Vaya despropósito! —aulló Irene, levantándose de la silla, dispuesta a irse, un mal menor para el médico. Rápidamente, a medio camino, giró sobre sí misma—. ¡Piense con la cabeza, matasanos!, ahora que me ha convencido, pretende quitármelo de la mente. ¡Me está mareando! Imagínese que él cambiara y se cansara de mí —sin esperar respuesta, siguió diciendo—: ¡No estamos hablando de un hombre normal y corriente, sino de un esclavo, tan fiel y tonto como un perro, y aunque él no quiera, me pertenece! —calló; mirándolo desafiante y percibiendo que llevaba la voz cantante, continuó con su arenga—. Pero yo sé lo que le pasa. Usted se piensa que soy una enlutada mojigata, esperando el momento de reunirme con mi odiado esposo. Ni me considero viuda ni espero encontrarme a ese idiota; deseo con todas mis fuerzas que se pudra en su tumba. ¡A mí no me interesan los problemas que tenga que afrontar, lo que quiero es que lo alivie de una puñetera vez!

Irene estaba desatada. Su cerebro parecía una caldera a presión, que volvía a aumentar, acercándose al temido color rojo. Cuando ya ni siquiera la válvula de seguridad salvaría al psicólogo de una inminente transición a la otra vida, se levantó, mirándola directamente a los ojos. La loca no se había imaginado esta maniobra en ese instante, por lo que él consiguió algunos segundos de ventaja, que aprovechó para preguntarle:

—¿Le importa lo que sus vecinos piensen de usted?

—En absoluto —manifestó Irene.

Aunque había respondido con firmeza, no las tenía todas consigo. Ella sabía que sí le afectaba, no de la manera que pensaba el doctor, pero sí lo suficiente como para preocuparla. La envidia era un cáncer que corroía hasta

a las mejores personas y pudiera convertirse en una epidemia entre sus vecinos que la perjudicara. Temía que indagaran al punto de descubrir que era dueña de un simple esclavo reciclado a su voluntad.

—Entonces, señora, si usted lo tiene tan claro, no voy a ser yo quien la convenza de lo contrario. Su esclavo está curado; por mi parte, le doy el alta —comentó a toda prisa, con ganas de quitarse el muerto de encima, nunca mejor dicho.

—¡Muchas gracias, doctor, lo haré el hombre más feliz del mundo! —exclamó.

—No lo dudo, señora —respondió, sintiendo una punzada de remordimiento al deberse al secreto profesional. Tampoco era partidario de hacerse el héroe y menos por un esclavo, por muy reciclado que estuviera.

¿Irene era religiosa? Nada más lejos de la realidad. ¿Entonces, por qué estaba en la sacristía, hablando con el clérigo? ¿Quería dar un marchamo de cierta oficialidad a su futuro enlace? Todas esas preguntas debería contestarlas ella. Por supuesto, ni siquiera yo lo sé. Ahora, acercándome un poco a la conversación, me enteraré y ustedes, por ende, también.

—Él me ama, aunque usted no se lo crea, él me ama.

Estaba turbada después de contar sus planes al cura; aquel no comulgaba con ella, más bien le puso todas las trabas que en su regia educación sacerdotal le habían impuesto en el seminario, luego de tantos años aprendiendo a salvar almas.

—Entiendo mejor de lo que a usted le parece —contestó con la voz pausada y calmada, como le habían enseñado.

—Me enamoré de él al instante —contraatacó.

—Me parece que se equivoca, él se cansará pronto de usted.

—No se preocupe, lo mantendré siempre ocupado. De todas maneras,

confío en su amor, que podrá con todo, hasta con el cansancio y la monotonía.

—La juventud sí que puede con todo. Pero tenga en cuenta que el tedio es como un cáncer, que les corroerá su amor, por muy enamorados que ustedes estén. Si encima la diferencia de edad resulta tan desequilibrada en su contra, mi consejo es que no se casen, so pena de convertir sus vidas en un continuo infierno. —Se cruzó de brazos, en un claro signo que dejaba a las claras que no admitía recurso alguno frente a su dictamen.

—¿No es suficiente el cariño a los ojos del Señor? ¿Qué importa la edad? —contestó a la defensiva, enarbolando la bandera del amor y nombrando al Ser Supremo como si le supusiera una ventaja táctica sobre el clérigo.

—Podría ser su madre, ¿no? —preguntó, sarcástico.

—¡Yo no soy su mamá!, tampoco me siento como tal y él no piensa en mí de esa manera. Nosotros somos únicos, él, un esclavo, y yo, una mujer que quiere y añora su juventud perdida con un cerdo, al que el Señor tenga en su particular Infierno —terminó, santiguándose al recordar a su difunto y odiado marido. El clérigo no se lo tomó nada bien y, perdiendo los papeles, replicó:

—¡No blasfeme, señora, que, aunque estamos en secreto de confesión, no le da derecho a nombrar a Dios en vano!

Irene suavizó su lenguaje, no era plan de ofender al cura; deseaba y necesitaba que, a los ojos de la sociedad, aquello tuviera todos los beneplácitos posibles.

—Señora —dijo muy serio el cura—, está claro que los dos forman una pareja rara desde cualquier punto de vista. Le aconsejo que admita lo sorprendente de sus circunstancias —tomó aire, disponiendo de un par de segundos para aclarar lo que a continuación dijo—. No comparten nada, si exceptuamos el amor que se profesan, ¿estoy en lo cierto?

Irene recapacitó sobre su pregunta, que tan obviamente expresaba la boca

del clérigo. Sabía que la única enamorada en esta situación era ella y que él de seguro la odiaba, pero como siempre se machacó el sentido. Con una frase que en su mente le sonó lo mismo que un mantra (su cariño valía por el de los dos) el eclesiástico dejó que Irene rumiara sus palabras y, volviendo a la carga, siguió:

— ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de que existen grandes diferencias entre los dos?: de edad, de inteligencia, de estatus social y económica. Así seguiría hasta el día del juicio final. De hecho, él no ha venido con usted, ¿quiere más pruebas? —sentenció el sacerdote.

—Si mi amado no está aquí es porque se halla indispuerto. —Mentira, estaba atado y bien atado, esperando el regreso de su amada—. Los lazos —que lo tenían maniatado— emocionales que nos unen son lo bastante fuertes para superar esas diferencias que usted con tanto énfasis me ha echado encima —le reprochó Irene.

Ante la terquedad de la mujer, el clérigo ya no estaba para esos trotes y menos para promover la ruptura de una pareja que pretendía casarse por el rito religioso, aunque parecieran más raros que un perro verde. Tampoco era plan de oponer resistencia, ya que a la Iglesia no le sobraban feligreses, que preferían tomar el sol o pasar el domingo disfrutando de la familia y no oyendo el sermón de turno. Asimismo, pues, con todo el dolor de su corazón y a sabiendas de que aquel par de tortolitos nunca llegaría a ninguna parte, claudicó:

—Está bien, por mi parte, no tengo ningún inconveniente en celebrar su ceremonia. Ahora, asumirán el soportar una gran cantidad de miradas huidizas, murmuraciones desagradables y, por si fuera poco, los dedos de sus vecinos señalándolos lo mismo que a unos bichos raros y, sobre todo, a usted que, siendo viuda, llevará doble ración de insultos.

Irene se alzó. Lo mismo que si tuviera un resorte metido en el culo y tiesa

como un palo, afirmó:

—Me hago cargo, padre. Estoy segura de que pasará como usted ha dicho.
—Lo miró altiva y desafiante. Al comprobar el efecto de sus palabras, siguió
—: En absoluto me importa lo que piensen los demás. Cuando me vean del brazo de mi flamante marido, se callarán todos los chismes, por lo menos delante de nosotros.

Irene, luego de sus conversaciones con el matasanos y el clérigo, se quedó convencida de que la envidia de uno por su felicidad, la cual él no poseía, y el puritanismo del otro debido a su estricta educación les quitaba total autoridad para convencerla de lo contrario.

Aunque no lo tenía muy claro. Es posible que ellos no reunieran el poder para hacerla claudicar, pero habían sembrado dudas que, a la postre, son como los gusanos cuando se meten dentro de la fruta. No paran hasta que la pudren por completo. Decidió que, para estar relativamente tranquila con su conciencia, convendría someter a una entrevista a su maniatado amante.

El sótano seguía siendo un lugar muy seguro para detener las ansias de libertad del Sr. Naranja, resignado al observar pasar las ratas entre sus atadas piernas. Los roedores, ajenos a sus desgracias, hacían una vida normal; correteaban descarados por todas partes y solo se preocupaban de buscarse el sustento. Ya se habían acostumbrado a este humano, que no representaba peligro alguno. Él las llegó a odiar; no es que les tuviera aversión, ni siquiera miedo, pero su mente, aburrída de tanto tiempo sin poder moverse, solo distinguía cómo se comportaban. Esta fastidiosa situación le jugaba una mala pasada, haciéndole creer que se burlaban de él y se pavoneaban delante de sus narices por su falta de autonomía de movimientos.

—¿Qué tal, amor?

Una risueña Irene se le acercó; disimulando sus dudas, intentó aparentar absoluta normalidad. Si tenemos en cuenta su supuesta pasión, que estaba

atado y ella dudaba de su comportamiento, nos imaginamos una escena cuanto menos rara. La mente siempre nos hace advertir lo que queremos y nuestra heroína no iba a ser menos. Él no contestó, pero su furibunda mirada habló por sí sola; si hubiera poseído el súper poder de desintegrarla, no lo hubiera dudado un segundo. Irene aceptó su callada por respuesta y siguió hablando:

— ¿Qué te pasa, cariño?, te veo muy cansado.

Por la imaginación del Sr. Naranja pasaron unos negros nubarrones, acompañados de rayos y centellas, pero era tal el hastío por sus circunstancias que ya no le quedaban fuerzas para luchar y continuó sin decir palabra. Entre tanto, la expresión de su cara era todo un poema. La loca no esperó contestación alguna; no sabía cómo plantearle el tema. Algo tímida, como si le costara por primera vez hablar con él, abrió su bolso de mano y sacó un paquete de pañuelos de papel; siempre los llevaba por si acaso, nunca se fiaba de los retretes públicos. Desenvolvió uno y empezó a estrujarlo entre sus nerviosas manos. Alzó la vista y, al verlo tan de cerca, suspiró para sí misma: «¡Tan joven, tan guapo!».

Su ímpetu flaqueó; se sintió vieja, fuera de lugar y tremendamente culpable. A los pocos segundos, se recuperó, sacando fuerzas de flaqueza, y continuó:

—Esto... —Por muy raro que parezca, balbuceó y eso que era ella la que tenía la sartén por el mango—. Resulta muy embarazoso lo que te voy a decir, pero es lo mejor para todos. —Observó la cara de pasmado del Sr. Naranja, que no se creía lo que estaba escuchando.

—¡Estás loca de remate! ¿Me entiendes? —gritó con desesperación.

—No te lo tomo en cuenta, amor. Sé que no eres tú el que habla, sino tu antigua condición de esclavo; todavía tienes residuos, que yo con el tiempo te limpiaré —haciendo oídos sordos a las quejas de su amado, la mujer volvió

de nuevo a su principal tema—. Todos están de acuerdo.

—¿En qué? —preguntó, aturdido y sin idea de qué y con quién había hablado.

Irene le relató sus conversaciones con el psicólogo, el cura y sus madres, que siempre estaban hurgando en su mente; obviamente, narró lo que a su estropeado juicio le convenía. Cuando terminó de contar sus entrevistas, determinó que era hora de facilitarle la noticia, pero antes, en un último intento de convencerlo de sus intenciones, creyó que debería darle explicaciones de su meditada decisión.

—Soy lo bastante vieja y podría ser tu madre o tu abuela, si me apuras. No soy agraciada ni tengo atractivo alguno. Me hago cargo de que unir tu belleza con una envejecida como yo debe de resultar para ti un trance muy amargo. Ahora, mi inteligencia suplirá mi falta de hermosura y juventud, porque no olvides que eres un esclavo al que la sociedad trata de estúpido. Por eso, es mejor que nos casemos.

El Sr. Naranja se hallaba convencido que aquello se trataba de una pesadilla. Al presente, esta mujer estaba loca de verdad. No había lugar donde esconderse, ni siquiera era una rata que pudiera desaparecer por las innumerables ratoneras del sótano. No dijo nada, ¿qué alegar ante el amor transformado en locura? Irene no quería perder el tiempo y, viendo que lo tenía noqueado con sus argumentos, siguió hablando:

— ¿No gozo del derecho a realizarme como hembra y a gozar de la vida lo mismo que cualquier otra? —Las preguntas se amontonaban en la mente de la perturbada, que necesitaba de alguna manera desahogarse. El cautivo vio una posibilidad de convencerla de lo contrario y contraatacó, apelando a su sentido común.

—¿Has pensado en la gente? Tus vecinos te atormentarán, se burlarán, serás la comidilla de todas las tertulias. ¿Te haces cargo de la suma de

dificultades que tu decisión te va a acarrear?

—Sí, amor mío, he pensado en todos esos problemas, que tú, con ese afecto que te honra, tienes a bien indicarme. Pero, querido, estarás conmigo en que yo tengo derecho de sacar a la vida toda la felicidad que pueda, como cualquier otra pudiera sacarle —habló con determinación, pero algo cabizbaja, retorciendo el ya estropeado pañuelo de papel para pedir perdón por su atrevimiento al provocar un cisma en su sociedad.

Irene, cargada de razones, se fue. De momento, dio por buena su charla con el maniatado Sr. Naranja. Este se quedó tan aturdido que pensó que le vendría de perlas volver a ser como antes, sin juicio ni beneficio, viviendo en la bendita ignorancia del esclavo. ¿A qué mala hora esta mujer se enamoró de él, sacándolo de su cómodo *statu quo*? Todos esos pensamientos engrosaron su ya delicada mente y, a la salida de la loca, empezó a poner nombres a sus queridas ratas, que seguían burlándose de él o eso le pareció.

Al poco de irse Irene, unos furtivos pasos en el piso de arriba le hicieron creer que la autoridad había dado con el paradero de la loca. No perdió la esperanza de ser rescatado e intentó de alguna manera llamar la atención, pero solo consiguió exclamar un ridículo grito de impotencia, que no asustó ni siquiera a sus amigas las ratas.

El olor a podredumbre, generado por días de aislamiento y sin ventilación, habían puesto sobre aviso a los agentes; dispuestos a salvar a una supuesta víctima, encontraron la puerta. Con un par de embestidas la derribaron y accedieron a las escaleras del sótano; los condujeron a una dantesca escena, donde un ser vivo estaba maniatado junto a sus propios excrementos.

Como andaban buscando al Sr. Ramírez y este sujeto desmejorado y sucio era irreconocible, decidieron asegurarse de su identidad antes de liberarlo.

Los esclavos llevaban un chip, por consiguiente, lo primero fue pasarle el lector. Las protestas del Sr. Naranja se dejaron oír ante los estupefactos

agentes, que lo contemplaron atónitos, preguntándose si no se habían equivocado de hombre, pero la lectura no admitía errores. Hablara o no, ellos cumplían órdenes estrictas. No había la menor duda: era un esclavo con su serie, año de almacenaje y perteneciente a la empresa que lo andaba buscando. Lo desataron y le pusieron una camisa de seguridad para la suya y la de los demás. Lo trasladaron a un furgón, para acto seguido devolverlo al almacén.

CAPÍTULO 12

—¿Qué le estará dando la vida? ¿Qué más podría yo ofrecerle?

Estaba sola en su refugio de montaña, preguntando a un espejo viejo con manchas negras y agrietadas que colgaba de una triste pared, creando la ilusión de que pertenecía a un cuarto de aseo. Después de devolverle la imagen de un rostro agrietado, poco a poco fue apareciendo detrás de una espesa niebla, que se difuminó a medida que iba mostrando a sus madres, como si de un anticuado monitor se tratara.

—Seguro que a él le va mejor que a mí —siguió platicando con sus comadres que, indulgentes, la miraban y le dejaban hablar; solo con sus semblantes daban muestras de estar conformes o disconformes con sus argumentos, pero no pronunciaban nada ni en contra ni a favor—. Dentro de lo malo, lo menos malo es casarse de por vida —afirmó, convencida—. En un principio, pensé que vivir juntos resultaría suficiente para acallar las malas lenguas, pero el tiempo me ha quitado el fundamento: es mejor el matrimonio. De este modo, será entera y legalmente mío. Yo sé que él está deseando que juntemos nuestras vidas. Se halla enamorado y agradecido. Al casarnos, no tendrá que inquietarse de que alguien descubra su verdadero pasado. Él me ama, sea lo que sea, yo también lo amo. Conmigo, él no necesitará preocuparse en absoluto; lo protegeré, lo cuidaré, lo alimentaré y lo amaré como ninguna mujer lo ha amado antes. Desde luego, soy más aventajada que una joven e inexperta en los asuntos amorosos. —En un momento dado, cambiaron el semblante, pasando de una tolerante y paciente actitud a un talante disconforme—. ¡Sí, madrinas, me casaré con él! Si tengo que luchar frente al mundo entero, incluidas vosotras mismas, que así sea —nunca se había expresado con tanta determinación.

La juventud se va con la edad, pero las ideas claras y el amor al afrontar

las dificultades rejuvenecen el espíritu. A ojos de sus mamás, una belleza pasajera había inundado la expresión de una Irene convertida en la Juana de Arco de la pasión.

— ¿Tener hijos? No, señoras; sé que soy demasiado vieja y él no necesita descendencia. ¿Cómo iba a explicar a sus vástagos su procedencia?

La edad de Irene hacía presagiar que, aunque quisiera, nunca se quedaría embarazada. No obstante, solo tuvo una oportunidad de comprobarlo con su difunto esposo. Había engendrado un hijo y tampoco experimentó muchas relaciones sexuales ni dentro ni fuera del matrimonio. Continuamente apeló a la socorrida excusa de una larga y penosa menstruación y, cuando se suponía que ya no la tenía, una oportuna migraña se apoderaba de ella de tal manera que a su resignado marido no le quedaba más remedio que contentarse con realizar maniobras en la oscuridad. El oculto lugar de esparcimiento dejó tiempo atrás de cumplir su cometido, ya que bien sabía la susodicha que a escondidas el idiota visualizaba vídeos porno y sobaba las revistas de señoritas sin ropa.

Con el Sr. Naranja, fue todo lo contrario; siempre tomó precauciones, no por el miedo de quedarse en estado de buena esperanza, pero sí por temor a cualquier contagio de alguna enfermedad propia de esclavos. Ahora que se iba a casar, no quería correr riesgos, pero sí disfrutar y que él también disfrutara.

Decidida a poner enmienda, visitó al ginecólogo para una intervención rápida e indolora. Dicho y hecho, tomó su auto y, rauda, se aproximó a la gran urbe.

Irene se hallaba en la consulta de un prestigioso y caro ginecólogo. No estaba dispuesta a que cualquiera hurgara en sus partes bajas. Espatarrada en el potro, desnuda de cintura para abajo y cubierta por una especie de lienzo, el médico la examinó a la vez que preguntas impertinentes salían de debajo de la sábana. Hasta aquí todo rutinario.

—Qué sorpresa le voy a dar, que va a necesitar estar sentada. Mejor dicho, siga tumbada, por si acaso se cae al suelo.

Después de la delicada noticia, le mandó que se vistiera. Una vez acomodada frente a su pulcro escritorio, que cualquiera diría que pertenecía a un descuidado médico, este empezó a exponerle las razones por las que estaba embarazada. Más bien se las explicaba a él mismo, ya que, para una mujer de su edad, resultaba un milagro que se hallara en estado de buena esperanza.

Irene salió de la consulta sin ninguna idea clara de quién era el padre de su futura criatura. Repasó en su memoria las veces que había violado al Sr. Naranja y no correspondían a ninguno de sus periodos fértiles. Si deducimos que ya hacía tiempo que no los tenía, el asunto pasó de lo imposible a lo milagroso. Tampoco recordaba una relación con seres de otro mundo. Ahora, sí que había experimentado fantasías eróticas, pero claro, de eso a quedarse preñada... había un trecho; por muy loca que estuviera, incluso ella concluyó lo inverosímil de su situación.

La enamorada y olvidadiza Irene ya no se acordaba de su Adonis, ni siquiera pasó por su vivienda. Era tal la sorpresa del embarazo que, como suele ocurrir en estos casos, el supuesto padre de nuestro hijo descendió a un segundo plano. Si por una de aquellas no estuviera de acuerdo, correría el riesgo de bajar muchos enteros en la bolsa de la convivencia. Fue directa a su refugio a consultar con sus madres el estado de su futura esperanza.

Ansiosa por una respuesta, se situó de nuevo delante de su espejo. Como siempre, primero, una niebla, un chisporroteo eléctrico y, al despejarse, vislumbró las siluetas de sus madres; impasibles, esperaron las consabidas preguntas de su ahijada.

—¿Quién es el padre, madres?

—Qué más da, hija —respondieron, molestas.

—A estas alturas, debe de ser alguien extraordinario.

—Lo es. Disfruta de tu preñez, hija mía, y no preguntes ni el cómo ni el porqué.

Aclarado este punto, entonces se acordó del Sr. Naranja. Rauda, tomó el camino a su casa; mil y unas dudas le nublaron la mente.

«¿Cómo explicar mi embarazo? ¿Me rechazará?».

Decidió aplicarse la técnica del avestruz; de momento, metería la cabeza bajo tierra y luego ya veríamos...

Cuando llegó a su domicilio, un espectáculo desgarrador se le presentó en forma de catástrofe; lo mismo que si acaeciera un huracán, todo estaba despedazado y rebuscado. No es que ella residiera dentro del orden y de la limpieza, pero aquel lugar la trastocó. Conforme avanzó entre la anarquía, se temió lo peor. A trompicones y sin reparar más en la desastrosa situación, fue directa al sótano.

La puerta se encontraba reventada, como si hubiera sido violada por una manada de elefantes. La horrible visión no hizo más que aumentar el pánico que venía arrastrando desde que había visto todas sus pertenencias esparcidas, a modo de una banda de vándalos arrasando todos los pueblos hasta llegar a Roma.

Luego de advertir las ligaduras en el sucio suelo y las manchas de sangre, dedujo que su Adonis se había defendido como un valiente.

No había tiempo que perder. No tardarían en dar con ella, ya le extrañaba que no pusieran algún policía a la espera de caerle encima con todo el peso de la ley. «¿Son tan torpes que piensan que se ha atado él mismo o no se imaginan que ha sido ayudado por una mujer libre?», se preguntó con desasosiego.

Espantada y temerosa de que la apresaran, sospechó que daría a luz entre rejas. Decidida, tomó las de Villadiego en dirección a su refugio de montaña.

El tiempo pasó a un segundo plano en la vida de Irene, resuelta a llevar su embarazo a buen puerto y a dedicar su cuerpo y alma a una existencia contemplativa. Fue ayudada por los consejos de sus madres que, como guardianas del futuro vástago, de vez en cuando aparecían en su destartalado espejo, indicándole la mejor forma de sobrevivir en estas inhóspitas latitudes.

En los descansos entre la caza, la pesca y procurar mantener la choza lo mejor posible, se acordó del Sr. Naranja. Deseó que saliera bien parado de esta situación, aunque se temía lo peor. En los casos en que el esclavo representaba un peligro para la sociedad, las autoridades actuaban de inmediato y reciclaban la mercancía.

CAPÍTULO 13

El Sr. Naranja era ajeno al embarazo de su acosadora. Mientras Irene vivía expatriada de toda civilización, el esclavo estaba siendo estudiado por la comunidad científica. Se trataba de un caso extraordinario digno de un concienzudo examen. De momento, se hallaba en una especie de amplia jaula, bien alimentado, vigilado las veinticuatro horas por un sistema cerrado de vídeo y motorizadas sus constantes vitales a una prudente distancia; de esa manera y dentro de lo que cabe, le permitían cierta movilidad, todo en aras de la ciencia.

El cautivo, para sorpresa de sus carceleros, pidió una selección de libros que bien pudiera haber elegido cualquier erudito profesor. Él dedujo que, mientras fuera un raro espécimen de la naturaleza a estudiar, no corría peligro de que lo volvieran a domar. Parecía una palabra suave en comparación con «perforarle el cráneo» que oyó en tono de burla a los que se encargaban de la limpieza de la jaula.

Eran las tres de la madrugada. Sus carceleros por la noche se reducían a un mínimo dispositivo de vigilancia, aunque funcionaban los monitores y sus constantes vitales seguían transmitiendo sus datos al ordenador principal. Los guardias se componían de un par de hombres, que se dedicaban a mirar deportes y películas no aptas para menores.

A estas horas, el Sr. Naranja, cansado de leer, se dispuso a dormir. Sin embargo, no sabía a qué altura de la jornada estaba, pero sí que deducía por la falta de personal, que de costumbre le practicaba toda clase de pruebas, que se encontraba en un ciclo nocturno. Además, vio a sus vigilantes bostezando, que estaban escasamente a un par de metros de él, dentro de una pecera de cristal blindado; asimismo, su reloj biológico también ayudaba. Le confirmó, ahora con total seguridad, que se hallaba en la etapa del día de completa

oscuridad.

—¡Despierta! —la potente voz sonó como si perteneciera al sueño, que en estos momentos no mostraba nada relacionado con la loca.

El Sr. Naranja, molesto por esta interrupción, optó por ignorarla, atribuyéndola a una mala digestión de la copiosa cena servida por sus carceleros, que no dudaban en complacer sus caprichos.

—¡Espabila! —insistió con más fuerza. El esclavo, soñoliento y enojado, por fin se incorporó.

—¿Quién cojones es? —preguntó colérico, mirando a todas partes.

—¡Arriba, imbécil! —aulló la voz.

El Sr. Naranja, obedeciendo como un buen chico, alzó la vista. Un ser luminoso y esplendoroso estaba a cierta distancia del suelo, igual que si flotara en el aire. Entre sus manos sostenía un corazón, que palpitaba tal si estuviera vivo. El color rojo fuego de este inundaba toda la estancia, que adquirió una tonalidad aterciopelada, semejante a los pétalos de una inmensa rosa.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar.

—¡Soy el enviado del dios del amor, idiota! ¿Es que no ves mi corazón?

—¿Un ángel? —cuestionó inocentemente.

—¿De qué ángel me hablas, cabeza de chorlito?

—Bueno, los enviados son ángeles, ¿no? —planteó, intentando no parecer más tonto de lo que demostraba.

—Bueno, vale, lo que tú quieras, soy un ángel... —respondió, resignado.

—¿Y cómo te llamas? —preguntó, esperando un apelativo rimbombante para la ocasión.

El enviado sospesó los pros y los contras de semejante interrogación. «¿Qué han visto en este ser, para que sea el padre del niño?». Se decidió por un nombre que había oído en sus clases de preparación para su venida a este

mundo inferior.

—Está bien, me llamo Mihael.

—Muy bien... Sr. Mihael, como usted verá, estoy en estos momentos forzosamente recluido en esta jaula. ¿En qué puedo ayudarlo? —procuró aparentar un falso dominio de la situación.

—Usted me toma por idiota, señor mío. Mire a su alrededor.

El Sr. Naranja, obediente, se fijó en que los dos guardias estaban fuera de combate; los monitores y sus constantes vitales daban una falsa información al ordenador central que, engañado, estaba motorizando los datos e imágenes de una supuesta copia del esclavo.

— ¡Vamos, que no tengo todo el día, acérquese a mi corazón! —requirió con prisas a un aturdido y subyugado sujeto.

—Oiga, pero... Esto, ¿a qué viene tanta prisa? —balbuceó, algo desorientado.

—¡Tengo una misión que cumplir, no me sea llorica!

—Y a mí, ¿qué me cuenta, señor mío? —protestó airadamente.

—¡Hay que joderse con estos humanos! —se lamentó, colérico.

—Como mínimo, dígame por qué tengo que tocarle el corazón... Vamos, qué menos que una explicación.

—Irene lo necesita —dejó caer con la máxima suavidad de la que fue capaz.

—¿La loca? —preguntó, atónito.

—Por favor, más respeto hacia la madre —respondió, solemne.

—¿Qué, va a ser mamá? —soltó, repasando las veces que forzosamente fornicaron.

—Por favor, se dice «hacer el amor» —alegó, condescendiente.

—¡Y una mierda! —replicó, recordando las carnes sudorosas, fofas y viejas de la loca—. Esta mujer, bajo chantaje y amenazas, abusó de mí... —

Volvió a acordarse del olor a sábanas rancias y húmedas.

—¡Pues... ahora está embarazada! ¿De qué manera lo explica? — preguntó quejumbroso el ángel, como si le hubieran desflorado a su propia hija.

—¡Imposible, señor mío, tomaba precauciones! —afirmó, tajante.

—Bueno, pues habrá sido el Espíritu Santo —respondió el ángel en tono burlón, para luego seguir levantando la voz—. ¡Yo solo cumplo órdenes, no me cuente milongas, tiene que acompañarme!

El Sr. Naranja recapacitó y, en el fondo de su memoria, recordó aquella vez que, llevado por las artes amatorias de la vieja, que era más profesional que cualquier meretriz del puerto, acabó llevándoselo al huerto y él dejó su semilla dentro de ella.

—Ahora va recordando, ¿verdad? —le preguntó el ángel, que parecía de la Santa Inquisición.

—Bueno, la verdad... —dijo, dudando, pero enseguida algo le indicó que la fémina era muy mayor para quedarse embarazada—. ¿Cómo es posible que esta vieja esté preñada? Si tiene más edad que el propio Matusalén —afirmó, redicho.

—Caprichos del jefe, yo solo me limito a obedecer y punto —terminó la frase de forma rotunda, sin lugar a discrepancias.

«Todo mejor que estar aquí dentro, a la espera de ser intervenido», pensó resignado el Sr. Naranja.

—Está bien, ángel o lo que seas, te tocaré el corazón.

¿Era la velocidad del pensamiento o se hallaba alucinando en colores? Después de tocarle el corazón, una descarga de energía lo sacudió de arriba abajo, advirtiéndole que su cuerpo se había fundido con el mensajero.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró en una especie de choza deteriorada, sucia y que olía a ganado. Su extrañeza y espanto no acabaron

aquí; un rebuzno le hizo dirigir su mirada al fondo de la estancia. Entre la pobre iluminación, distinguió a la loca amamantando a un niño y, a ambos lados, un buey con su amenazadora cornamenta y un asno, que no parecía muy conforme con su papel en esta patochada. No se lo explicó, pero movido por un instinto al que no se podía negar, ocupó su sitio al lado del infante.

—¿Qué cojones pasa aquí? —preguntó mosqueado el Sr. Naranja.

—Ese lenguaje, amor mío, no es propio de la ocasión —lo reprendió la loca.

—Pero... ¿cómo es posible todo esto? ¿Yo también me estoy volviendo loco?

—Todo es voluntad del dios del amor. Todo lo puede, todo lo quiere —sentenció una desconocida Irene, que semejaba tocada por la gracia divina.

El niño, ajeno a las disputas de sus padres, succionaba los flácidos pechos de la vieja como si de una de las mejores nodrizas se tratara. La madre, henchida de orgullo, admiraba a su retoño mamando; gordito, sano y sonrosado, haría las delicias de cualquier pediatra.

—Admira a nuestro hijo y calla —le ordenó.

El esclavo se puso al lado del crío, pero no calló; era demasiado para una mente reciclada hasta hacía poco en una humana, necesitaba más tiempo. No digería muy bien ese concepto del Dios que todo lo puede.

—¿Pero... qué dices?, ¿nuestro hijo? —preguntó en tono exagerado, intentando ofenderla.

—Sí, amor mío, fruto de nuestro cariño y de la gracia de Dios —dirigiéndose al enviado, que tan pacientemente esperaba después de llevar consigo esta carga de carne y huesos—. Gracias por todo, Mihael.

El mensajero, orgulloso de su deber cumplido y complacido por el agradecimiento de tan trascendental figura, se estremeció para, acto seguido, desaparecer de la escena.

La estampa era de lo más navideña: la pareja de animales, el suelo lleno de paja mezclada con los excrementos del ganado, asimismo, en el medio de la estancia, una especie de cuna rellena de forraje y, encima de la misma, el niño hijo del dios del amor, acompañado por Irene y el Sr. Naranja. Este se resignó a los lamentos del asno al ejercer de actores en esta obra, que se podría muy bien llamar *Un nacimiento de tercera categoría*.

—¿A esta patochada le falta algo? —preguntó el Sr. Naranja.

—Por supuesto, y están al llegar —rebuznó el asno.

—¡Hay que joderse! Ahora también habla el bicho —se quejó el esclavo.

—¿Qué esperaba usted? —cuestionó, ofendido.

—No sé... —Dudó entre seguirle la corriente o ignorar la súbita inteligencia de este animal—. ¿Quién está al llegar? —interrogó, eligiendo la primera opción.

—Por supuesto, los magos, ¿quiénes sino? —respondió el buey, entremetiéndose en la conversación.

—El asunto promete, ya no me extraña nada. Definitivamente, estoy loco, aparezco muerto o me agujerearon la mente y no me di cuenta —opinó con voz lastimera el Sr. Naranja.

—Nada de eso, amor mío. Estás aquí y ahora, y no, no te encuentras ido. Pronto llegarán y traerán regalos —vaticinó Irene, que no cabía en sí de la dicha.

Los tres magos avanzaban penosamente por el sendero que conducía a la choza. Venían de muy lejos, fue un capricho del Creador. Según el mismo, el boato para esta misión estaba justificado para que el boca a boca de sus habitantes pasara de generación en generación. De esta manera, quería dar un marchamo de leyenda al nacimiento de su vástago y qué mejor que practicar el camino a pie, propagando la buena nueva por todos los rincones del planeta.

El viaje fue tan penoso que maldijeron el lugar elegido para que el hijo del amor naciera en este mundo. No entendían que su jefe hubiera preferido un planeta tan inhóspito cuyos nativos eran unos salvajes; se alimentaban de otras criaturas, destruían la naturaleza y se mataban entre ellos. Les había explicado que su cometido consistía en proporcionar las armas adecuadas al infante para luchar contra el odio y ganar terreno al afecto, que tanta falta hacía encajar en los humanos.

Al fin, cuando entraron en la choza, descargaron sus bártulos y resoplaron, aliviados por finalizar tan penoso viaje. Irene, paciente, les dejó tiempo para que recobraran el aliento. El asno rebuznó y el buey mugió como señal de bienvenida. El niño, a su vez, dio un repertorio de berridos grandilocuentes, dignos de un príncipe. El Sr. Naranja, perplejo por la visita anunciada de tan singulares personajes, estaba impaciente por los acontecimientos venideros, que desde luego estarían a la altura de la falta de cordura de los anteriores.

El primer mago, ofreciendo sus respetos al niño y dirigiéndose a los presentes, con solemnidad dijo:

—He aquí mi obsequio.

Se arrodilló en un claro signo de respeto. Entre sus manos llevaba un magnífico arco blanco de madera de tejo y con incrustaciones de oro, que resaltaban a la tenue luz de la luna, que intentaba encajar con las nubes, alumbrando el acontecimiento.

—Con esta arma propagará el amor —determinó mientras lo depositaba al lado del niño que, curioso, lo miró de reojo.

Ni Irene ni el Sr. Naranja comentaron nada en absoluto, y por descontado, los animales tampoco hablaron (comprenderán ustedes que, en algo tan serio, que se comunique el asno y que conteste el buey parecería fuera de lugar). Esa pequeña locura estaba reservada solo para el padre postizo que el esclavo, a su pesar, representaba, aguantando el protocolo del acaecimiento.

Inclinado, procurando no sobrepasar la altura del pesebre, poco a poco se retiró el primer mago. Acto seguido, como en una perfecta coordinación en un desfile, el segundo astrólogo apareció con una actitud tan respetuosa como la de su antecesor. Entre las manos, sujetaba un cojín ricamente bordado con letras de oro con el nombre del infante y, encima del mismo, cuatro flechas con las puntas iluminadas de un color rojo sangre. En lugar de plumas, llevaban unos corazones palpitantes de un tono rosa llamativo.

—Estas flechas del amor serán la munición para el arco —dijo muy serio y, en actitud de máximo respeto, continuó—: Nada ni nadie podrá con el cariño que cada saeta guarda en su punta. Todo aquel que sea alcanzado automáticamente quedará limpio de toda la maldad, violencia, venganza o cualquier idea nefasta que se le pasase por la cabeza —terminó, dejando las saetas a los pies del pesebre. Con una reverencia, como su precedente, cedió paso al tercer mago.

Este, a su vez, no dejó en mal lugar a sus compañeros, obrando con el mismo respeto, pero algo más erguido.

—Puede parecer el arma menos importante. —Miró a todos, algo desafiante y orgulloso. Colgado de su hombro, portaba un hermoso carcaj, tan grande que destacaba por encima de su cabeza. Del mismo, como si tuviera brasas ardiendo dentro, emanaba un fulgor rojizo que semejaba la entrada al mismísimo Infierno—. Sin él, no habría flechas y, por añadidura, tampoco arco —terminó de hablar y, acercándose al niño, dejó la funda junto con las demás armas. Se retiró, caminando erguido.

La misión encomendada a los magos llegó a su fin. Los tres se aproximaron al Sr. Naranja, diciéndole:

—Es usted más trascendental de lo que piensa.

—Yo no soy el padre —replicó en tono lastimero.

—Lo sabemos, pero este niño necesita un padre.

—¿Y por qué yo? —preguntó, quejándose.

—Muy fácil —le replicó Irene—. Si pudiste reconvertirte en humano, podrás con esta misión.

—Haz caso a tu mujer —le aconsejaron los magos.

—¡No es mi mujer y, además, está loca! —protestó airadamente.

—Es la madre elegida por el Ser Supremo, sus razones tendrá.

—Que así sea —contestaron a dúo los animales.

—Amor mío, que no te engañe lo que ves. Tú posees un gran corazón, lo sé.

El Sr. Naranja, ante la sinrazón de Irene, optó por callar. Estaba atado de manos y pies: una loca que decía que lo amaba; tres magos que habían traído un arco, flechas y un carcaj; un niño que no era suyo; unos animales que hablaban; las autoridades, que desde luego lo estarían buscando; varios crímenes de la chiflada sin resolver... Tarde o temprano, todo le explotaría en la cara. Nada que pudiera razonarse con la lógica, y él deseaba de nuevo perder ese libre albedrío que lo traía por la calle de la amargura.

CAPÍTULO 14

Angustias estaba triste. El caso es que se le había muerto su mascota, mejor dicho, su esclavo; no había querido gastarse más de lo normal en él. Después de tenerlo trabajando a la intemperie, alimentarlo lo justo, forzarlo en la cama y no recibir una adecuada asistencia sanitaria, pasó lo que a cualquiera que no cuida lo suyo le ocurre: se estropea, y los esclavos no son de piedra.

Decidida a quejarse al comerciante, rebuscó en el cajón de las facturas el recibo de compra, con la esperanza de que no hubiera caducado el periodo de garantía. Tuvo suerte; luego de luchar con un montón de papeles, que siempre aparecen cuando no los buscas, y en el momento en que los necesitas, constantemente se esconden, por fin dio con la dichosa factura.

La llamada de teléfono no la satisfizo en absoluto. Luego de hablar con una máquina, que la mareó más que otra cosa, y después de amenazar al pobre ordenador, que nada tenía que ver con los humanos que lo programaban, al fin se puso una señorita con voz pausada. Educada para aguantar los embistes de clientes iracundos, la escuchó pacientemente. Aunque estaba todavía en periodo de garantía, la señorita le explicó que un perito se presentaría en su domicilio para evaluar el estado de la mercancía.

Angustias no estaba muy conforme; pidió numerosas explicaciones, amenazó con denunciarlos a Consumo y solicitó hablar con su superior. Luego de los consabidos silencios, las esperas de una a otra centralita y las empalagosas melodías que servían de colchón para exacerbar más si cabe la paciencia de la chismosa, al final de todo ese periplo y de sumar a su factura de teléfono los minutos de la tarifa añadida a este número mal llamado para clientes, se puso uno de los directores de la zona donde vivía Angustias.

El susodicho, con muy poca paciencia, pero con voz autoritaria, le volvió

a indicar la necesidad de personarse en su domicilio y peritar el estado de la mercancía. Al instante, pasó a evocarle la letra pequeña (que nunca se lee) de las condiciones de la garantía.

Angustias, a regañadientes y viendo que nada tenía que hacer, por fin accedió a la condición impuesta por el director.

El Sr. Nano no es que fuera pequeño; al contrario, medía un buen metro ochenta. Su primer apellido le había provocado más de una burla, sobre todo, en el colegio, donde la crueldad de los niños era más que manifiesta. Después de una infancia visitando a un elenco de psicólogos, que disminuyeron los ahorros de sus padres, llegó la adolescencia. Con la ayuda de su envergadura, reprimió los impulsos de los graciosos de turno que pensaran en efectuar la típica broma con su apodo.

En la madurez de su vida, descubrió que tenía con su empleo una superioridad mal encajada de niño y sobrevalorada de adulto. Su trabajo consistía en desvalorizar el contenido de las supuestas indemnizaciones, y las más de las veces, desestimar por completo las mismas. Ahora era él quien disfrutaba. Cuando se presentaba y según de qué modo encajaba el cliente su apelativo, actuaba de la forma más severa o procuraba mostrarse condescendiente con el consumidor.

Estaba haciendo un breve repaso a su existencia en el instante en que pulsó el timbre de la Sra. Angustias. El asunto pintaba mal para la alcahueta. En cuanto el Sr. Nano se presentó, advirtió una cara de contrariedad en la mujer. La fémina, por supuesto, no le preguntó si había oído bien su apellido. No era plan de enfadar al perito.

Su esclavo yacía en el sótano, a la espera de ser inspeccionado, y ella estaba convencida de ejecutar su garantía. Después de todo, esta señora se encontraba tocada por la Providencia. Por mucho que se extrañara de su apodo y no mantuviera a su cautivo como estaba prescrito en la obligación,

todavía gozaba de una especie de segunda oportunidad.

Todo se lo habían aclarado antes de partir para su entrevista. Sus superiores le encargaron una delicada misión, confiando en su pericia, valga la redundancia, en solucionar problemas. Sabían perfectamente que la descontenta clienta vivía al lado de Irene y sospechaban de ella. Pensaron que quizás esta mujer pudiera de alguna manera resultarles de utilidad.

Al Sr. Nano su ojo avizor le dijo de inmediato que estaba dentro del salón. Se trataba de típica habitación de una mujer sola y con ingresos moderados o bajos: con el mobiliario pasado de moda y sin cualquier particularidad que indicara la presencia de un varón. Si a esto le sumamos que no le sacó el socorrido té con pastas, ni siquiera un vaso de agua, las sospechas de que se hallaba delante de una clienta que duramente disponía de un presupuesto para el cuidado de la mercancía no hicieron más que aumentar.

El Sr. Nano, parco en palabras, fue directo al grano y le pidió que lo llevara a donde yacía el esclavo. La señora, con grandilocuentes quejas hacia su deteriorada mercancía, lo condujo al sótano de la casa. Según ella, allí la temperatura era más baja, de esa manera paliaba algo la descomposición del cuerpo del desgraciado.

El perito, sin miramiento, examinó al esclavo, constatando la realidad de sus sospechas.

—Señora, mi dictamen es el siguiente —habló muy serio y con frases cortas, disfrutando de cada momento. Él sabía perfectamente que el cliente, aún consciente de que había metido la pata, todavía albergaba un rayo de esperanza—. No tiene derecho a indemnización alguna, al no haber hecho el mantenimiento de su mercancía conforme a las disposiciones del contrato que usted firmó en su día. Por consiguiente, el deterioro de su esclavo ha sido culpa suya. La garantía queda anulada a todos los efectos —terminó, luego de un esfuerzo por su parte en tan largo párrafo, pero realizando especial

hincapié en la última frase.

Angustias se puso de todos los colores, preparada para soltar una batería de excusas y a punto de reventar su caldera de improperios. El Sr. Nano, que se las sabía todas, inmediatamente la interrumpió en seco.

—¡Un momento, señora! —dijo, poniendo su mano en un claro signo de que parara. La mujer se detuvo al instante ante tan autoritaria orden—. No malgaste su saliva. Todo en esta vida tiene solución.

—¿Cómo? —preguntó, esperanzada ante el giro de los acontecimientos.

—Muy sencillo, ¿conoce usted a su vecina Irene? —interrogó, muy agudo.

—Por supuesto, y de muchos años acá... —respondió, curiosa de hasta dónde quería llegar.

—Puede con su colaboración activar de nuevo su garantía. Todo depende de su grado de cooperación, señora mía —dijo, conociendo el impacto de la palabra mágica «garantía», que impresionaba a los clientes.

—¿De qué manera puedo colaborar, Sr. Nano? —esta pregunta, en realidad, era más bien una exclamación. En su mente de alcahueta, ya barruntaba por dónde iba el perito, pero no quiso mostrar sus armas hasta comprobar hasta dónde llegaría la empresa en referencia a su petición.

—Nada más sencillo, señora mía —añadió el Sr. Nano, algo extrañado al oír que la mujer lo nombraba por su apellido, cuando antes había estado a punto de agredirlo.

—Usted dirá, señor mío —contestó, siguiéndole el trato protocolario.

—Si me contesta a unas preguntas y me son satisfactorias, no resucitaremos a su esclavo, pero le será reemplazado por otro e incluso le digo más: me encargaré personalmente de proporcionarle uno muy joven, guapo y más fuerte —sentenció el Sr. Nano, que se recreaba en sus palabras a sabiendas del efecto que causarían en esta mujer sola y amargada.

—Pregunte, por favor, pregunte... —exclamó, expectante.

—¿Recuerda usted la última vez que la vio?

Angustias le relató con pelos y señales todos los acontecimientos y más, puesto que los espiaba desde su ventana, parapetada detrás de unas indiscretas cortinas. No se perdía detalle del vecindario, por muy insignificante que pareciera. Ella vivía para vigilar la rutina de los demás; de esa manera rellenaba el vacío de la suya propia.

— ¿Los vio marchar?

—Por supuesto, y le puedo decir incluso la marca del auto y la matrícula de este —respondió. Para ella, era pan comido. «¡Vaya preguntas tan insignificantes y fáciles de contestar!», pensó a la misma velocidad que sus palabras salían de su boca.

—No hace falta, señora —la cortó, tajante—. Pero dígame, ¿sabe usted a dónde han ido? —interrogó, dándole un aviso, como si fuera la cuestión del millón.

—Todo depende de la solución a mi problema, muy señor mío... —De repente, Angustias se transformó en una especie de capo de la mafia.

—Se lo he explicado antes —contestó condescendiente el perito.

—Lo he oído perfectamente, ¿o piensa usted que estoy sorda? —soltó en tono desafiante. La Sra. Angustias se dio cuenta de lo valiosa que era su información y, como buena alcahueta, quiso sacarle el mayor partido posible.

—Bueno..., puedo consultarlo —por primera vez, su voz demostró una inseguridad sorprendente por su parte. Hombre curtido en mil batallas, se arrugó ante la variación de los acontecimientos. Ya no disponía de más cartas en la manga; a cambio, aún intentó remontar el terreno perdido—. Hágase cargo de las circunstancias. Bien podría obligarla de alguna manera y usted no sacaría nada..., por ejemplo, diciéndole a la Policía que sabe a dónde fueron —terminó sus palabras con una mueca digna de un actor de cine de terror.

Aquella actuación no amedrentó en absoluto a nuestra alcahueta, que sabía por los noticieros el reguero de cadáveres que se atribuía a la susodicha prófuga; por consiguiente, si la atrapaban, el esclavo sería tratado lo mismo que un elemento de prueba y, desde luego, contaba con la lentitud de la justicia. Como consecuencia, la empresa tardaría años en recuperar su mercancía y puede que antes muriera de viejo o de alguna enfermedad. Angustias no era tonta, había sido instruida por las numerosas series televisivas de detectives, juicios y novelas policíacas.

—¿Me está amenazando? —la pregunta sonó desafiante y fue formulada mirando directamente a los ojos de un cada vez más inseguro Sr. Nano.

—Nada más lejos de la realidad, señora. Un momento —recalcó—, tenga paciencia, consultaré con mis superiores.

Luego de una leve inclinación en signo de respeto por la digna vencedora, se retiró fuera de la casa y llamó con su celular. Después de la consabida espera, lo atendió su inmediato jefe. La discusión fue ardua y derivó en una contienda entre él y su superior, partidario de denunciar a la clienta a las autoridades. A su vez, el Sr. Nano, con buen criterio, era amigo de proceder con mucha inteligencia. Defendió la conveniencia de atenerse a las veladas peticiones de la Sra. Angustias, que de seguro deseaba, aparte de un nuevo esclavo, una indemnización económica. Su director, a tenor de sus explicaciones, se vino a razones y, a regañadientes, le dio plenos poderes para llegar a un acuerdo sensato con la usuaria. Hizo ahínco en la palabra «razonable», a lo que el perito lo tranquilizó, argumentando su experiencia. Terminó la conversación con su tan socorrida frase «en peores plazas he toreado». Con sus renovadas órdenes, volvió a entrar.

—Muy bien, señora —comentó un Sr. Nano estimulado y dispuesto a comérsela por los pies.

—Usted dirá, soy todo oídos —respondió la Sra. Angustias, que no se

amedrentó en absoluto.

—Estoy autorizado y dispuesto a escuchar su petición.

—Más bien peticiones, señor mío.

—Está bien, señora, peticiones, entonces.

—Quiero un buen esclavo y una cantidad razonable de dinero.

—¡Razonable! ¿qué entiende usted por razonable, señora mía?

—Cuando oiga mi información, ponga usted mismo el precio.

«La verdad, cada vez me sorprende más esta mujer. Parece que hace esto todos los días», reflexionó el experto que, a cada momento que pasaba, simpatizaba más con ella.

—Por favor, señora, me tiene usted en ascuas.

La alcahueta pasó a narrarle la totalidad de la vida de su vecina desde que se casó y enviudó hasta que se presentó con su Adonis. Es más, al no haber podido escuchar las discusiones con su difunto marido y su esclavo, rellenó con toda clase de estrafalarias imaginaciones.

El Sr. Nano muy amablemente le indicó que retrocediera al momento en que se fueron y a dónde se marcharon. Angustias le relató que se desplazaron una vez y que, luego de un prolongado tiempo, regresaron, pero el hombre que la acompañaba no era su prisionero, aunque tenía un gran parecido. La mujer insistió en su similitud con el cautivo. Ahora dudaba mucho de que se tratara del mismo, ya que, según ella, se comportaba como un ser humano.

El semblante del perito adquirió una asombrosa curiosidad por tan rara noticia. Mientras hablaba la señora, se hizo muchas preguntas sobre el nuevo acompañante de Irene. Si las respuestas a las mismas lo conducían a la conclusión de que se encontraba ante un hecho extraordinario, solucionarlo podría significar un gran éxito en su trayectoria profesional.

—Entonces, señora, ¿dónde pueden hallarse? —preguntó, interrumpiendo su dilatada charla.

—Dispone de una casa en el campo, a unos cuantos kilómetros de aquí. Está en plena naturaleza salvaje.

—¿Y cómo sabe usted eso? —desconfió.

—Porque nos invitó hace años a mí y a mi marido. Tuvimos que aguantar que nos restregara por las narices lo bonito y grande de su propiedad — apuntó, recordando la excursión con amargura—. Y si no estuviera allí... — se cortó, intentando dar algo de misterio a su relato.

—Dígame, por favor, no se pare —se abrumó el perito al ver que la mujer dudaba.

—Puede que le cueste algo más.

«Esta mujer cada vez me gusta más. No sabría cómo explicarlo, ni siquiera sería confesable. No posee ningún atractivo físico ni nada que subiera la libido a cualquier hombre; sin embargo, despide un halo que me atrae como moscas a la miel. No alcanzaría a decir el qué, pero me subyuga y tengo que efectuar verdaderos esfuerzos para no poseerla aquí mismo. Decididamente, no me extraña que me cautive tanto. Está creada a mi imagen y semejanza, de pura fibra de comerciante», pensó, mientras se fijaba en su cara; ya no le parecía tan vieja, con sus curvas, sus redondeces y algo que ya no podía remediar, abandonándose a sus bajas pasiones; sus senos, amplios, habían perdido hacía mucho tiempo su redondez y la fatal gravedad los empujaba, buscando el suelo. El bailoteo de los mismos los hacía parecer de gelatina. Esa visión lo tenía completamente hipnotizado, incluso al punto de que perdió la noción de la realidad que lo rodeaba.

Ella no era tonta ni se chupaba el dedo. Se trataba de una mujer que, aparte de ser viuda y con su experiencia con su propio esclavo, reunía la maestría de sobra para poner a un hombre a tono. En consecuencia, no desaprovechó la oportunidad de darse un buen revolcón con un macho. Mirándolo bien, no parecía de su tipo y, después de probar las mieles de su

antiguo cautivo, el perito no dejaba de ser un oportuno segundo plato.

El Sr. Nano, luego de conseguir lo que quería, bien podría haberse hecho el sueco, pero aún sentía la miel en los labios de la cachonda de Angustias, que le sabía dar a la lengua de muchas maneras, aparte de tenerla muy suelta.

Cumplió con lo pactado; le proporcionó un joven y esbelto esclavo, la indemnizó con una cantidad razonable de dinero y, antes de partir en busca de Irene y su cada vez más enigmático cautivo, le preguntó lo siguiente:

—Dígame, señora. Antes de irme, reanudemos nuestra conversación. — Angustias, que ya estaba colgada del brazo de su nuevo esclavo y con la cartera llena, contestó:

—Por supuesto, querido. Aparte de la casona, Irene dispone de un refugio. Siempre me confesó que allí se refugiaba de los abrazos de su torpe marido, que no sabía cómo satisfacerla. Seguro que, si no se halla en un sitio, se hallará en el otro.

El Sr. Nano estaba decidido a colgarse todos los méritos y, desde luego, no se le pasó por la cabeza avisar a las autoridades, so pena de malograrlo todo: fama, su mercancía y su clienta, que acabaría en la cárcel.

No es que este asunto inquietara mucho a su empresa, pero una clienta encarcelada poco podía consumir. Él, en su ego, quería creer que la locura de una mujer en esa edad peligrosa le había provocado una vertiginosa caída y, una vez arrepentida, devolvería al esclavo cuando se recuperase. Después de un tratamiento, reconsideraría su antigua postura y volvería a ser de utilidad para la sociedad, que ambicionaba clientes potenciales y no reos que, además, costaban un buen dinero a los demás contribuyentes.

Se comunicó por última vez con su superior. Lo mantuvo al corriente de la buena transacción comercial que, bajo su entera satisfacción, había realizado con la clienta. «Todos satisfechos», fueron sus últimas palabras antes de poner rumbo a las verdes y frondosas montañas.

El Sr. Nano, en su viaje, se hallaba desalentado: el camino sin asfaltar, el barro de una tormenta anterior y la espesa vegetación, que hacía que el sol del atardecer creara sombras alargadas de los pinos, que no le dejaban distinguir muy bien por dónde iba. Todo ese compendio de molestias le estaba minando la moral, hasta tal punto que en más de una ocasión pensó en dar media vuelta.

Sus desgracias todavía se le complicaron más. Algunos animales que se le cruzaban, ignorando su auto; el aire puro del campo empezaba a dilatarle los pulmones, acostumbrados a los gases de la ciudad; a sus oídos llegaba toda clase de ruidos de la fauna, pero estaban habituados al tráfico de la gran urbe y al griterío de las personas aposentadas en la terraza de los bares, que alzaban las voces para hacerse oír. En definitiva, era un raro espécimen fuera de su hábitat natural.

La mente a veces nos hace advertir todo mucho más grande de lo que en realidad es, pero también nos fuerza a imaginarnos los problemas más pequeños. En este caso, el Sr. Nano eligió la parte de su instinto que le infundía el valor suficiente para atravesar las dificultades, que en esta vida resolvió siempre de la misma manera: directamente al meollo.

A continuación de dar muchas vueltas, preguntó a un viejo pastor (que aprovechó lo extraordinario de poder hablar con un semejante y, como pago por su información, empezó un monólogo que duró una hora; el Sr. Nano tuvo que escuchar la vida y milagros de la trashumancia).

Luego intercambiaron los números de teléfono, a pesar de que ni él ni el ovejero se llamarían nunca, pero eran personas educadas. Acto seguido, se fue con renovadas fuerzas y llegó a la casona de Irene.

Después de una exhaustiva búsqueda, comprobó que la susodicha y su acompañante hacía tiempo que no estaban. Deducción más que acertada, por el estado de abandono de la finca, donde las hierbas y los pequeños animales

actuaban de oportunos ocupas.

Recordó las instrucciones de Angustias acerca de que los fugitivos se hallarían en el refugio.

La tarde amenazaba lluvia y el día estaba agonizando. El sol luchaba por que sus rayos intercalaran con las nubes preñadas de agua y llevaran su luminosidad a todos los rincones. A la sazón, la luz perdió la batalla y se debatió en retirada, dejando paso a las tinieblas. Alivió las mismas la luna llena, que en su relevo en el cielo intentaba conducir el reflejo de las centellas del sol, que estaban haciendo su trabajo en la otra mitad del mundo.

Dejó su auto y concluyó que la mejor manera de moverse por estos lugares era seguir a pie, buscando por los alrededores. Decidió explorar algún camino o sendero que pudiera conducirlo al susodicho refugio. Se armó con un paraguas y una linterna, de las que comúnmente usan los urbanitas para buscar la caja de fusibles, y salió a la aventura. No es que fuera un erudito en eso de investigar huellas, ni siquiera fue de acampada de niño, pero su intuición de comerciante le dijo que la senda que menos hierba tenía se trataba de la más frecuentada y, por consiguiente, lo conduciría a su destino.

Rebuscó por los alrededores y luchó contra los mosquitos; al instante maldijo al idiota que le había dicho que en el campo no había. Efectivamente que los había y, además, más grandes y hambrientos. Menos mal que empezó la bendita lluvia a chispear, lo justo para espantar a la horda de ansiosos insectos. Sacó el socorrido paraguas que, mientras no lloviera mucho y no hiciera excesivo aire, cumpliría con su cometido.

Irene nunca se preguntó por qué a estas alturas tenía un hijo y disponía de unos pechos henchidos de leche de auténtica nodriza. Disfrutaba del momento, nada más. El Sr. Naranja vio que la ardiente hembra ya no lo buscaba como antes, asunto que le venía muy bien para mantener la distancia

de seguridad que tanto había deseado. Gracias al entretenimiento que albergaba entre sus senos, la mujer se olvidó de atosigar a su esclavo.

En todo esto había una pega que extrañaba mucho al Sr. Naranja. Irene, al contrario y después de lo vivido, lo tomaba como una bendición. Lo raro era que el niño maduraba a razón de un año por jornada. Una para cualquiera de nosotros para él representaba un ciclo de crecimiento. Asimismo, por esa regla de tres, a los pocos días, el querubín ya no necesitaba tanto los cuidados de su madre. El crío, si se le podía llamar así, ya tenía una altura y una constitución de un joven de unos veinte años.

El susodicho era esbelto y majestuoso, supuraba amor por los cuatro costados; iba armado con su arco, flechas y dos enormes alas que le servían para desplazarse por los aires. En consecuencia, cada mañana, a manera de aquel que se va a trabajar, se despedía de sus padres y partía con destino, según él, el universo, repartiendo cariño. Al anochecer, fatigado, pero orgulloso del deber cumplido, regresaba al hogar.

La rutina se estableció en la vida de la pareja; ella, al cuidado de cualquier capricho que a su hijo se le antojase; él, lamentándose de su asquerosa subsistencia de padre postizo. Cuando retornaba su adoptado retoño, el Sr. Naranja procuraba sonreír, no fuera que se diese cuenta de lo desgraciado que se sentía.

En cierta ocasión en que el niño advirtió el semblante de su malhumorado patriarca, intentó ayudarlo, arrojándole una de sus flechas impregnadas de amor. Fue tal el resultado que, durante un tiempo, el prisionero miró con otros ojos a Irene. Ella se mostró sorprendida de que cada noche la reclamase al lado de su lecho, pero como todo en esta existencia, las desgracias llegan muy aprisa. Cuando el efecto de la flecha se difuminó, la realidad se le mostró en toda su crudeza; lamentó las caricias y atenciones que dispensaba la mujer, que pronto se volvía a enganchar al carro de los mimos. El

problema para el cautivo no resultaba ese. Lo que más le fastidiaba era que a la loca le costaba varios días retomar su bendito rito. Por eso, el vejado se juró a sí mismo que nunca mostraría sus emociones delante del crío.

Cuando por fin apareció el Sr. Nano por las inmediaciones del refugio, como buen estratega, se entretuvo durante algún tiempo en inspeccionar el terreno y espiar a la pareja. Esta familia para él era de lo más extraño, parecía la representación de una burda opereta. Irene, totalmente irreconocible, no se asemejaba en absoluto a la de la fotografía que habían dado al perito, ni siquiera el esclavo aparentaba ser el mismo.

Tenía razón la alcahueta; el supuesto cautivo se comportaba de forma muy rara y se demostraba completamente humano, si no fuera porque se advertía la cicatriz en la frente, que el Sr. Naranja intentaba disimular echándose el flequillo hacia delante. La estrella de tan tosco drama era el joven disfrazado de Cupido, estafalario personaje al que el experto no esperaba. Nunca en su dilatada carrera había tratado con tan grotesco linaje, al puro estilo de una comedia surrealista.

Como no advertía peligro, so pena de que estuvieran todos locos, decidió que ya era hora de presentarse y se decantó por la manera tradicional: llamando a la puerta. Eso sí, aprovechó que no estaba el joven, no fuera que le disparara con el arco; aunque parecía de juguete, no tenía ganas de comprobarlo.

El sonido de unos toques en la puerta sorprendió a Irene. «¿Quién podrá ser?», se preguntó alarmada. A una señal suya, mandó al Sr. Naranja que se escondiera. Este, a regañadientes, desapareció de la escena.

Con toda la cautela del mundo, pero mordida por la curiosidad, fue a abrir. Ante ella se personó un personaje alto, algo desgarbado, mal peinado y oliendo a humanidad. Lo escrutó de arriba abajo, como si lo escanease. Puso cara de pocos amigos, intentando intimidarlo y haciéndole notar que no era

bien recibido. El Sr. Nano tenía la piel muy dura y las espaldas muy anchas. En absoluto se amedrentó y se presentó con su mejor sonrisa.

—Soy el Sr. Nano —dijo, tendiéndole la mano.

Irene se la miró y dudó, pero se la estrechó. Enseguida el perito se dio cuenta de que estaba ante una mujer que no era de fiar; sabía que las féminas, por lo general, no apretaban con fuerza, pero esta, en particular, mostró un apretón más flojo de lo normal y huidizo, como si tuviera prisa por acabar la conversación.

—Usted dirá —le contestó sin invitarlo a pasar. Tampoco quiso repetir su nombre. «¡Es ridículo que un hombre tan alto posea semejante apellido!», pensó.

Después de identificarse y dejar bien a las claras que debía devolver al esclavo, so pena de males mayores, el Sr. Nano intentó suavizar el ambiente con su característico buen talante.

—Tenga en cuenta que, haciendo caso a mis sugerencias, ganaremos todos. —No sospechaba que había algo mucho más grave que una simple apropiación indebida.

Irene de momento no dijo palabra alguna, estaba anonadada por esta interrupción. El Sr. Naranja también dudaba de si empezar a soltar una batería de quejas y frases de socorro o si más bien callarse y esperar a que su recién adquirida humanidad confundiera al Sr. Nano.

Como la señora seguía muda, el perito lo tomó a modo de una derrota por parte de ella y ordenó al esclavo que lo acompañara. El mismo, ignorando el mandato, no se dio por aludido y se mantuvo a una prudente distancia.

El perito insistió con violentos ademanes, manifestando la premura de su resolución.

—Se equivoca usted, señor —dijo el Sr. Naranja, muy tranquilo.

—¿Cómo es esto posible, habla? —preguntó a Irene.

—Así es, y haga el favor de dirigirse a mi persona —respondió él, muy ofendido.

El perito estaba estupefacto, no había contado con este contratiempo. Miró de nuevo a uno y a otro, esperando algún tipo de explicación. Repasó la foto frenéticamente y examinó al Sr. Naranja; tenía un parecido casi idéntico con el individuo que se comunicaba, pasando por un ser humano.

—Como bien ha comentado mi hombre, habla y realiza muchas otras cosas más —remachó Irene.

El Sr. Nano, después del primer impacto, se repuso. Desconfiado, se acercó, inspeccionando detenidamente al esclavo. Este intentó en vano mostrarle su lado más humano, evitando que se le viera la delatora cicatriz. El perito era de naturaleza avisado, sus duros años vendiendo de puerta en puerta lo habían endurecido de tal manera que este contratiempo en absoluto lo acobardó. Al contrario, ahora estaba más interesado en este auténtico descubrimiento. Su mercancía había adquirido un valor insospechado. Tenía que ser suya. La quería más que nunca y a cualquier precio. «Angustias no ha exagerado en absoluto. Este ser resulta extraordinario», se dijo, frotándose las manos y vislumbrando un gran negocio.

«¡Ten mucho cuidado, hija, este individuo quiere a tu hombre a toda costa!», sus madres resonaron dentro de la cabeza de Irene.

Atenta a sus movimientos, Irene se planteó eliminar a tan molesta persona. A su vez, el perito siguió examinando al esclavo. La misma aprovechó esta circunstancia para hacerse con el hacha, que tan buenos resultados le dio tiempo atrás. El Sr. Nano contaba con su particular protección. Atendiendo a la dificultad de la misión, se había procurado una pequeña arma de fuego, que llevaba en el bolsillo del pantalón. No sospechaba que le resultaría de utilidad tan pronto.

Por el rabillo del ojo, captó que la señora se ausentaba de la escena. «Nada

bueno es eso», pensó, mientras con disimulo acariciaba su arma. A los pocos segundos, sintió como el aire y el silbido del radio de acción de un astral habían estado a punto de partirle el cráneo. Digamos que fue suerte o intuición, el caso es que el hombre se movió lo justo para que la loca no le abriera la cabeza tal que un melón. El experto se revolvió, reponiéndose a una vertiginosa velocidad. Cuando se halló con los pies bien fijados en el suelo, extrajo su revólver de pequeño calibre.

Cupido esta vez no repartió amor con sus flechas. En vista del peligro que acechaba a su madre, optó por protegerla sin efectuar preguntas. En el instante en que el Sr. Nano estaba preparado para responder al ataque de la loca, sus ojos vidriosos y su faz petrificada previeron un fatal desenlace. Al momento, su arma se le escapó de las crispadas manos y, en un acto obligado por la flecha que le atravesaba la espalda, se cayó de rodillas, vomitando sangre.

Se arrastró por el suelo con la saeta clavada en el espinazo, maldiciendo a la loca con sonidos ininteligibles debido a los borbotones que salían de su garganta. Al final, consiguió acercarse a un aterrorizado Sr. Naranja, que estaba paralizado contra la pared, esperando la llegada del agonizante. Este quería cumplir su última voluntad, que consistía en eliminar al esclavo.

Consumida una derrota, el enemigo no debía quedarse con el armamento incautado. «Antes que abandonarlo, ¡destruirlo!», era el mensaje implantado bien adentro de su mente. Lo que nadie sabía, y menos Irene y no digamos el Sr. Naranja, era que todos los esclavos disponían de un especie de mecanismo de autodestrucción. En el caso del Sr. Naranja, se trataba de un chip incrustado en el cogote, que se activaba con una tarjeta tamaño carné, que el Sr. Nano guardaba dentro de su cartera. Solo tenía que pasar dicha ficha a la altura de su nuca, objetivo que consiguió delante del estupor de los demás.

Acto seguido, el Sr. Naranja se desplomó. Se quedó inerte, como si nunca hubiera sido un ser animado. Irene, presa de pánico, acudió a socorrer a su amado, arrojándose sobre su cuerpo. Le gritó, lo zarandeó y, en un vano intento de reanimarlo, le propinó inútiles golpes en el pecho.

Mientras, Cupido se convulsionaba, preso de su propio ímpetu, a sabiendas de que, al atravesar al Sr. Nano con una flecha mortal en lugar de una de amor, había sentenciado su pena de muerte. Su naturaleza divina lo hacía incompatible con la maldad. Era lo mismo que las avispas que, una vez que te clavan el aguijón, se extinguen.

El panorama resultó desolador. En aquel lugar, Irene estaba descorazonada, sollozando y encolerizada. Mientras maldecía su mala suerte con continuos hipos y convulsiones, se aferraba a los cadáveres de las personas que más quería en este mundo. Con la cara desfigurada por la tristeza y las lágrimas que brotaban de sus ojos, como si de un manantial se tratara, empezó con su serie de quejas:

—¡Amé mucho, hasta tal punto que solo tenía sentidos para este ser!, no había para mí nadie más en este mundo. Estar a su lado era como habitar en el cielo, mirarme en sus ojos era tal que mirar el sol, sentir sus caricias era lo mismo que bañarme en el mar a la luz de la luna, era un amor tan grande que no se podía comparar con nada. Por eso asesiné y engañé, y si volviera a nacer, volvería a matar y a mentir para defender a mi amado.

Al terminar de auto compadecerse de su mala suerte, optó por ocultarse dentro de su choza, acompañada de su fiel machete; descorazonada y rendida a las evidencias, solo le quedaba esperar a ser apresada. ¡Por fin! Deseó que la autoridad, atando cabos, diera con su escondite. Gritó para que el mundo entero la oyera y sintiera un poco de compasión por una mujer que había amado por encima de todo y todos:

—¿Me oyen? —siguió chillando a través de las endebles paredes de su

choza—. ¡Más vale haber amado y perdido que nunca haber amado!

Los destacados agentes, enviados a capturar a una loca, se miraron entre ellos, estupefactos, no comprendiendo en absoluto el mensaje. Esa asesina había pretendido saciar su falta de cariño comprando un esclavo, satisfaciendo de esa manera esa peculiar necesidad de amar sin riesgos, como la totalidad de sus conciudadanos.

Irene, esperando desesperada el fatal desenlace, rodeada y sin esperanzas de escapar, no atendió a los ruegos del jefe de turno que, por el megáfono, la invitó a rendirse. Optó por vender cara su piel. Hizo un rápido cálculo mental de cuántos se llevaría por delante antes de rendir cuentas con el Creador.

Decidida a morir matando, abrió de una patada la puerta de su cabaña y, lo mismo que si estuviera poseída, se abalanzó sobre los bien atrincherados agentes. Estos inmediatamente abrieron fuego, produciéndole más agujeros que un colador. Por supuesto, la loca, acribillada a balazos y haciendo aguas, naufragó como el invencible Titanic.

Irene se encontraba entre dos mundos, el de la vida y la muerte, esperando el sitio que le pertenecía por méritos propios. De momento y a saber hasta cuándo, se quejó a su Creador, ¿o a sí misma? Juzguen ustedes los próximos acontecimientos.

—Lloro y lloro, hasta tal punto que me enfrento al Altísimo, ya que me ha robado a mi amor... ¡Yo te digo a ti, Dios, ¡que tú me lo has arrebatado! Si tanto nos amábamos, ¿por qué te lo has llevado? ¡De mi vida me lo has quitado! ¿Por qué? —repetía lo mismo que un monótono rosario—. ¿Por qué no me contestas, Dios mío? Yo, que soy una buena persona, profundamente amada por este ser, que tanto quería —en el continuo monólogo con su Creador, siguió con su particular queja interminable—. ¡Me olvidé de mi entorno, de mi familia, de mis amigos, de todo el mundo! —Irene estaba de rodillas y con las manos se tapaba la cara, como si le diera vergüenza.

Gimoteó, a la espera de que el Hacedor escuchara sus ruegos—. Cuando fallezca, ¡qué felicidad, qué alegría!, voy a reencontrarme con mi amado allí, me voy a abrazar a él y voy a seguir amándolo por toda la eternidad —manifestó con júbilo—. Ahora que llegué y ya estoy aquí, lo primero que me pregunto es: ¿dónde está mi Adonis? ¡Yo pensaba que él iba a salir a recibirme con los brazos abiertos! —exclamó, furiosa—. Pero aquí solo hay un querubín. Mi adorado era mucho más perfecto, ¿dónde se halla mi querido, que no lo veo? —repitió, dirigiéndose al angelote.

Este, sin decir nada, la observó con mucha paciencia. Ella volvió a preguntar:

—¿Dónde está, por qué no viene?

Cuando ya parecía que se le pasaban las ansias, el querubín cuestionó:

—¿Mamá, de verdad que lo amabas?

—¡Hijo! —exclamó, desesperada, a la vez que corría para fundirse en un cariñoso abrazo.

—Madre, si tanto lo amabas, ¿por qué lloras?

—De la alegría de verte —contestó, sin despegarse de su hijo—, pero mi dicha no estará completa hasta que no lo vea a él —terminó, suplicante.

—Te equivocas, madre —respondió, apenado.

—¿Equivocarme yo?, ¿por qué dudas de mi amor? ¿No observas que estoy continuamente preguntando por él y vengo con la esperanza de abrazarme a él? —se ofendió.

—Repito, te equivocas. ¿Tú te piensas que Dios te lo quitó por rencor hacia ti y tu amor?

—Desde luego que sí —se enfadó.

Comprobando que, por toda respuesta, Irene callaba, siguió diciendo:

—Te voy a mostrar algo, luego me dirás si el Creador de verdad tiene envidia de vuestro amor.

Al momento, Irene se vio en un jardín donde había muchos seres caminando; sus semblantes desprendían una aureola de felicidad y amor, pero no se besaban, ni siquiera les hacía falta tocarse. Simplemente, se miraban a los ojos, conformándose con tomarse de las manos, en una actitud de lo más inocente. La loca no salía de su asombro, no había testificado nunca tanto cariño junto. Se quedó maravillada, paralizada, tan pequeña que parecía una diminuta rosa en aquel vergel tan grande.

Entonces, el angelito, con mirada condescendiente, preguntó:

—¿Tú crees que Dios puede tener envidia de tu amor? ¿Acaso consigues contrastar tu pasión con esta que ves aquí?

Llorando a moco tendido y sin responder, Irene, efectivamente, se dio cuenta. Su amor no se comparaba con la enorme ternura que allí se hallaba; lo único que había conseguido con tanto enfrentamiento con el Creador había sido alejarse del afecto que en aquel lugar buscó.

CAPÍTULO 15

—¡Hay que admirar este rostro de felicidad! —exclamó Angustias.

La cara de placidez de Irene contrastaba con el aséptico habitáculo destinado a su viaje final. Con sinceridad, su aspecto importaba poco. Lo trascendente ocurría dentro de su cerebro, en el que tenía implantado un chip muy diminuto, pero tan potente como para hacerle vivir una aventura a su capricho.

Angustias estaba que rabiaba por dentro. Su estimada amiga había decidido borrar toda su vida por cinco minutos de felicidad. En el momento en que le pidió que asistiera a su final, desconfió, pero la curiosidad y el morbo pudieron con sus suspicacias, si sumamos la ventaja de comentar a su conveniencia. La última etapa de su apreciada vecina y las circunstancias acabaron por convencerla del todo.

¿Era una forma de darle envidia? ¿Se trataría de una venganza o, por el contrario, pretendía que se decidiera y pagara por uno de los mejores y más caros servicios jamás inventados para el capricho y deleite de los moribundos?

Mucho me temo que estas preguntas se quedarán sin contestación. Nadie lo sabrá jamás; solo ella con esa sonrisa de oreja a oreja sería capaz de responder y dudo de que, aunque pudiera, nos lo aclarase. Los secretos mejor guardados son los que se lleva uno a la tumba.

Angustias miró al galeno, que estaba comprobando y certificando la muerte de Irene. Con voz burlona, dijo lo siguiente:

—Doctor, ya me gustaría a mí morir de esta manera.

—Solo tiene que pagar por el servicio —contestó con ironía.

—¿Se burla usted de mí? —respondió con una mueca.

—Desde luego que no, señora —repuso el médico, temeroso de perder a

una posible clienta.

—¿Se piensa usted que, con mi pensión de viuda, puedo permitírmelo? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Quizá con un mínimo de actores, unos decorados menos ostentosos y una historia más sencilla pudiera ser... —replicó, burlón.

—¡Por supuesto, señor, lo mismo que un entierro de tercera! ¿Verdad? —exclamó con sarcasmo.

—Vamos, no me sea usted llorica. ¿No pretenderá disfrutar como su vecina?, seamos realistas —perdió la paciencia.

—¿Y por qué no, es que no soy igual que ella? —cuestionó, tan enfadada que parecía que de un momento a otro montaría su propia revolución.

—Señora, haber ahorrado como su amiga. No pretenderá acceder al supremo de los servicios sin sacrificios.

—¡Me da igual, yo también quiero ese final! —gritó, iracunda.

—¿Quiere usted hacer el favor de no gritar? —dijo, en un intento de apaciguar los ánimos.

—¡De eso nada, tranquilícese usted si quiere! Yo convocaré a las televisiones y a los periódicos y, entonces, se enterarán de que a una pobre viuda sin recursos se le niega el derecho a una muerte digna —bramó, decidida a combatir con todas sus armas.

Como era de esperar, se llamó a los servicios de seguridad que, con la amabilidad que los caracteriza, invitaron a la mujer a abandonar las instalaciones.

La ponzoña que le circulaba por las venas pudo más que el duelo por su vecina y no tardó nada en correr la voz acerca de los desgraciados cinco minutos que, según ella, sufrió antes de morir.

El miedo a una muerte horrible circuló por todo el barrio a la velocidad de la luz. Muchas personas que habían ahorrado toda su vida, con el fin de

disfrutar de un final feliz, llamaron a sus respectivas aseguradoras para tramitar sus quejas. Fue tal el incendio ocasionado por la alcahueta que rápido alcanzó los oídos de los altos directivos.

Al final, Angustias consiguió lo que se proponía. Llegó a un acuerdo amistoso con la aseguradora, firmando el correspondiente contrato que le garantizaba, por un precio adecuado a su situación económica, los tan codiciados cinco minutos de felicidad.

Pasó el tiempo, por fin arribó a su tan esperado final. Angustias estaba agonizando encima de su mullida cama. El protocolo resultaba bien sencillo: el facultativo de turno le administraría el chip que con tanta minuciosidad había elegido. Fue muy puntillosa a la hora de escoger los mejores actores del momento y unos ricos decorados, que de seguro le depararían un calculado desenlace de ensueño.

Las reglas eran sencillas. Una vez la aventura rodara, Angustias estaría inmersa en el mundo elegido, viviéndolo tal que si formara parte de su realidad, hasta que al final falleciera rodeada de los acontecimientos escogidos. La alcahueta nunca se daría cuenta de que ella misma era la directora de las escenas, experimentándolas como propias. Por eso, le advirtieron de que, aunque quisiera, no podría alterar ni parar el curso de los sucesos pactados de antemano.

El doctor, antes de introducir el chip, recibió una llamada por el auricular incrustado en su oreja.

—Por supuesto, señor, así lo haré... —al terminar de hablar, inclinó ligeramente la cabeza en un claro signo de sometimiento.

A los pocos segundos, apareció una enfermera con otro chip. Sin mediar palabra, se llevó el primero y depositó el que traía en su lugar.

La cara del facultativo, antes inexpresiva, ahora adquirió un rictus de preocupación. Dudó en incrustar el nuevo, pero la obediencia y el miedo a

perder su empleo hicieron el resto. En una profunda respiración, lo implantó en la nuca de la desgraciada.

Los siguientes cinco minutos, que para ella equivalían a toda una vida, transcurrieron entre convulsiones y muecas de horror, anunciando una desgraciada existencia que acabó en suicidio.

Al pasar al otro lado, un semicírculo de entes luminosos la aguardaba.

—¡Angustias! —la nombraron al unísono.

La susodicha estaba en silencio, como desorientada; no comprendió su situación. Los seres de luz intensificaron sus radiantes rayos luminosos hasta dejarla casi ciega. Ella, en un intento de protegerse, se tapó los ojos con las manos, pero resultó inútil. La potente radiación la traspasó toda, incluso llegó a su corazón.

—¡La vida es un regalo que el Creador nos confía, por consiguiente, tiene la obligación de respetar la suya y la de los demás! —terminaron sentenciando.

—Pero..., supremos, yo no elegí esta vida, ¿cómo es posible que ahora esté aquí, rindiendo cuentas? —se quejó con la boca pequeña.

—Está muy equivocada, usted y nada más que usted es responsable de su anterior vida. No la recuerda, pero toda su existencia la planeó hasta el último detalle —aseveraron los seres.

Compungida por una gran culpa, agachó la cabeza en espera de su sentencia. Cuando la alzó, allí no había nadie; estaba sola, impregnada por una inmensa oscuridad. A duras penas la pegajosa negrura la dejaba moverse, lo mismo que si estuviera buceando dentro de un mar de líquido negro y viscoso.

Pasó el tiempo. En estos estados se pueden medir las interminables horas, minutos y segundos. Angustias se debatió entre el pringoso y apestoso

líquido, que ni le dejaba vivir ni morir.

—¡Angustias, ¡qué bueno, qué alegría verte aquí!

—¿De verdad que ya estoy aquí, y tú quién eres? —preguntó, extrañada, a un insólito ser, que más bien parecía una especie de estirado mayordomo, con su esmoquin convenientemente ajustado.

—Aunque no te lo creas, soy, como diría cualquiera de vosotros, tu consejero espiritual... Nada que tú no sepas, pero ahora no lo recuerdas.

—¡Señor, que yo sepa, nunca elegí este final! —dijo muy enfadada.

—Como bien te comentaron, fue decisión tuya, querida —contestó muy irónico.

—Bueno... No sé, estoy algo aturdida desde que salí del mar viscoso —respondió, apesadumbrada.

—Bien... No te preocupes, ya pasó lo peor —intentó tranquilizarla.

—No entiendo nada, nunca me merecí semejante castigo —protestó.

—Angustias, nadie te castigó; fuiste tú misma, ya te avisé anteriormente.

—¡De eso nada, yo no pedí esta vida! —replicó, aireada.

—Directamente no, desde luego, pero tus pruebas han resultado demasiado para ti. Te repito, ya te lo advertí.

—¿Es que antes no era la misma? —preguntó, muy extrañada.

—Sí y no, depende de en qué estado estás ahora mismo.

—¿Pero... qué estás diciendo?, ¿si no soy yo, ¿quién si no?

—Eres tú, pero todavía sigues en ese estado en el que no lo entiendes. Más adelante quizá lo comprendas mucho mejor, cuando abandones ese lastre humano que aún arrastras... ¿Sabes él porqué del mar pringoso?

—¿Cómo, ¿qué dices?

—Desgraciadamente, te quitaste la vida.

—No pude soportarla... —dijo, lastimosa.

—Nada es imposible, solo necesitas querer hacerlo y puedo asegurarte de

que al final lo conseguirás.

—¡No! —negó, desesperada.

—¿Estás preparada? —le preguntó, ignorando sus quejas.

—¿Preparada para qué?

—¿Para qué va a ser? Para nacer de nuevo.

—Ahora que estaba aquí a gusto y después de salir del mar viscoso, ¿ahora pretendes que nazca de nuevo y sufra todo otra vez? ¡Ni hablar, márchate tú si quieres! —protestó airadamente.

—Tú decides, nadie te obliga, pero tú ya lo elegiste —sentenció el ser.

—¡Tendrás que arrastrarme!

Haciendo caso omiso a sus quejas, le dijo:

—Lo siento, amiga, no te olvides de no cometer los mismos errores.

Adiós.

Al momento, un torbellino que apuntaba hacia la tierra la absorbió con tanta fuerza que, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció hacia su nuevo destino.

¿Qué fue del Sr. Naranja?, se preguntarán ustedes. A raíz de su asombrosa interpretación, adquirió tal fama que todos los clientes pedían que participara en sus últimos minutos. Ese año, ganó la codiciada estatuilla en la Gala del Trofeo a los Cinco Minutos de Oro dentro de la categoría a la Mejor Interpretación.

Cuando por fin le llegó su hora, no eligió los famosos cinco minutos de oro, simplemente, harto de participar en los de todos, dejó que la naturaleza siguiera su curso.

La loca, por su parte, necesitó muchas vidas para aprender que el amor no se demuestra con lágrimas ni con desesperación. Tenemos todos que dárselo a los que están cerca, porque esa ternura es tan grande que, cuanto más

entregas, más tienes, y cuanto más ofreces, más te dan para seguir ofreciendo.

Una vez que pasemos al otro lado, el afecto no es como el de nuestra existencia. El de la tierra se trata de un sentimiento que daña; el de allí, una emoción que llena, que otorga armonía, una felicidad que obsequia lo más grandioso: serenidad, comprensión y tolerancia. Después se comprende que el mayor regalo que un ser puede hacer es el cariño verdadero.

Volvió a ese mismo jardín y, efectivamente, encontró a su amado, que la estaba esperando con los brazos abiertos. Lo estrechó sin necesidad de estar en una ficción. A la sazón, el Sr. Naranja e Irene se sentían de igual a igual. Por fin consiguieron sintonizar con sus corazones.

Fin